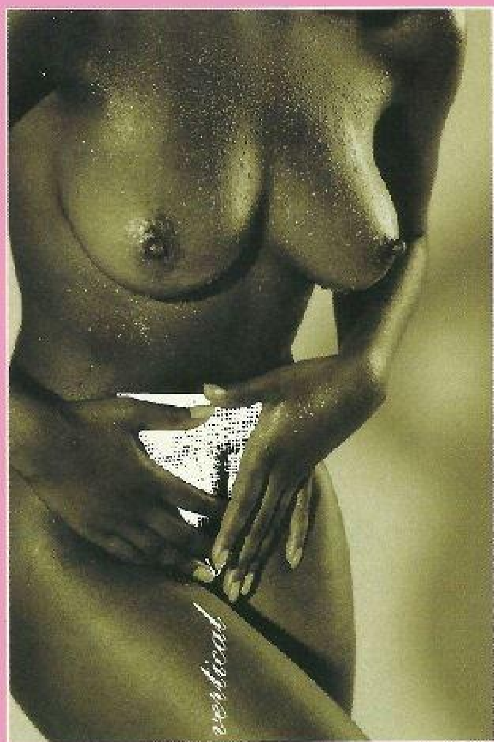
Calixthe Beyala

Mujer desnuda, mujer negra



La sonrisa vertical



Irène, nacida en una familia de escasos medios, por no decir nulos, se dedica a robar en lo mercados de su barrio, New Post, en la ciudad camerunesa de Douala. Un día, sin embargo, roba un bolso en la casa de un extraño matrimonio, formado por Ousmane y su sensual esposa, Fatou, que la acogen temporalmente. El erotismo de Irène, unas veces extremadamente vital, otras destructivo —y aun autodestructivo—, y las peculiaridades circunstancias en que vive la pareja, lanzarán a los tres a unos juegos sexuales que pueden culminar en cualquier exceso, siempre condimentados con el carácter profundamente libertino de Irène. Mujer desnuda, mujer negra es un viaje al erotismo actual africano, un mundo en el que el sexo aflora cotidianamente con toda naturalidad, pero que no tolera que se viva a tumba abierta. De ahí que, en esta novela, no haya «sostenes de encaje, ni medias de rejilla, ni braguitas de seda carísimas, ni perfumes de rosa o gardenia, y menos aún esas poses rituales de mujer fatal sacadas del cine o la televisión», porque Irène, la joven protagonista, se propone «escarbar en las entrañas de la tierra, sondear en lo más profundo de los abismos, donde el ser se desintegra, muere y resucita sin guardar nunca el menor recuerdo».



Calixthe Beyala

Mujer desnuda, mujer negra

La sonrisa vertical - 125

ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *Femme nue, femme noire*
Calixthe Beyala, 2003
Traducción: Juan Manuel Salmerón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



www.epublibre.org

11

ANIVERSARIO



Edición Conmemorativa

A Short, Serge, Grand Zaïre, Laune,
a esos jóvenes de
New-Bell
,
este testimonio de sus vidas,
abreviadas por la miseria colectiva

Mujer desnuda, mujer negra, vestida con
tu color, que es vida,
con tu forma, que es belleza.
He crecido a tu sombra, la suavidad
de tus manos me tapaba los ojos
y ahora, en pleno verano, en pleno Mediodía,
te descubro,
tierra prometida, desde lo alto de un alto
desfiladero calcinado
y tu belleza me traspasa el corazón como
el destello de un águila.

«Mujer negra», en *Cantos de sombra*,
Léopold Sédar Senghor

«Mujer desnuda, mujer negra, vestida con tu color, que es vida, con tu forma, que es belleza…». Estos versos no forman parte de mi arsenal lingüístico. Verán ustedes: las palabras que yo prefiero traquetean y rechinan como cadenas. ¡Palabras que chirrían, desarman, desencajan, tumban, disecan, castigan! ¡Palabras que azotan, abofetean, rompen y destrozan! Y al que no le guste, que pase de largo… Pues aquí no habrá sostenes de encaje, ni medias de rejilla, ni braguitas de seda carísimas, ni perfumes de rosa o gardenia, y menos aún esas poses rituales de mujer fatal sacadas del cine o la televisión.

Yo voy a escarbar en las entrañas de la tierra, voy a sondear en lo más profundo de los abismos, donde el ser se desintegra, muere y resucita sin guardar nunca el menor recuerdo.

Quiero saber qué hacen las mujeres para quedarse embarazadas, pues en mi tierra hay palabras que no existen.

Me llamo Irène. Irène Fofo. Soy una ladrona, una cleptómana, como dicen las personas cultas, aunque no en el mismo sentido. A mí robar, mangar, hurtar, chorizar, desvalijar, afanar me gusta. Antes de condenarme, piensen: ¿no creen que quien se deja desplumar es un imbécil? Cuando robo, mis nervios generan una corriente eléctrica que me recorre todo el cuerpo, el cerebro me echa chispas, los ojos se me iluminan, el corazón me palpita como traspasado por rayos. Y tengo secreciones. ¡Siento como un orgasmo! Gozo. Y es que, aparte del sexo, ninguna otra cosa me produce tanto placer.

Hablando de sexo, vivo en una tierra en la que nadie lo nombra. Parece que no exista. Es como algo ausente, una constelación de astros extintos, un perfil impreciso, una sombra extraña, una ilusión casi, una célula diminuta a la que sólo las preñeces y las peleas de pareja dan una materialidad bajo la urgencia de las necesidades cotidianas.

Quince años, quince, he esperado para conocer el sexo por estas callejuelas nauseabundas que huelen a orina. Quince años he esperado en estos barrios de chabolas donde los hombres parecen tener más pasado que futuro… Quince años para conocer por fin el amor… O, por lo menos, para entrar en contacto con esas manos torpes de adolescentes que hierven de hormonas y saben y no saben nada, que se dejan llevar por la embriaguez de su propio vértigo: «¿Me sientes? ¡Eh! Di, ¿me sientes?»: escalón inferior del despertar ante el que siempre he asentido: «Sí, sí… ¡Sigue!». Tras la noche de mi ignorancia, me figuraba que hombres hechos y derechos me harían experimentar sensaciones inefables. Por lo pronto, he de seguir viviendo en este barrio de casas deterioradas en el que todas las mañanas las mujeres ponen a secar al sol colchones llenos de agujeros y de restos de flujo menstrual, fornicación y pis. Yo he de esperar el momento propicio, y eso que mi madre ha renunciado hace ya mucho a interesarse por la sangre que la luna debe hacer correr invariablemente entre mis piernas: «¡Tienes un alma demasiado abierta al exterior, hija mía! Haz lo que te parezca… Pero que sepas que lo que ignoras es más fuerte que tú… ¡Y te aplastará!». Porque mamá esperaba que yo realizara unos sueños que ella tuvo que abandonar al casarse.

No sabía mi madre que yo tenía decidido improvisar como una loca la danza de los ángeles, para así poder vivir definitivamente a las puertas de la eternidad. Y ha ocurrido esta mañana.

Son las siete, quizá más tarde, el tiempo no es algo que se dirija a alguien en particular.

El cielo, sobre mí, es centelleantemente claro y, se diría, capaz de evaporar cualquier pensamiento. En el muelle se oye un gran vocerío. En mi tierra, tanto la risa como el llanto tienen la fuerza de una riada. La radiación vaporosa de los días afecta al oído y obliga a la gente a levantar la voz. A grito pelado descargan unos niños de la calle equipajes en el andén. La confusión reinante hace las delicias de unos críos que se encaraman a grandes racimos de bananas y se pelean, lo cual

alborota tremendamente a los animales: las gallinas, en cestos de mimbre, cacarean, y los cerdos, de pronto reacios, se niegan a avanzar.

Libre de trabas y obligaciones, aquí estoy yo, cual exploradora. Me paseo sin más finalidad que la de satisfacer este apetito carnívoro que todos los días me incita a adueñarme de cosas que no me dan. Mi olfato parece aguzarse para detectar el objeto raro, el objeto cuya proximidad material es para mí una suerte de paraíso, ámbito inaccesible de los milagros cotidianos.

De pronto recae en él mi mirada: el objeto reposa entre las piernas de una mujer. La pureza de sus líneas y curvas me maravilla. Las asas cuelgan a ambos lados y la luz del día intensifica la tonalidad azulada de su color verde. Se apodera de mí con el mismo poder de atracción que un amante. Me siento electrizada desde la planta de los pies hasta las raíces del pelo. Gimo de gozo como en un rapto de placer físico.

Si ese bolso fuera un hombre, me casaría con él, aquí mismo, sólo por acariciarlo. Podría acariciarlo toda la eternidad sin cansarme. Podría hacerlo hasta el último orgasmo. Estoy segura de que, en cuanto lo estreche entre mis brazos, ya nada podrá ocurrirme, de que ese bolso desarmará a un ejército de adversidades, volverá amable al madero que me persiga y me hará entrar en la categoría de las mujeres calientes.

Mi cuerpo arde de excitación y una leve brisa sobre mi piel me escalofría. Con ligereza felina, casi sin darme cuenta, dando a mis pasos una cadencia regular, empiezo a moverme. Y, antes de que nadie reaccione —«¡Al ladrón! ¡Al ladrón!»—, yo ya saco una buena ventaja a mis perseguidores.

Corro a toda prisa. Mis pies apenas tocan el suelo, sobre el que, de puro miedo, más bien vuelo, como hace el malabarista al atravesar el aro de fuego. No quiero acabar en la cárcel o en el depósito de cadáveres. Si me pillaran, ésos me machacarían. Y no es el caso de que me rompan los huesos, el alma o las dos cosas. Arrollo a una serie de personas: «¿Pero qué hace esta loca?», y también: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!». Derribo tenderetes de fruta y verdura. Hay gente que silba y grita para alborotar el mercado. Unas mujeres, que dilapidan el dinero destinado a la casa jugando a las cartas, me miran perplejas y preguntan: «¿Desde

cuándo roban las muchachas?». «Es por la crisis, señoras», les contestan unos chiquillos que rebuscan tomates en unos desechos. «La culpa la tiene el Banco Mundial, que en algún sitio estará». Yo sigo corriendo hasta que dejo de oír los pasos de mis perseguidores, y entonces, sin aliento pero con mi querido objeto bien aferrado, me interno en un barrio que no conozco.

Por las calles fluye una multitud vocinglera y se oyen gritos en las casas de carabote, casas de las que salen o en las que entran mujeres con largas telas y velo que llevan en equilibrio sobre la cabeza cestos de verduras o cacahuetes y que cada dos por tres, a juzgar por los ademanes de sus brazos rollizos, intercambian palabras de afecto. Estoy en el barrio negro-musulmán, en el que a las mujeres sólo les permiten engañar a sus maridos en la penumbra de las persianas echadas.

Yo sigo adelante, a grandes zancadas pero sin correr. Después de dar muchas vueltas veo un mango al fondo de un solar, entre hierbajos agostados por la contaminación. Al pie del árbol me acuclillo y examino mi botín cuando, de pronto, se oye la oración musulmana, que resuena en el aire como una melopea que viniera de las tinieblas para lamentar nuestros extravíos. Y, sin que nadie me lo pida, sumo mis gritos a los suyos: en el fondo del bolso, aovillado como un mono muerto, hay un cadáver de recién nacido.

—¿Puedo ayudarla, señora? —pregunta una voz de hombre por encima de mí.

Alzo la cabeza y mi corazón da un fogoso vuelco. Todo en ese hombre me desquicia: sus largas piernas, que me obligan a dislocar el cuello para poder verle bien los sensuales labios, su torso musculoso, que me produce —pese al sol— escalofríos, y el leve bulto de la entrepierna, cuya visión me traspasa. Debe de estar acostumbrado al miedo de las mujeres y, para restablecer la calma, habla con una voz más distante:

—Su hijo está muerto, por lo que veo. ¿Quiere usted que la ayude? ¿Que la acompañe a su casa?

—No, gracias.

Me observa de hito en hito con una mirada extraña y pasa a tutearme:

—Tu marido te ha abandonado, ¿no es eso?

—¿Parezco yo una mujer abandonada?

—Te has dejado desvirgar por algún golfo, ¿no es eso? Y tus padres te han echado al verte embarazada, ¿no es eso? ¿De qué ha muerto tu hijo? ¿De sarampión? Seguro que ha muerto de sarampión. ¡La mayoría de los niños mueren de sarampión!

Este cuadro ingenuo de mi vida excita mi imaginación y la inclina a lo poético. Yo soy una rica heredera. Siento atracción por un jornalero de paso. Es guapo, pero mi madre suele decir: «La belleza no se come, hija mía». Tiene también sus talentos. Pero como mi padre suele decir: «¿Qué haría yo con un yerno que no sabe más que hurgar en las carteras o asaltar bancos?». Mis padres, recluidos en su cómoda vida burguesa, amenazan con desheredarme si no dejo inmediatamente de verlo. Yo me salto las reglas sociales tendiendo entre ellos y yo toda una red de vías invisibles y sutiles mentiras que me conducen todas las tardes a cierto granero. Los rayos del sol proyectan sombras intrincadas sobre el cuerpo de mi amante. Mis dedos trazan arabescos primorosos en cada parcela de su piel hasta que su sexo se yergue y señala el cénit. Muy lentamente le cojo el glande y, con unos cuantos toquecitos, lo coloco sobre mi sauce llorón. Espasmos de placer agitan mis muslos. Casi ciego entre mi vello púbico, su pene trata de penetrar. Va hundiéndose a sacudidas sucesivas, acogiéndose a mi humedad, haciéndome cantar de felicidad. Hacemos el amor en medio de la grandilocuencia de los días despreocupados. Retozamos entregados al placer de nuestros sentidos, mientras mis padres se pelean e insultan: «Si esta cría acaba mal, será por culpa tuya». Se destrozan, se malquistan, víctimas de los convencionalismos de la comedia social. Cuando se dan por vencidos, me echan de casa para que no los apiolen los fiscales, esos censores que creen que todo les está permitido, incluido el derecho a decretar qué está bien y qué mal.

Esta historia, permeada por las tinieblas de mi espíritu, se me antoja tan suntuosa y sorprendente que me olvido del cadáver del niño que yace en el bolso. Atraídas por el olor de la carne putrescente, acuden las moscas. Mi corazón se desgarra de tristeza y las lágrimas perlan mis ojos. Todo me resulta tan irreal que el espacio se llena de una queda sonoridad, una sonoridad

que por estas latitudes, en las que la gente vive en chozas y zonas pantanosas y hace sus necesidades de cualquier manera, en las que los excrementos se secan al sol y acaban convertidos en una delgada película negruzca que todo el mundo respira con delectación a la fresca brisa del crepúsculo, hay que tener un fino oído para percibir.

El desconocido me toma en brazos. Sus axilas desprenden el olor acre de los mangos silvestres. En lo alto, el cielo es verde y apenas lo surca el frufrú de los pájaros. Una panda de niños que ríen cruzan el solar y se suenan las narices más allá. Mi corazón hace lo suyo: palpita a más no poder. Mis terminales nerviosas se crispan. Yo niego la jerarquía de los roles sexuales. Reivindico una moral del exceso, la lujuria y el desenfreno. Mis manos se deslizan por su espalda, se demoran en el nacimiento sudoroso de su culo. De pronto el mundo entero empieza a fluctuar. Mi desconocido no sabe ya sobre qué pierna descansar. Creo oírle proferir quejas guturales:

—¡No, no, no! ¡Aquí no! ¡Podrían…, podrían vernos!

Palabras falsas. Pues la inocencia, como los buenos modales, no es más que superchería. Además, el peligro tiene algo palpitante y exacerba aún más la pasión.

Le deslizo el pantalón muslos abajo y dejo al descubierto la verdad animal de su naturaleza. Fuerzo su virilidad, la violo casi, presa del vértigo. El hombre deja escapar un suspiro y toda la maravillada sorpresa de lo imprevisto, la alegría que procura infringir las reglas. Y cuando le bajo los calzoncillos y mi lengua se enrolla a su plátano con un amplio movimiento circular, él se queda quieto. De su boca fluyen palabras incomprensibles, palabras que se le entrecortan en la garganta y lo desafían. El placer, el indefinido instante previo, toma cuerpo en su verga, que se tensa como un brazo autoritario. El hombre me tira al suelo, me abre de piernas, me penetra con fogosidad: «¡Zorra! ¡Zorra! ¡Perra! ¡Ahora verás!». Con su violencia impositiva no quiere sino abatir mi supremacía sexual, recuperar su virilidad relegada: el único que puede desencadenar el acto amatorio es el macho. Su reacción me turba. Yo estoy a cuatro patas y gimo, tirante el culo bajo el sol que cae a plomo. «¡Qué maravilla, el culo en pompa!». Su verga se clava en mi trasero, yo siento un

dolor fugaz, mezclado de éxtasis. Me acaricia las tetas. Unos dedos febriles hurgan en mi dulzor y, como si fuera un instrumento, tañen en él toda una mescolanza musical. El hombre se enardece, entra y sale presa de una excitación jadeante y premiosa: «¡Qué muslos!… ¡Qué culo!… ¡Qué culo!… ¡Qué muslos!…». Hemos llegado a ese estado de suspensión, de vértigo, en el que ya no sabemos qué es el del otro, qué es de nuestro cuerpo. Y de pronto se desploma, agotado. Nos quedamos un momento sin vernos.

Me doy la vuelta muy despacio, me desprendo. Pego mis labios a los suyos. Lo abrazo. Mi beso es vampírico, profundo, tierno, y confirma la existencia del amor, ese arte del reparto… Ese eterno traspaso de vínculos.

Silbo mientras me visto. Me llamo Irène y la sombra que el sol proyecta interminablemente sobre el suelo es la mía. No me gusta lo que veo. Por estas latitudes a nadie le gusta lo que ve. El futuro tiembla y duda de su existencia; las ratas mueren de hambre y los chavales las recogen y se las llevan a casa: «¡Ya tenemos guiso para esta noche!». Los bienes de los ricachos han pasado a ser recuerdos de otra época. Sus mansiones se caen a pedazos; sus Mercedes son híbridos de piezas sacadas de aquí y de allá. Las pelanduscas de alto copete, antaño tan gordas, encanijan a ojos vistas, y las amantes de los regalitos se marchitan en el oropel de sus viejos vestidos sin disfrutar la gloria de haberse hecho construir una casa de varios pisos. Los locales nocturnos, los restaurantes distinguidos, los cabarés para hijos de papá han cerrado por falta de clientes y los mendigos proliferan, proliferan hasta que desaparecen.

Me dispongo a volver al horno que es esta ciudad cuando sestea. Mi amante, que, como sabré más tarde, se llama Ousmane, me llama con voz inquieta:

—¿Y el niño? No irás a dejar que se pudra aquí, ¿no?

—¿Qué niño? —pregunto yo, rotando sobre mis zapatillas de deporte—. ¡Yo no he visto nada!

Él me mira, me mira con los ojos muy abiertos. Incluso alterado, su rostro es magnífico. El estupor parece poner en movimiento todos y cada uno de los músculos de su cara, como hace el río con las plantas que crecen en su lecho. La granulación

de su piel haría morir de envidia a una luna llena, y el hoyito de su barbilla me produce una emoción tan intensa que me entran ganas de mezclar todos los colores. ¡Me lo comería vivo!

Sin embargo, vista de cerca, su frente presenta una serie de minúsculos abscesos que lo devuelven a su humilde condición humana. No es un héroe prodigioso, sino un hombre falible, un hombre como los de mi infancia, dispuesto a dejarse despojar para poder realizarse plenamente dentro de un cálido vientre de mujer, un hombre como lo fueron, antes que él, mi padre y todas las generaciones de hombres pasadas, que ponen su presente en la infancia para poder acceder a la otra mitad del cielo. Mordiéndome sin piedad los labios, me armo de valor y sigo caminando.

—¡Pero si estás loca!

Yo asiento sin detenerme. Él permanece un momento espantado, luego oigo sus pasos tras de mí.

—Sales del manicomio, ¿verdad? Viéndote, cualquiera lo diría.

—Nunca hay que fiarse de las apariencias, querido mío.

—¿Te has escapado?

—Exacto. He robado el niño del depósito de cadáveres del hospital para poder pasar el control. ¡No te preocupes por él! Ya lo encontrará alguien.

—¡Vaya, vaya! —dice estupefacto.

Me hace preguntas sobre el manicomio. Los enfermos mentales le interesan, dice, pues está convencido de que sólo los locos saben lo que le falta al mundo. Y me habla de los dementes a los que ha conocido: había uno que se creía un poeta y no se cansaba de repetir la misma frase, y otro que rebuscaba en los puestos de los pescaderos porque decía que a su hijo se lo había comido una trucha, y aquel otro, un tipo furioso cuya única obsesión era encontrar a alguien que lo degollara.

¡La locura es la forma superior de la sabiduría!, me dice. ¡Un don de los dioses, con el que éstos se acercan a los mortales! ¡Sólo los locos saben dónde están las puertas del paraíso! ¡Son los únicos que pueden decirnos lo que ningún maestro ni oráculo nos dirá! ¡Los únicos dotados de poderes mágicos! Los únicos que se acercan al gran espíritu y al espíritu malo, pues su estado mental

no les permite gozar de la gran influencia que, de haber sido normales, habrían podido tener sobre el universo. Por eso, añade, él los respeta y los ama profundamente. Y si Dios ha permitido que yo robe ese niño muerto, es porque la madre del niño es indigna y yo soy su castigo.

Su razonamiento es tan absurdo que hasta las golondrinas de los árboles parecen reírse de él, de todas las extravagancias de los hombres, de las que yo nada comprendo, pero cuyo peso se deja sentir en mi alma adolescente. En el ambiente flota una humedad viscosa y una racha de viento agita mis cabellos.

—¿Oyes? —le digo cogiéndole la mano—, ¿oyes?

—¿Qué?

—¡Pues ese tango! —contesto, mirándolo hasta enceguecer.

—¡Yo no oigo nada!

—Sí… Sí… Ven, vamos a bailar.

—La gente verá que estás loca.

—Si me dejas bailar sola, seguro.

Rodeo con mis brazos su cuerpo vacilante, que, flojo ya como manteca, no se resiste. Sorprendidos, los árboles observan nuestras evoluciones. Todo se encadena y el mundo deja de tener principio y fin. Estamos en un universo luminoso, en el seno de lo sagrado, del amor, esa especie de locura que hace delirar a las madres y consume a los padres. Sé que Ousmane puede salvarme o perderme. Puede soltarme y hacer que, al caer, me abra la cabeza contra una piedra, o puede desplegar una fuerza invisible y mantenerme suspendida en el aire: el amor es la única fuerza capaz de refutar la ley de la gravedad.

El cadáver del niño y las dificultades de la vida desaparecen. ¿Han existido alguna vez? Tengo la impresión de que lo más hermoso de la vida gravita a mi alrededor y hace que en mis ojos bailen mariposas y que la sangre me palpite en las venas. Me siento como el ídolo estelar de mi destino. Unos transeúntes se quedan mirándonos, perplejos. ¿Seremos como dos canguros bailando en la chimenea? Cuando ven que nuestros transportes son inofensivos y aceptables, siguen su camino sin mayor escándalo. Por una parte, este desbocamiento de los sentidos me deja consternada. Pero, por la otra, me siento la diosa del Amor y de la Locura. Y, además, en este barrio no me conoce nadie. Más

al norte, en el kilómetro cinco, allí sí que podría verme en esta situación ridícula algún conocido. Mis viejos amigos, con los que pasé algunas semanas en la escuela, habrían dicho que estoy poseída, trocando el placer carnal en odiosas tinieblas.

Tanteando a pleno sol, dispuestas a comerse lo que pillen, unas ratas atraviesan el solar. Un chiquillo al que una abeja acaba de picar prorrumpe en ayes. Yo me noto el pecho ardiendo y me falta la respiración. Felicidad y desgracia tienen el poder de quitarnos el aliento.

—Yo ya he hecho el amor con un montón de hombres —le digo—. Con policías, a menudo los que me perseguían; con gordos, bajos, delgados, peludos; con mujeres jóvenes y mayores. Y en todas las posturas: de pie, tumbada, en los capós de los coches. Los váteres han tenido también el placer de acoger mis retozos, los probadores, todo… ¡Pero nunca me había emocionado!

—Tu locura te ha impedido gozar plenamente de esos deliciosos momentos —me contesta.

Cree que estoy loca, soy su loca, y no me sorprende: eso pertenece al orden natural de las cosas. Él tiene la misma fuerza que el tiempo que hace, que el ritmo del sol o el movimiento de los planetas. Consigo me arrastra a la salvaje belleza de nuestra tierra, gratamente poblada del canto de las cigarras y del chirrido de las langostas.

De pronto Ousmane se detiene, en pleno corazón de un barrio miserable, en el que la fealdad, sublimada por la inteligencia humana, se despliega bajo el cielo en un desorden de cataclismo. Las casas parecen estar en perpetuo movimiento y como temblorosas, a punto de derrumbarse entre los charcos. Cortinas de perlas proyectan hacia el cielo colores tan vividos que casi obligan a cerrar los ojos. Bajo los balcones, los cables de la electricidad se entrecruzan como lianas de una selva; de las cocinas salen voces de mujer como de un establo mugidos de vacas que nadie ve. Jaurías de perros ladran a intervalos y, sobre un montón de basura, unos gatos se pelean por los despojos de una gallina.

—¿Has tomado ya drogas?

—Nunca.

—¿Te haces pis en la cama?
—No.
—¿Eres capaz de hacerlo seguido?
—Explícate.
—Hacer el amor varias veces, por ejemplo.
—Sí, creo que sí soy capaz.
—Te lo propongo.
—Me propones ¿qué?
—Hacer la loca, excederte, ¡amor mío!

No guardo un recuerdo exacto de lo que pasó. No tomé notas, no soy nada sistemática. Trato de recordar las callejuelas, callejuelas tan cuesta abajo que parecen hundirse en el infierno. Todo rezuma mugre. Los chorros de agua sucia van a desembocar en la marea azul. Hay larvas que esperan una ocasión propicia para saltar a los vientres de muchachas imprudentes y transformarse en recién nacidos. La basura de las casas se acumula a lo largo de las calles y desprende una pestilencia de hiena muerta.

No se ven mujeres. Sólo un mar de hombres. Hay mendigos lisiados que esperan su momento de gloria. Y, sentados a la entrada de las casas, hombres en chilaba que juegan a las cartas y que, a ratos, saludan a Ousmane en una lengua para mí desconocida. Todos me observan detenidamente y luego le hacen preguntas. Una serie de electrones entran en colisión y me traducen su dialecto. Hablan de mis labios carnosos, que desearían morder; de mis piernas, husos de seda interminables, que se imaginan abriendo vertiginosamente; de mis caderas, que la magia del placer ensancha. Y se acarician sus *koras*[1] o prorrumpen en toses para desahogar su excitación… O por lo menos eso creo yo.

En mi cabeza resuena un tintineo extraño y unos circuitos se entrecruzan en mi cerebro. Estoy a punto de echarme a llorar. No puedo pasar por alto el desprecio que les inspiro: es tan evidente que parece impregnar la atmósfera. ¡Para ellos no soy más que una golfa! ¡Una furcia! Una buscona de labios salaces y risas espumosas de la que sus sentidos no saciados huyen como de la

peste. «Vaya, vaya», refunfuña uno; otro escupe; un tercero masculla algo entre sus barbas y un calvo me mira de soslayo con aire ceñudo.

A la espera de unas lágrimas que no llegan, me quedo inmóvil. Pasados unos segundos, una convulsión violenta sacude mi garganta: sólo más tarde advierto que estoy gritando:

—¡Eso os molesta, eh, pandilla de hipócritas! ¡Vosotros ocultáis a vuestras mujeres con velos para poder dominarlas mejor! ¡Malditos viciosos! ¡Asesinos! ¡Moralistas de mierda! —Y acto seguido me bajo los pantalones y les enseño el culo—. ¡Este culo —les digo— es capaz de derribar el gobierno de cualquier república! ¡Si quiero, con él puedo hacer que se abran claros en el cielo o que llueva! ¡Puede gobernar el sol y los planetas! Eso es una mujer de verdad, ¿lo pescáis? ¡El culo salva al mundo de grandes calamidades!

Para contener la corriente impetuosa de sus venas, empiezan a aplaudir. Me tachan de loca para ocultar el ardor de su sangre. Yo siento lo mismo que ellos sienten por mí. Sé lo que piensan, comprendo su actitud, pero como no la apruebo, vocifero aún más fuerte, armo un escándalo de mil demonios. Ellos siguen aplaudiendo porque soy peligrosa, me tachan de majara para preservar su supremacía, para que nunca más resuciten las mujeres rebeldes, comedoras de sexo. Aplauden muertos de miedo. Esperan así poder entregarse de nuevo al largo sueño del mundo.

Alguien ha tocado unas campanas… Si no es que algún maestro tamborilero ha escandido desde el cielo los versos de un poema anunciando mi presencia. Unas familias salen de sus casuchas para ver el ciclón en pie que yo soy y se disponen en filas, los altos delante, los bajos detrás. Me miran, se parten de risa, sueltan carcajadas como si llevara un zurullo pegado a la nariz. El de más edad le hace una pregunta a Ousmane, que contesta con una breve frase aguda y se lleva un dedo a la sien. Entonces los otros ríen aún más fuerte, adoptando posturas de danza en medio del barro.

Al final, cuando la risa amenaza con volver ebria o violenta a la gente, Ousmane me guía por el dédalo de callejuelas. El olor a incienso y a basura, mezclado con el humo de la carne asada,

asciende hacia ese Dios que encabalga las nubes. Cuanto más bajamos, más gordos se ven hombres y animales, como si esta tierra de condenación los cebara para poder satisfacer luego el hambre de los que viven cerca de la avenida principal.

Su casa está sostenida por pilotes para evitar que se inunde. Me dice que creció en ese tabuco. Que heredó de sus padres por ser el primogénito. Que tiene allí sus mejores recuerdos y espera que yo guarde también muy buenos del tiempo que me quede ahí. Que, antes, las tierras de alrededor eran de su familia. Que había mangos —mangos de color de la piel materna— que a mediodía ofrecían sus brazos a los hombres. Que, gracias a esos árboles, aprendió a imitar el canto de los pájaros. Que un día se vio con el agua hasta el cuello y tuvo que vender sus terrenos. Los árboles temblaron, crujieron; sus troncos se inclinaron y luego, con un estremecimiento, se derrumbaron. Que al construir no habían previsto alcantarillas, y las casas, muy pegadas unas a otras, impiden la evacuación de las aguas residuales.

Y de pronto la veo. Parece una figura formada por nubes. Es morena y de ojos negros, aunque tiernos. Lleva un vestido de estar por casa, suelto y estampado de flores amarillas, a través de cuya tela sus enormes pechos despuntan como espadas.

—Hola —me dice, pues ya ha advertido que soy una persona sencilla—. Yo soy Fatou. ¡Estás en tu casa!

—¿Lo dices sinceramente? Porque en realidad tendrías que darme de bofetadas, romperme los huesos y dejar que me comieran los gatos. Acabo de follarme a tu marido y tú debes mostrar tus celos. ¡Eh, Ousmane, cuéntale el polvo que hemos echado!

Ousmane le guiña el ojo: «Tranquila, que está ida». La mujer me mira de arriba abajo. Lo hace de un modo tan sensual que no me ofendo cuando se echa reír. Observo su garganta, las carnes mórbidas que deja entrever el vestido.

—¡Estás hecha de buena pasta, Fatou! —le digo—. ¡Ya lo creo! Cualquier otra mujer se habría puesto hecha una fiera. Pero tú eres capaz de encajar los golpes, y para desdramatizar un asunto no hay nada como una flema como la tuya. ¡Mi enhorabuena!

—Gracias —dice ella—. Ven, que te enseño mi habitación.

Su amabilidad y su capacidad para aceptar tanta insolencia me dejan pasmada. Sin duda, es la actitud que adopta como respuesta a mis desvaríos. Sonreír. Encogerse de hombros. Cuando a algún gilipollas se le ocurra la mala idea de casarse conmigo, me juro que haré como ella.

La sigo al interior de la casa, hasta un largo pasillo oscuro al que dan pequeños cuartitos separados por colgaduras rojas. Por todas partes hay esteras en una disposición geométrica perfecta. De las paredes cuelgan pergaminos con leyendas que exhortan a la obediencia. Con todo, algo inquietante palpita en este orden aparente que pone a mis sentidos en un estado de excitación paroxística. ¿No será una pareja de cortadores de cabezas? ¿O más bien policías, que están vigilándome? Fatou se detiene de pronto en el vestíbulo y me coge la mano. Yo dejo escapar un gritito, y luego palabras furiosas que me salen del pecho como crepitando, igual que esas frecuencias de radio remotas que se sintonizan al azar en noches profundas:

—¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo? ¡Estás tonta o qué!

—Perdona.

—Tendría que haberme imaginado que una mujer que recibe con los brazos abiertos a la concubina de su marido está loca… Y mira que llamarse Fatou… A ver, Fatou, ¿cómo es que llevas un nombre tan ridículo?

—Mi nombre y yo nos conocemos hace tanto que hemos acabado queriéndonos.

—Ya veo. Pero te advierto que tú y yo no viviremos juntas mucho tiempo. Alguna de las dos tendrá que dejar esta casa, y a mí me parece que serás tú.

—Puede ser. El destino lo dirá.

Sin darle tiempo a decir una palabra conciliadora más, la acorralo contra la pared y hago como que voy a estrangularla. Los párpados le tiemblan y ella, angustiada, con todo el enigma de su vida, se sobrecoge. Estampo mis labios contra su boca y mientras lo hago, deslizando la mano entre sus muslos, le meto el pulgar en el sexo. Sorprendida, se cimbrea y se tensa y me abre así un universo amplio, acogedor como un flan tibio. Empiezo entonces a teclear una música, primero a dos y luego a tres dedos… Dejo el piano y paso al balafón, al tambor, y voy

arrancándole a aquel cuerpo tenso una gama de sonoridades que sería la envidia de los pájaros.

Ella se relaja, se abandona y, desde lo más profundo de su garganta, la crispación de los sentidos sale expulsada. Y mientras por el aire se expanden plegarias nasales, yo le saco un pecho y se lo mordisqueo. Sus ropas caen con la suavidad de hojas de árboles arrancadas por el viento. Su desnudez es como la del ser en el alba del primer día. La empujo hacia el cuarto más cercano y le pido que se tumbe.

—¡Boca abajo! —le ordeno—. ¡Y abre bien los muslos! —Y luego—: ¡De espaldas! ¡No, de rodillas!

Ella se somete. Obedecer es como su segunda naturaleza. Sus nalgas, como boquiabiertas, transmiten una felicidad luminosa. Les doy unos azotes, se estremecen como gelatina. Sumisa, Fatou permanece a la espera de lo que sea. Así es ella, todo lo acepta.

A unos pasos de distancia, Ousmane nos observa. Sus venas palpitan. Con los ojos nublados de deseo, mira el vientre y los pechos de su mujer con una intensidad dolorosa. Se le acerca y se acuclilla entre sus muslos, le abre las piernas como la tormenta una puerta, se las echa por los hombros y empieza a comérsela con voracidad. La manosea de arriba abajo, luego se apresura a penetrarla a fin de convocar a sus bodas todas las potencias oscuras, las de la tierra, el cielo, el aire y el agua.

Sus sexos se muestran a la luz. Sus cuerpos hacen presa uno en el otro, se contorsionan, se funden. «Gracias, gracias por todo…», resopla él, sin dejar de espolearla. Vibran al unísono y su belleza inunda de chispas azules todo el cuarto. Una lluvia de flechas me atraviesa el vientre. Mis paredes están húmedas y enteramente asediadas de deseo. Me derrito de gusto y paso a integrarme en ese torbellino de sexos que alzan el vuelo. Nuestras lenguas se enroscan, se lían, se miman hasta extraer los últimos jugos de inhibición. Uno de los dos me acaricia, me abraza. ¿Fatou? ¿Ousmane? No lo sé. Quiero mi parte de éxtasis. No creo en la comunión de los placeres, sino en su especificidad. Dejo que la nave de la beatitud me lleve hacia las estrellas. Paso a través de las grandes nubes y una miríada de flores de algodón entra en mi mente que, de puro tenue, va eclipsándose hasta no ser más que una lucecita remota: el sexo es más dulce para el

alma que el amor de Dios.

Exhaustos, los tres yacemos tendidos en el suelo. Yo me duermo y mi subconsciente se pone en acción: grandes titulares de periódico brotan de la noche de mi espíritu y me apabullan: «¡LA POLICÍA BUSCA A LA LADRONA DE CADÁVERES!». No me hallo en el cuarto, sino escondida en un edificio. Unos policías le prenden fuego, las llamas lamen la fachada, se oyen gritos, los cristales estallan, la gente corre. Pese al calor sofocante los dientes me castañetean. De un salto me planto en el césped. Grandes gotas de sudor perlan mi frente. Oigo los pasos de policías que me pisan los talones. Perros de busca, alertados por mi olor, empiezan a ladrar y se me acercan peligrosamente: echo a correr. Corro hasta no poder más y consigo burlar a mis perseguidores. De improviso surgen una serie de obstáculos que me impiden escapar: tan pronto son montañas infranqueables como un vasto mar, lo que me obliga a cambiar constantemente de dirección. De pronto oigo rechinar sobre el asfalto los neumáticos de un gran coche cuyo parachoques me arrincona contra un gigantesco muro. Aparece un policía alto y ancho como un baobab. Trato de escapar, no veo por dónde:

—¿Dónde vas tan deprisa? —me pregunta con voz de muerto.

—A buscar la libertad.

Y me sonríe, gesto amable que transforma todo su semblante y me sorprende.

—Yo creo que te sería más fácil buscarla entre mis brazos —dice él, abriéndolos.

Hipnotizada, me dejo atrapar por sus manos, manos tiernas y suaves, manos cálidas que de pronto intentan estrangularme. Lanzo un grito y me despierto.

El terciopelo del crepúsculo flota en la ventana. Los gorriones, agotados por su vuelo, defecan en los árboles antes de morir. Los ruidos propios de la noche fluyen en oleadas a lo lejos. Gritos de madres que llaman a sus vástagos: «Eso es, eso es», «¿Y dónde está Fátima?», «¿Has visto a Dolores?», «Opportune, ve a comprarme soja, ¡y rápido!». Y también los ruidos del sexo, que por estos pagos no se nombra, a no ser que tenga nombres raros,

tiernos, atractivos, seductores, subliminalísimos, de modo que retener alguno sea casi una hazaña. Reparo al fin en el cuarto. Más esteras, esteras por todas partes, así como objetos decorativos. En una pared, colgados de clavos, se ven un sinnúmero de telas de distintos colores: se dirían mujeres de silueta delgada suspendidas de un hilo. Y zapatos, pilas interminables de zapatos alineadas en los cuatro rincones del cuarto, enmoheciéndose tranquilamente. ¿Y mis anfitriones? ¿Se han ido? ¿Adónde? Miro a mi alrededor. ¿Y si les mango algo? La idea me hace sonreír. ¡Menuda zorra eres!, me digo. Cojo un *wax* amarillo con volantes plateados y lo acaricio. ¿Por qué quieres robarlo?, me pregunto. ¿Por qué robas? Por nada. Porque sí, sin más, sin designio alguno, por una serie de azares e incoherencias que coinciden con mis gustos.

—¿Qué te apetece cenar, Irène?

La figura de Fatou aparece en la puerta sin que yo la haya oído llegar. Brilla como las hojas del guayabo. Es una mujer que aguarda, maquillada, con unos labios rojos como la picha de un perro y la mirada empañada de deseo.

—¿Me lo dices a mí? —pregunto yo, algo irritada por sus educados modales.

Ella baja la vista. Yo la intimido. Pienso en cómo podría joder a esa perra que no sabría vivir sin alguien que la humillara, la utilizara y la sometiera, y le digo:

—Buñuelos salpicados de pelos de pubis arrancados en la púrpura del viento; tacos de teta asados con el fuego de una gavilla de párpados nictitantes y un pastel de sentidos con una capa de esperma agitado por la inseminación.

—Muy bien —dice ella, y se va.

Yo me quedo perpleja. Unas nubes pasan por el cielo y me digo que no comprendo a esa mujer. El tedio que me produce esta incapacidad de comprensión me lleva a pensar en el cadáver del niño que dejé abandonado al pie del árbol. Si me atraparan… me enviarían a la prisión de Konangué, cuyos reclusos prefieren suicidarse a vivir en esa colmena más negra que una tumba. Me entra tanto miedo que mi vejiga se suelta. Orino. Me meo encima y sobre mí. Pues sí… He cometido el peor de los crímenes, el que me condena al gehena, a las cadenas y hierros eternos. Ya oigo la

risa de Satán al abrirme las puertas del Infierno.

Pasa una hora y no pienso más que en el horror que me espera. Me siento tan angustiada que mi cabeza parece un laboratorio de análisis criminológico. Estudio métodos para evadirme de prisión. Cuando mis pobres sesos se cansan de devanarse, mi cuerpo, como una masa inerte, se acurruca en la cama. Me siento sola. Quiero partir al otro lado del mundo sin estar muerta. El olor a orina mía que desprenden las sábanas me deprime hasta tal punto que salto de la cama y me arrojo a las callejuelas.

Es de noche.

En la oscuridad el paisaje parece resquebrajado como la costra de una herida. En algunos patios hay faroles que titilan indicando a los hombres sedientos de mujeres que se trata de burdeles, a cuyas puertas se agolpan, urgidos por la necesidad de evacuar su plétora de esperma, y aprovechan la oscuridad para restregarse unos con otros y, como quien no quiere la cosa, masturbarse. Cuando alguno de ellos entra en el santuario, los demás lo siguen con la mirada pensando en las guarrerías que hará. ¿Va a atarla? ¿En qué postura se la follará? ¿Por detrás? ¿A lo misionero? ¿O contra el marco de la puerta? Y estas imaginaciones licenciosas turban sus semblantes.

Ese mundo de relaciones anárquicas me fascina. Me pregunto de qué color, de qué textura serán sus sexos. El perfume salvaje de estos pensamientos obscenos me envuelve y me pongo a sudar.

De pronto dos brazos me ciñen la cintura. Me doy la vuelta, veo un gran mostacho. El hombre está tan embargado de deseo que su agua de colonia parece desafiar a ese olor mareante a almendras tostadas que yo me conozco. Tiene los ojos inyectados en sangre de pura excitación. Por el paquete de su pantalón advierto que está a cien.

—¿Cuánto?

Sin apenas darme tiempo a contestar, el hombre se saca el tulipán. Movida por una curiosidad perversa empiezo a tocárselo con delicada morosidad. «Eso», resopla él. En sus ojos

extraviados percibo su flaqueza, esa maleabilidad de los hombres. Pero también que tengo un cuerpo de posibilidades insospechadas con las que, en adelante, he de contar. Me siento infinitamente poderosa. Soy la punta y el cabo, el principio y el fin de todo. Amago con hacerle una caricia palatal y, poniendo boquita de piñón, echo mi aliento caliente sobre su túrgida virilidad, cosa que lo vuelve loco. Por encima de su cuello rollizo le veo los gruesos labios jadeantes. El hombre se impacienta, se exaspera, blande su verga ante mis labios como un látigo.

—¡Cómetelo, rápido! —farfulla—. ¡Ahora mismo!

Abro la boca y, sin darme cuenta del todo, le pego un mordisco. El hombre da tres brincos hacia atrás y, a la luz de una luna perpleja, se pone a bailar de dolor, alejándose más y más… Su cólera desgarra el silencio:

—¿Estás loca o qué? —dice fulminándome con la mirada—. ¿Qué te pasa, so zorra? ¡Me has hecho daño!

—¿Así me das las gracias? ¿Tú has visto como estabas? Acabo de salvarte la vida. ¡Si no llego a calmar tu ardor, te da un ataque al corazón!

—¡Menuda loca! Vete antes de que te mate.

Y al poco, en medio del sofoco de la ciudad, me invade una dicha inefable. Siempre que causo dolor a alguien me estremece un placer inexplicable. Doy brincos de alegría y palmadas como un niño en el recreo. Y haciendo cabriolas vuelvo a casa de Ousmane. En cuanto franqueo el umbral, una sombra me sale al paso: Fatou.

—Es hora de comer algo —me dice.

En el comedor la acribillo a preguntas, y ella, cada vez que responde a una, abre los brazos como para acogerme por siempre jamás en la humedad de sus axilas.

—¿Estás segura de estar viva, Fatou? —le pregunto yo.

—Respiro como la mayoría de los seres humanos, si lo dices por eso, Irène. Yo puedo experimentar tristeza y alegría, como todo el mundo.

—¿Eres consciente del poder que tienes? Yo, por ejemplo, puedo conseguir lo que quiera de casi todos.

—Yo no me creo capaz de obligar a nadie a hacer nada que no le apetezca.

—Entonces, Fatou, no eres más que una débil. O somos víctimas o mandamos.

—Siempre somos víctimas de algo o de alguien. Por mi parte, trato de hacer feliz a la gente. No tengo más poder que ése.

—¿Por qué finges que me quieres, si en realidad me odias?

—Porque odiar cansa.

La abundancia de comida en la mesa transfigura el espacio. Muslos de pato caramelizados que embelesan el paladar; enormes trozos de carne en salsa de cacahuetes que dan la impresión de refutar la gravedad; una pierna de cordero asada cubierta de una salsa roja que parece coquetear con su guarnición de judías verdes. Manjares todos tan apetecibles que no puedo por menos que montar en cólera: ¿cómo, viviendo en un cuchitril, pueden regalar sus sentidos con semejantes ágapes?

—¡No creía que fuerais tan ricos! —digo mirando despreciativamente a Ousmane, que lleva una servilleta al cuello.

—La comida, Irène, es la única riqueza verdadera del hombre. Al más allá no nos llevaremos más que el recuerdo de la buena mesa y de las magníficas noches de amor. ¡El que no acepte esta filosofía no es bienvenido en mi casa!

Por primera vez me muerdo la lengua, pues si hablara podría ser mi perdición… Y empiezo a comer como una descosida, sin cuidarme de parecer educada o causar buen efecto. ¿Quién sabe? A lo mejor la policía viene a arrestarme en unas horas. ¿Perteneceré aún a este mundo cuando los últimos gallos dejen de cantar? ¿Estaré todavía aquí cuando la luz entre por las cortinas de perlas? Trago como un cerdo. Tomo con los dedos grandes cantidades de comida y las devoro sin preocuparme de que la salsa me chorree por los brazos o me embadurne los labios. Cuando estoy llena a reventar, eructo y señalo a Fatou con dedo acusador:

—Estoy segura de que has envenenado esta comida. ¿Qué le has echado?

—Una buena cantidad de meado de gato, que es muy nocivo, como se sabe —me dice sin pestañear—. Es tan letal como el mercurio.

La miro fijamente. Tiene la expresión de la mujer que sabe lo que quiere, a la que nada en el mundo puede perturbar. Así se deshace de mí: matándome, asesinándome, abatiéndome. Siento unos horribles retortijones en el estómago: el efecto del veneno. No voy a tardar en morir. Y yo no quiero morir. Quiero ver a mi madre, volver a beber su leche con sabor a paraíso. Me meto los dedos en la boca…

—Di tu última voluntad antes de que sea demasiado tarde —me dice Ousmane—. ¿Qué te gustaría sentir antes de hallarte en presencia de tu Señor o de tu Diablo?

—¡Cabrón! —le grito, hipando—. Tendría que habérmelo imaginado. ¡Tú eres su cómplice! ¡Tanta amabilidad, tanto cuento: mentiras! ¿Qué es lo que quieres? ¿Mi cuerpo? Para vender mis órganos a un laboratorio, claro. ¡De ese tráfico te viene tu dinero! ¡Y yo, tonta de mí, he caído en la trampa! ¡Mierda! Pero de nada os servirá, cerdos mafiosos… ¡Por muchos millones que tengáis, siempre seréis los mismos miserables depravados!

Siento tal angustia que no reparo en que se desabrocha el cinturón, los cordones de los zapatos, todo lo que lo convierte en un hombre civilizado. Pero un hombre que ve a su mujer agachar el lomo y no le ayuda, ¿puede ser acaso un hombre civilizado? Es como esos gallos a los que crían pero no educan. Y mientras me tumba en el suelo, me desgarra la ropa y le hace señas a Fatou de acercarse, yo pienso de nuevo en mi madre: «El camino que llevas te conducirá derecha al Infierno». Y me imagino mi cabeza hundiéndose en las calderas de Pedro Botero.

Fatou me abre de piernas con ardor, con exaltación. Yo estoy demasiado angustiada o demasiado afligida como para resistirme. Su lengua arde y mi sombrilla interior, bajo el efecto de sus dedos, palpita. Arrodillada entre mis piernas, Fatou empieza a comerme y, lenta, muy lentamente, me guía hacia las estrellas por un camino que ella conoce. Algo tibio o frío se desliza dentro de mi sexo… No pregunto lo que es. Ya sé que en adelante tendré que vivir y morir sumida en la sorpresa. Fatou está inundando mi rosa íntima de comida, que a continuación succiona.

—¿Ves lo amable que soy? —repite una y otra vez Ousmane

—. Vas a morir en pleno orgasmo… No sentirás ningún dolor…

Yo me debato entre el miedo a morir y el placer que inflama mi vientre. Los labios de Fatou dibujan arabescos sobre mi cuerpo. Los pasea con movimientos lentos, pero sin demorarse, como si dudara entre frugalidad y prodigalidad. A mí me apetece abandonarme en cuerpo y alma a los dos tipos de caricias, pero como me es imposible elegir, dejo hacer a Fatou, que sigue entre mis piernas, lengüeteándome. Su gozo incrementa mi placer. Mi espíritu se separa de mi cuerpo. Es tan grande que llena todo el espacio, se expande por la ciudad, ocupa las magníficas habitaciones de hotel climatizadas en las que los blancos y los negros ricos se entregan a un fornicio constante con el que se enriquecen. Suenan las campanas de una iglesia… En la mezquita, el imán se tambalea y se agarra al minarete. Me muero, sé que estoy muerta.

¿Quién eres, Fatou?

Desde lo hondo de mi sueño tengo la impresión de que me hablan… Es una voz como soñada, salida de las aguas profundas del tiempo, una voz rumorosa como las olas de un río perdido en las tinieblas de mi espíritu. Estoy demasiado lejos, en los espacios nubosos de mi inconsciencia, como para captar las palabras sueltas que me son dirigidas. Poco a poco voy emergiendo de esas regiones recónditas. El recuerdo de las escenas que se han desarrollado esta noche me asalta de pronto y un manto de felicidad cubre mi cuerpo.

Al pie de la cama está Fatou, con una tela de color rosa claro por la que asciende, estampada a tenues toques, una planta aérea. Su rostro y sus senos se recortan contra la luz del día, nítidamente. Yo intuyo en ella algo enorme, peligroso, inaudito, que no entiendo y que contribuye a hacerme sentir una cólera sorda que, en épocas pasadas, hubiera podido desahogar mediante un simple gesto liberador: estrangularla.

—¿Por qué me despiertas? —le pregunto, furiosa—. Que yo sepa, no tengo ninguna criatura a la que amamantar.

—Eres hermosa —me dice—. Hermosa y conmovedora. Tan conmovedora como un día sin sol.

—¿Ahora te has metido a poeta? ¡Tiene chiste!

Ella admira mi cuerpo, que tanto la arrebató la víspera. En un escenario hecho de palabras, sin notas discordantes, canta mis formas, mis mejillas hundidas, mis labios carnosos y sin afeites, compara luego la tersura de mi piel con un tulipán, con el aroma de las gardenias, con extractos de rosas primaverales, con los pétalos de las buganvillas en flor.

—¡Ay, si yo supiera dibujar! —exclama—. ¡Qué fogosas ideas me vienen sólo con mirarte!

—¡Tengo hambre!

—El desayuno está listo.

Me levanto y hago desaparecer mis manos bajo la tela que la cubre, le acaricio la espalda, las nalgas, cuya piel es un tanto fría, más fría que la de sus pechos. Ella se aparta de pronto y se va, un olor a apetitosos buñuelos con judías me anuncia su regreso. En el húmedo día que despunta, grandes gotas de sudor perlan ya su frente.

Me pone la bandeja delante, sonríe, pero su mirada es de acero, como la de un cazador al acecho. ¿Qué busca? ¿La insolencia de mi alegría o la tranquilidad de mis penas? Esta mujer es amable pero falsa, no puedo por menos que pensar. Hipócrita y embustera y, a la vez, generosa. En verdad, no comprendo su actitud. Y yo soy como la mayoría de la gente, detesto lo que no comprendo. Detesto lo que envidio.

—¿Y Ousmane? —le pregunto.

—El trabaja en Correos, ¿no te lo ha dicho? Le encanta su trabajo, eso de enviar cartas por todo el mundo. Le gustan, sobre todo, las cartas de amor. Según él, sabe detectarlas sólo por la letra. Las frota contra su sexo antes de echarlas en las sacas. Cuando vuelva, y no tardará, verás como los huevos le saben a papel. Te dejo que seas la primera.

—Lo que yo quiero lo cojo. Nadie tiene que permitírmelo. No como te pasa a ti. ¿Y sabes por qué? —Pienso un momento y luego añado—: Porque vas a envejecer mal.

Y con un ensañamiento enfermizo le describo cómo se ajará su belleza, que no podrá soportar los treinta: lo caídos que tiene ya los senos, y eso sin haber parido aún; su falta de optimismo y vitalidad, que el difícil matrimonio le ha hecho ya perder… Ella me escucha, yo espero que sintiéndose profundamente dolida y disgustada.

Ella sonríe, aunque yo hubiera preferido que prorrumpiera en sollozos, y convierte mi afrenta en una broma que invalida mi maldad. Eso me desinfla.

—Tienes razón —me contesta ella—. Pero hace mucho que me acepto tal como soy.

—¿Y Ousmane? ¿Ha aceptado él lo que eres?

—Creo que sí. ¡Se necesita mucho cariño para vivir en armonía sin chocar!

—¿Y el amor?

—No me es fácil explicarte ese sentimiento sutil, misterioso y raro por el cual, pese a todas las aparentes desavenencias, uno sabe que el otro estará siempre ahí.

Y no me da ocasión de soltarle más palabras deslumbradoras e hirientes como cuchillas: de pronto, modificando la densidad del aire, confiando en que el tiempo lime asperezas, tiene prisa:

—¡Ay, Dios mío! ¡Con lo que tengo que hacer en la casa!

Y se pone a fregotear, a barrer, corrompida ya por la memoria ancestral de las labores propias de su sexo. Como las demás mujeres, Fatou ha aprendido la medida y el arte que permiten al sexo débil no dejarse tentar nunca por el vértigo. Sabe, al igual que su madre, que vivimos en un universo donde las quimeras no existen y en el que uno fracasa en cuanto se sale del camino marcado.

Friega los cacharros y luego el cubo en el que los ha fregado. Tira el agua sucia y limpia el lugar en él que la ha tirado. Y así todo. ¿Qué imbécil habrá inventado el jabón? ¿Qué tonto del bote los desinfectantes? ¿Y qué idiota el estropajo? ¿Qué necio habrá hecho creer a las mujeres que, por librar una guerra a muerte contra la suciedad, van a conquistar, si no el amor, el respeto de los hombres?

A mí, que no he cogido una escoba hace siglos, este ajetreo me deja con la moral por los suelos. ¿La ropa sucia? Yo la amontono toda en un rincón y dejo que se la coman las buenas de las polillas. ¿La vajilla? ¡Ya se encarga la lluvia! En mi cuartito, las moscas muertas se resecan en el suelo y desaparecen.

La miro desdeñosamente: esa resignación que me saca de quicio y me repugna, esos gestos que me envían el implacable reflejo de lo que yo nunca debería ser…

—¿Te queda mucho?

—Un par de minutos…

Ahora se pone a barrer mi habitación. Abombándolas como las velas de un barco, extiende las sábanas sobre el colchón. Coloca pulcramente los objetos a la cabecera de la cama. El orden es perfecto. Viendo que tengo los ojos bajos, aprovecha para decirme que mi baño está listo.

Me lleva a la parte trasera de la casa y me sienta en un banco,

ante un barreño de agua caliente. Empieza a frotarme la espalda, y sus manos jabonosas sobre mis senos y caderas parecen sumergirme en un baño de miel. Acompaña cada uno de sus gestos con palabras anodinas cuya entonación, de puro tierna, amansaría al más indómito de los hombres. Sus dedos se deslizan por mi vientre como plumas. Yo deseo hacer mía esa mano, hundirla en mi seno para relajar la crispación de mis sentidos.

En un abrir y cerrar de ojos, mi deseo se transforma en una rabia loca. Ahora quiero humillarla, ofenderla, escarnecerla. Le agarro inesperadamente las manos y, obligándola a arrodillarse, se las pongo, como si de una ofrenda se tratara, bajo mi culo. Y mirándola fijamente dejo brotar un líquido caliente que libera mi vientre, mi cuerpo, mi espíritu. La orina se filtra lentamente entre sus dedos, llevándose la espuma del jabón.

Sin rechistar me enjuaga, me envuelve en una toalla con aroma a lavanda y me lleva de nuevo a mi habitación. Fuera, empieza a soplar viento. Se oye chirriar un tejado a lo lejos, sonar el timbre de una bicicleta. En esta tierra no hay nada que ver y sólo renunciando a mi universo interior podría aceptar la realidad. No creo estar preparada: «Alumna distraída», decían los maestros en mis libros de escolaridad. «Un caso perdido», reconocía mi madre, consternada. «Irène entró en la vida con mal pie. Nunca cambiará».

No lo he intentado. Las personas, los hechos, las cosas resbalan sobre mí como sobre una estructura compacta. Solamente dos cosas me interesan: robar y hacer el amor.

Dos formas llenas de imaginación y de peligros para superar la pesadilla de lo real.

Asaltada por el viento de fuera, que parece revolverme las ideas, caigo en un duermevela. Pensamientos e imágenes giran vertiginosamente en mi cabeza formando círculos concéntricos, apareciendo y desapareciendo, aislándome en medio de un vacío delirante. Oigo la voz grave de mi madre, una voz que regaña y arrulla en el mismo tono: «¿Quieres hacer el favor de bajar de ese árbol, Irène? ¿Cuándo vas a comportarte como una chica digna de ese nombre?». Mi madre, en lo que respecta a seguir enamorando a mi padre, no entiende de pasiones, ni de emociones, ni de guerras sin fin, ni de patrañas. En ella todo es

simple e irreductible. Para impedir que mi padre la deje, le cuelga, como otras tantas cadenas, cuantos hijos puede parir. Para mi padre el amor no es más que una serie de deseos momentáneos que se encienden y que se apagan tan pronto como se ven satisfechos. Me gustaría mucho saber qué piensa él de su matrimonio.

Hablando de deseos momentáneos, noto de pronto que un hombre me toca. No le veo la cara, pero siento el calor de sus dedos en mis labios. Sus manos me soban los pechos, me acarician el vientre, luego se insinúan entre mis piernas y empiezan a pulsar suavemente el bulto de mi corosol. Lo hacen con cierta indiferencia. El desconocido no quiere darme gusto. Parece que ha decidido disfrutar sin preocuparse de mí. Yo me hago la dormida. Me imagino su rostro inexpresivo y eso me excita horrores. Me abandono a sus manos sin dejar de pensar en mis propios fantasmas.

Está loco, me digo asqueada. Tiene barriga, la cara cubierta de granos, las aletas de la nariz anchas. Y babea como un demente. ¡Es más feo que un demonio con cuernos!

Con un gesto brusco, me abre de piernas y me penetra. Trajina en mi sexo con una violencia monótona mientras recita suras. Y, como en una especie de alucinada sugestión, mis sentidos acaban adaptándose a ese horror. Un placer histérico, un frenesí primitivo se apoderan de mi alma. Una serie de fogonazos me inflaman las venas con una fuerza tal que me fulminan. Casi en el mismo momento, el desconocido lanza un prolongado alarido de bestia y se derrumba.

No tarda en reponerse y, jadeando, se viste. Yo sigo con los párpados cerrados. Quiero recordar el placer de ese hombre en tanto que un extraño. Oigo que habla un momento con Fatou en el salón, luego que sus pasos se alejan, mezclados con el fragor del viento que azota la chapa ondulada.

Caigo en una somnolencia bienhechora en la que la imagen de mi madre se solapa a mis experiencias amorosas. ¿Vivió ella la exaltación de los sentidos antes de qué le salieran esas arruguitas en los ojos? ¿Experimentó estos placeres ardientes por los que yo

aceptaría morir quemada pero feliz? ¿Conoció estos saltos a ese lugar en que uno no se pertenece? Me hubiera gustado poder hacerle estas preguntas, preguntas ofensivas para los oídos de una madre. Me habría mirado de un modo raro y me habría contestado: «Tú te pasas, hija mía. Soy tu madre, no tu confidente».

Absorta en estos pensamientos, hundida en unos sueños en los que el sapo se traga a la serpiente y mi cuerpo obedece a una cronobiología animal, percibo de pronto una presencia. Es un hombre. Huele a tabaco y a ociosidad. Se tumba junto a mi costado y noto sus pelos, que me pinchan en los muslos. Me levanta una pierna y se acopla a mi secreto. Me coge de las caderas, febrilmente, y empieza a moverme adelante y atrás. Yo soy su columpio. Yo lo mezo, lo divierto, lo distraigo. Siento que la tierra me traga y que mi cerebro retumba con la fuerza de una riada. En eso el hombre, sin decir una palabra, termina y, con la misma rapidez que el otro, se viste y se va.

Cuando entra el tercero, mis sentidos se han cegado. En mi interior se ha hecho un vacío sideral. Tengo hambre de placeres, soy una bulímica de deseos, mi sexo parece haberse transformado en una gruta voraz.

Fingiéndome dormida, me pongo de espaldas. Abro las piernas, las dejo muertas a cada lado de la cama. Tengo la impresión de estar en una ceremonia vudú en la que unos poderes extraños ralentizan mis centros neurálgicos y me ofrecen esa paz que es condición ideal de la verdadera felicidad.

Aquel día, siete hombres, quizás ocho, me poseyeron con una avidez abstracta. Dos de ellos me penetraron a la vez, uno como si yo fuera un chico, el otro dándose por contento con la trivialidad restante. Abierta así, descubrí nuevos océanos. Atravesé mares y continentes. Comprendí el significado de las distancias. Experimenté la vastedad. Y cuando uno de ellos me tapó la cabeza con la almohada y penetró luego mi sexo con la repugnancia con que se toma un medicamento, ¡me sentí incandescente!

Cansada, rendida, me entrego a un sueño reparador. El

sentimiento de mi depravación me regocija. De estar yo plenamente consciente, lo que he vivido podría considerarse como perversión. Pero los excesos a los que me abandono se consuman en una zona neutra de mi cerebro: la mía es una perversión no vivida, o vivida sólo con una conciencia latente.

Fatou entra en el cuarto con un neceser de aseo y, sin decir nada, empieza a lavarme el cuerpo de arriba abajo. Algo curioso va operándose en mí imperceptiblemente, como si entre sus manos mi memoria se nublara.

Voy perdiendo mi identidad, mis pensamientos y mi carácter. Me vuelvo una criatura temblorosa y senescente, a no ser que siga siendo la misma chica, sólo que sumamente atenta a sí misma y a lo que experimenta.

—¡Qué abierta estás! —exclama Fatou, metiéndome una toalla en el sexo.

Y al sacarla sale también un chorro de semen, que ella, delicadamente, inhala.

Me tumba boca abajo en la cama, se sienta sobre mi culo. Y yo sigo con los ojos cerrados mientras me da un masaje. Empieza por la nuca, sigue por la espalda, los muslos, las pantorrillas, los pies. Sus dedos expertos ruedan por mi piel y abren en mí nuevos universos carnales, aún más amplios. Fatou me masajea emitiendo suspiros casi orgásmicos.

—Tienes suerte —susurra—. ¿Te das cuenta de que el imán en persona te ha hecho el amor? ¡Ay, si yo pudiera disfrutar de la vida como tú!

¿De qué se queja? Ousmane le da el dinero que necesita para permitirse las lunas y las estrellas que disparan el placer de las mujeres. La mima y, a la vez, le permite todo tipo de guarrerías. La invita constantemente a festines bestiales en los que lo obsceno resulta natural. Sin comprenderla, me limito a disfrutar del placer que su lengua prodiga a mi pubis:

—Esto le gustará, después de un día tan agitado… —dice.

Y a continuación, con una lentitud casi calculada, se me pega y se funde a mi cuerpo. Sus manos regordetas han pasado ahora a acariciarme: «Dime que te gusto», me ordena, medio asfixiándome. Yo tengo la conciencia tranquila. Me siento aletargada. Como quiero que siga, le digo lo que quiere oír: «Me

gustas, me gustarás siempre». Ella me mira con los ojos desmesuradamente abiertos, enardecida por esa mentira. En su rostro desencajado veo una firmeza inquebrantable, una avidez de piraña.

—¡Nunca te atrevas a hacerlo! —le grito yo, empujándola con tal violencia que se da con la cabeza en la pared.

Permanece aturdida un momento. Los tirantes de su combinación roja le caen por los hombros, hombros carnosos como su cuello, sus senos, invitaciones constantes a una lascivia desalmada.

—Yo hago lo que quiero, ¿te enteras? —digo.

Se toca la cabeza justo en el sitio donde ha recibido el golpe y se queda en silencio; yo también. Nos miramos. Mis ojos proyectan la sombra gigantesca de un encono destructor. Ella acaba bajando la cabeza, incapaz de sostenerme la mirada. La euforia de este triunfo me hace bostezar ostensiblemente.

—¿Qué has pensado para comer? —le pregunto en tono insolente—. ¡Tengo un hambre canina!

Ella no me contesta y yo, por primera vez, me doy cuenta de que tras su afabilidad de esposa se oculta una pasión taciturna que no tiene por objeto a nadie en particular. Si quisiera, podría hacer creer a cualquier hombre que es único, que es el más guapo y brillante que ha habido nunca bajo el sol. Si lo deseara, podría volver locos a los hombres con sus prodigiosas ancas.

—¡Va, Fatou!… Ni para ti ni para mí es el primero, ¿no? De hecho, me pregunto qué te mueve a aceptarme en tu casa, a tomarte tantas molestias por mí. ¿Por qué lo haces? ¿Qué razones tienes?

Ante estas palabras, ella reacciona de una manera curiosa: le da por reír, por reír como una idiota, y tan fuerte que no puede parar.

—¿Qué te divierte tanto?

Ella trata de contestarme, pero sigue riendo, como si todo lo que pensara le resultara gracioso.

—Porque… —dice entre risas—, porque tienes la suerte de estar loca, querida. ¡Loca de remate!

Yo me quedo sin habla y ella, con voz indiferente, añade:

—¿A qué vienen aquí, según tú, todos esos hombres? ¿No

serás tan ingenua como para decirme que no sabes que follar con muchos es un buen remedio contra los males del mundo? Tienes el poder de curar a los hombres con tu sexo, ¿no lo sabías? ¡Menuda suerte! Están dispuestos a darte lo que quieras con tal de que…

—Pero…, pero ¡si no es más que un juego! Yo no…

—¡Ah, ya lo creo! —exclama con una voz repentinamente aguda—. ¡Estás loca de verdad, loca de atar! ¡Una mujer que se entrega así al primero que llega, o está loca o es una puta! Tú no eres una puta, a ti el dinero te da igual, ¿no?

No le digo lo que soy en realidad. Ni yo misma lo sé. ¡Yo soy alguien nuevo! ¡Alguien depravado, disoluto, sin escrúpulos, que devora la vida venga de donde venga! ¡Alguien hecho con muy poca virtud y muchísima abyección y vicio! ¡Alguien que no cree en la comunión de los intereses y menos aún en la del cuerpo! El sexo no es más que una confluencia de imágenes, una transmutación de alientos. No quiero dar placeres inconfesables, sino revivir más tarde, en el espejo de mi memoria, los placeres atesorados.

Se hace un silencio… Sé que vamos a cambiar de conversación.

—¿Tú has amado ya? —me pregunta a quemarropa.

—¿Amado cosas, te refieres?

—A un hombre.

—Concentrar la inmensidad de los sentimientos en un hombre, ¡qué absurdo! ¡Yo no cometo disparates así! ¡Eso es algo completamente irresponsable! ¡No tiene pies ni cabeza! ¡Una indecencia! Además, ¿qué sé yo?

—Qué triste debe de ser no amar a nadie. A mí me gusta amar y ser amada.

—Y por eso eres tan desgraciada. Que Dios me guarde de caer en esa histeria colectiva que vuelve idiotas a las mujeres más inteligentes.

—Nadie puede vivir sin amor —afirma.

—O nadie puede aceptar la idea de morir sin saber que habrá alguien, en algún sitio, que lo añorará. Es por luchar contra la muerte por lo que nos decimos que nos amamos y hacemos lo imposible por tener hijos. ¿Por qué no has tenido tú hijos?

—Yo soy estéril. Y los echo de menos.

—Lo siento.

—Mientes… ¿O me equivoco?

—Tienes razón… Detesto a los niños… Estoy convencida de que, con el progreso de las civilizaciones, las mujeres dejarán de tenerlos.

—Mi cultura no avanzará nunca —me contesta Fatou.

—Falso… Como todas las civilizaciones, también crecerá, envejecerá y acabará muriendo. A no ser que se transforme.

—A mí no me gustaría vivir en un mundo donde no haya gritos de niños —afirma Fatou.

—A mí me parece incoherente huir de nuestra propia existencia reproduciéndonos. Invertir en algo tan voluble como un hombre es una memez.

—No se puede elegir. El amor te pilla desprevenida. Espero que algún día puedas sentir esa emoción que nos pone tristes y contentos a la vez.

—¡Romanticismo de mujer! El amor murió mucho antes de nuestra era. Según tú, ¿Ousmane te ama?

—Yo prefiero creer que sí.

—¡Eso es! ¿Qué harías si entrara ahora mismo y te dijera de buenas a primeras que no te ama?

—¡Imposible! —exclama muy nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque mientras yo lo tenga sexualmente en ascuas, no me dejará…

—Estás hablando de sexo, no de amor…

—Es su manera de amar. Como no he podido darle un hijo, lo compenso ayudándolo a inventar situaciones rocambolescas que aumenten nuestros placeres. Y no piensa en la familia, los hijos y toda la pesca. Hay peripecias encantadoras, diversiones interiores que suplen, eso espero, los balbuceos de un recién nacido.

—Eres toda una hembra —le suelto en tono desdeñoso.

—Me gusta no caerte bien.

—¿Masoquista, Fatou?

—Pragmática.

—Lo que me cuentas contradice el amor tal como suele entenderse. Háblame de vuestro amor.

—No se puede contar —dice—. Se vive en la carne, día a día. Si te lo contara, la cosa dejaría de tener sentido.

—Deja que sea yo quien te lo diga.

Fatou se levanta y se inclina hacia la ventana, tras la cual el viento sopla y remueve la basura con ráfagas bruscas y remolinantes. Su ánimo parece descender a profundidades de soledad tan grandes que yo no oso moverme. Y al cabo arranca a hablar, al principio trabándosele la lengua cual serpiente desarticulada y convulsa.

Eran las vacaciones. Una rutina apacible arrojaba a los urbanitas a la plaza del pueblo, a la sombra de cuya ceiba iban a pavonearse, seguros de su superioridad de hombres de ciudad. Aquel año, el padre de Ousmane era el depositario acreditado de los conocimientos relacionados con Europa. La gente se aglomeraba en torno al urbanita para que éste los asombrara o les mintiera, y jaleaba cada una de sus frases con un «¡Halá!», estentóreo. Incluso los reptiles dejaban de moverse para escucharlo. Fatou debía de tener cinco o seis años, y también ella quería escucharlo, pero no podía, no era más que una mujer. Se limitaba a hacer lo mismo que las de su sexo, merodear despacio cerca del círculo mágico el tiempo suficiente para poder captar retazos de conversación.

Un día de aquellos lo vio, acuclillado junto a su padre, que hablaba. Nunca había visto nada tan hermoso como aquel mozo cuyas ropas debían de haber sido confeccionadas con todo tipo de retales: bolsillos de franela, cuello hecho con un rectángulo de algodón amarillo, la espalda con un retal cuadrado a flores. Parecía un payaso de circo, y eso es lo que le gustó de él. Al verla, fue hacia ella y le dijo sin más ni más:

—Yo soy Ousmane, ¿y tú?

—Yo, Fatou.

Se quedaron un momento mirándose y luego, sin decirse una palabra, él echó a correr hacia la sabana. Ella se lanzó a perseguirlo. Corrieron hasta donde nace el viento que parte las espigas del mijo y donde los caballos salvajes relinchan a los imprudentes. Y allí, a la orilla del río, se detuvieron y se pusieron

a lanzar guijarros al agua.

Así se enamoraron. Se cogían de la mano y echaban a correr, desaparecían por aquí para aparecer por allá, soltando a cielo abierto carcajadas tan sonoras que ponían en fuga a los antílopes. Y los lugareños, que veían crecer aquella cosa mágica, riendo también, se decían: «¡Ay, estos chicuelos!». Ellos no pensaban en el amor, no pensaban en el sexo. Y cuando a la impúber pareja le llegó el momento de despedirse, y vieron los mayores cómo los chicos se arrojaban llorando uno en brazos del otro, a tal punto que para separarlos tuvieron que ponerse serios, volvieron a reírse los adultos y exclamaron: «¡Ay, criaturas!».

Sin embargo, cuando diez años más tarde los pilló un pastor haciendo el amor en una arboleda, los del pueblo tuvieron que tragarse sus risas. Ousmane hubo de explicarse. Y él supo hacerlo con las palabras convenientes, las que tendría que haber pronunciado antes de descubrir la desnudez de Fatou:

—Fatou y yo vamos a casarnos.

Y así se hizo, entre ofrendas de luces, colores delicados y blanco absoluto. La gente los felicitó por haber sentado la cabeza: «¡Qué buena pareja hacen!», así como por asegurar la perennidad de las tradiciones: «¡Que Dios os dé muchos hijos!».

En esta misma casa la había adorado Ousmane. Echaba pétalos de rosa a su paso para que no se ensuciara los pies. «¡Este vientre va a engendrar a mi hijo!», decía él cada vez que se entregaba a ella. Alegraba sus baños con buganvillas porque decía que ella tenía la delicadeza de esas flores: «¡Estas entrañas van a darme un hijo!».

Tres años, sin embargo, pasaron sin que las lunas trajeran al hijo deseado… ¡y ni siquiera la sombra de una niña! Poco a poco los escalofríos benéficos fueron desapareciendo, los lindos colores perdiendo su brillo y, casi junto con el desencanto, empezaron a aparecer imágenes destempladas, opacas al principio, imágenes a las que Ousmane dio tiempo para definirse.

Éste se instaló durante varios días en casa de Madonne, una desconsolada viuda que vivía con sus dos cuñados. La había conocido en una parada de autobús, a esa hora en que el cielo se vuelve verde y la tierra baja, en la que los carnívoros desearían ponerse la piel de los humanos.

—No pareces muy alegre, hijo mío —le dijo ella—. ¿Se puede saber lo que te pasa?

—Nada.

—Te vengo observando hace rato. Han pasado varios autobuses y no has hecho caso. Un hombre que no sube a un autobús es que tiene problemas. ¡Y serios! Si necesitas ayuda…, yo vivo aquí al lado…

Ousmane la siguió, sin interés alguno. Él sólo quería dejar que el tiempo solucionara el rompecabezas que sería su vida de pareja sin hijos… Además, ¿qué deseo podía despertarle una mujer vieja y pintarrajeada?

Madonne vivía en una casa sucia, en un barrio inmundo. Había latas de refrescos tiradas por el suelo, ropa amontonada que se pudría en cestos de mimbre, pero toda aquella mugre no la molestaba, parecía una situación deliberadamente buscada. Dos hombres de brazos peludos jugaban al lido en una mesa coja. La barriga les caía sobre el cinturón, tenían unos pómulos salientes y los ojos rojos de alcohólicos les brillaban. Al verlos entrar, se precipitaron hacia ella: «¡Ajá, ya está aquí mamá!».

Sin más preámbulos, le sacaron las enormes tetas y empezaron a chupárselas y sobárselas ávidamente.

—Ya estábamos echándote de menos —dijeron a la vez.

La mujer les retiró la cabeza, como si fueran dos críos caprichosos, y se dirigió a Ousmane sin mostrar el menor embarazo:

—Te presento a mis cuñados. Vivimos juntos desde que murió mi marido. ¿Te apetece algo de beber?

Él pidió un vaso de agua. Pero podría haber pedido cualquier otra cosa, visto que el destino le negaba lo más importante: la dicha de ser padre.

No supo cuándo se desvistió Madonne, pero de pronto la vio ya desnuda, a cuatro patas. Sus largas mamas le llegaban al suelo, sus muslos celulíticos temblaban; su vientre, cargado de grasas, colgaba bamboleando. Parecía estar en aquella postura obscena de la manera más natural. Los dos cuñados acariciaban aquel amasijo de carne a tientas: «¡Ajá, mamá! ¡Qué buena eres!». Le separaban las nalgas, ofrecían a cualquier mirada indiscreta una vista panorámica de su gigantesco pubis, de cuyo

centro colgaba el clítoris como un fruto solitario y con cuyos pelos, de lo largos que eran, se hubieran podido hacer trenzas. Y mientras la manoseaban, poseídos de ese frenesí loco que desatan las mujeres monstruosamente pervertidas por un físico particular, emitían bramidos. La penetraban por turno con una violencia inaudita. A sus acometidas, ella gemía como una burra pariendo entre dolores. A ratos, baldada aunque también llena por aquellos dos cipotes, se derrumbaba. Ellos la cogían por las caderas y la levantaban para seguir propinándole sus embates. De pronto, recordando la presencia de Ousmane, le dijeron:

—¡Ven y diviértete con nosotros!

Atontado, excitado como un pájaro que volara entre Dios y los hombres, Ousmane, cual capitán en busca de horizontes ignotos, quiso conocer las altas regiones del aire, volar al cielo de las aves y quemar las alas de los búhos. Olvidó lo que más quería: su tranquilidad. Se arrojó sobre aquella cosa fofa, que engulló toda su virilidad y que le arrancó bocanadas de la putrefacción que Ousmane tenía enterrada en sus entrañas. El cielo se nubló ante sus ojos. Los tamtam del sol hicieron resonar en su cabeza cánticos que le dieron a conocer los goces de una existencia perversa.

Se entregó en cuerpo y alma a aquellas guarrerías. Descubrió los placeres de la sodomía y las desviaciones delirantes de una pasión desflorada. No lo hizo por el oro ni por los diamantes, sino por algo mucho más rentable: para ordenar su rompecabezas matrimonial.

Volvió a su casa a esa hora en que los colores de la noche identifican el primer capítulo de los cantos del día ido. Una miríada de estrellas brilló en las pupilas de Fatou. La presencia de Ousmane oreó su corazón y ella prefirió dejar que las palabras ingratas durmieran en lo más íntimo de su alma.

—Ven aquí —le dijo él en tono violento.

La arrastró a la habitación, le rasgó la ropa. La echó en la cama, brillante cuchilla en mano. Le afeitó las axilas, las piernas, el sexo. La vistió de hombre y le hizo el amor llamándola puta. Se gastó un dineral en una tienda de lencería, le compró ropa interior licenciosa, vestidos de estar por casa que hubieran derretido montañas y braguitas de lo más excitantes. Empezó a

rociarla con vino y a amarla como si fuera una madama. A veces la disfrazaba también de golfilla corrupta y le daba azotes en el culo antes de poseerla. A menudo, haciéndose pasar por un padre al que su desobediente hijo enfadara, la reñía y luego la violaba. Y muchas tardes no era sino un chulo dominante, violento y vulgar. Imaginativa, ella se prestaba siempre a aquellos números, con los que se divertía como las actrices de las películas.

Al fin, un día, él se quedó mirando sus trenzas con henna y sus labios y le dijo:

—A partir de ahora tendrás que reinventar el amor si quieres tenerme.

Y eso es lo que ella hizo, pues comprendió que el teatro, lo grotesco, la depravación, la lascivia sin alma, aquellos juegos perversos, excitantes pero peligrosos, salvarían el amor agonizante de la pareja y darían a ésta un sentido, que no era otro que el de vivir juntos.

En la oscuridad incipiente, los sapos cantan el fin de la lluvia. A mí me da la vaga impresión de que a Fatou no le quedan más palabras. Todo está en calma y todo es neutro. Con los dedos del pie, Fatou escarba el suelo. Simplemente viéndola sé que las emociones causadas por su relato la han destrozado. Se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Y tú? ¿Has vivido tú alguna experiencia intensa, fuerte, que te haya impresionado, conmovido, trastornado?

—¡Qué pena me das, querida! Sólo los espíritus pequeños se dejan seducir por ese tipo de experiencias.

—¿Haber robado ese niño no te remuerde la conciencia?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo han comentado en la radio. Dadas las circunstancias, el lugar en el que han encontrado el cadáver, he deducido que tenías que ser tú.

—Podrías haberme denunciado a la policía y así te hubieras librado de mí. ¡Qué tonta eres, Fatou!

—Veo que sigues sin comprender nada. Tú estás con nosotros, pero al mismo tiempo no existes. No eres más que una simple variante en nuestras representaciones. La idea de aceptar los

elementos, seres humanos u objetos, que contribuyan a mejorar la calidad de nuestro sexo, es todo un logro de mi inteligencia.

Yo enrojezco de cólera. Me miro las manos y advierto que me tiemblan. Lo que tengo que hacer, me digo, es tranquilizarme y pensar en hipótesis razonables.

—Demasiado simple, esa conclusión tuya —le digo.

—Los mayores hallazgos han sido siempre de una sencillez asombrosa. Y ahora, ¿me cuentas tú tu historia?

—Mi historia es para adultos. Tú eres aún demasiado cría para que te la cuente. No quisiera mancillar oídos tan delicados.

—Esos escrúpulos me sorprenden viniendo de ti.

—No se trata de escrúpulos, sino de sentido común. ¿Has hecho alguna vez caminar a un durmiente, que no sea un sonámbulo?

—No.

—Tú misma puedes ver, pues, que me es imposible contarle mi historia a alguien que no tiene más experiencia que su vida de pareja.

—No quieres contármela porque no eres más que una mala persona.

Por un momento me dan ganas de alargar la mano, tomarle la suya y decirle cosas que anularían lo que nos separa, es decir, su situación marital, su educación, su visión de la vida, su idea del amor y la convivencia.

Podría tomarle la mano, escucharla, tratar de comprenderla y admirar lo que ella es y lo que representa. Y luego, ya sentadas en la penumbra como dos viejas amigas, revelarle lo más recóndito de mi verdadero ser. Y mantendríamos esa conversación conciliadora hasta el alba… Un alba nueva para mí, distinta de las que he conocido hasta ahora… Un alba opuesta a la de las perversiones sexuales, los robos, los abusos de confianza, los engaños… Una de esas albas nuevas que, para cualquier ser humano, constituyen la esencia de un auténtico destino…

Pero para eso habría hecho falta que yo tuviera un centro.

Y no sé lo que es eso. Yo no tengo ninguno. Soy un ser incoherente nacido de la fatalidad. Así pues, con una voz todo lo distante que puedo le digo:

—Deja de hacerte mi chacha por esta noche… Tengo hambre.

Y me quedo a solas con mi rabia, rabia contra esta impertinente que acaba de atacar mi supremacía. Ideas tan perturbadas como mi personalidad cruzan el cielo de mi ánimo, se esparcen, se disipan, no dejan más que una realidad: ¡esos hombres me follaron porque me creían loca! ¡Eso sí, una loca capaz de cambiarles la suerte! Tambaleándome, vuelvo a mi habitación. Me tumbo en la cama con las manos cruzadas bajo la cabeza. Dos cucarachas se persiguen en el techo. Un lagarto albino se queda mirándome. «¿Qué te pasa, mi amor?», me pregunta.

En realidad, a mí me hubiera gustado ser como Dios manda, me hubiera gustado ser una de esas chicas obedientes a las que todo el mundo respeta. Pero a los dieciséis años ya había agotado mis reservas de simpatía, de amabilidad y de indulgencia. Las había gastado, sin saber muy bien para qué, en un mundo malsano y opresivo. Las había sacrificado en un mundo en el que el buen Dios había omitido dar nombre a muchas cosas. Yo no tengo ya ni conciencia, aunque, por lo demás, ¿qué es tener conciencia?

Mi corazón me pesa. No me lo explico. Mi espejo mental se dirige por un momento al futuro… Nada se refleja… Solamente una horrible desintegración de la materia. No quiero dejarme dominar por el cuerpo. No quiero aguardar a que él decida cuándo acabar conmigo. Me siento tan mal conmigo misma que necesitaría un vaso de vino o un cigarrillo, cualquier cosa que me levantara el ánimo… Me siento oprimida por un terrible sentimiento de culpa. No he hecho nada con mi vida. Para salvarme, me pongo a fantasear: reanudo los estudios donde nunca los empecé, conozco a un joven diplomado de la universidad y nos casamos. O entro en un convento, y me consagro a los leprosos y a los niños abandonados.

Me aferró a estas proyecciones positivas como a un sueño salvífico. Pero como sé que soy incapaz de actuar en consecuencia, vuelvo a mi pobre realidad.

En mi cama siento que la sangre me bulle en las venas. Soy una diosa capaz de hacer lo que hizo Cristo, sólo que más gozosamente: ¡curar con mi sexo! ¡De ahora en adelante seré la

quinina contra la malaria, la aspirina contra los dolores de cabeza, las vacunas contra la epilepsia, los antivirus contra el sida! ¡Gracias a mi depravación desaparecerá la pereza, la lepra, el bocio, la mentira, los celos, el odio! ¡Soy el remedio contra el retraso social de individuos y sociedades!

Lo desmesurado de mi aspiración me enardece. Me abismo con la imaginación en la realización y puesta a punto de este proyecto erótico. Pongo en juego maravillosos recursos de sofisticación sexual para acabar yo sola con todos los males que asolan el continente negro —paro, crisis, guerras, miseria— y a los cuales, con todo su saber, los grandes expertos de la economía y la ciencia no han sabido poner remedio.

Tanto creo en mi misión que siento calor en los huesos. El cielo de mi memoria está lleno de gozo, como si el propio Dios hubiera dado alas a mi voracidad.

No sé en qué momento me dormí, embriagada por la perspectiva de un futuro de tanta enjundia emocional. La luz del salón que entra por unas rendijas me dice que es la hora de los falsos placeres. En alguna parte de la ciudad el ulular barítono de un búho reanuda sus repetidas lamentaciones.

Medio alelada por este sueño inesperado, me levanto tambaleante. Mi atención va y viene como una cometa sin control. Camino haciendo eses. Unos gemidos provenientes del salón me ponen alerta. Desde donde me hallo puedo verlos, y la belleza de sus cuerpos, sobre los que el farol proyecta reflejos amarillos, me quita el habla.

Ousmane brama, abandonado el cuerpo, como si en su interior un enorme dique se hubiera roto: «¡Te amo! ¡Sí, sí! ¡Te amo! ¡Me das miedo! ¡Te amo!». Fatou lo acaricia con su lengua, diciendo en voz alta el nombre de todas y cada una de las partes que toca: nombrándolas, proclamándolas con una voz ronca que, de pronto me doy cuenta, es un arma ferozmente erótica.

La fuerza lúbrica de la escena me deja sin aliento. Me resisto a profanar ese ámbito de evocaciones que multiplican su placer: «¡Tómame! ¡Ayúdame! ¡Ámame!», suplica él una y otra vez. Ella le posa sus labios carnosos sobre el sexo, que a continuación se

mete en la boca y chupa moviendo la cabeza en redondo. «Te amo… Yo también, ¡amor mío!», susurra ella.

Una tristeza sutil me invade y se me hace un nudo en la garganta. La impresión de una pueril renuncia, sin duda. No quiero ser testigo de su orgasmo. No quiero importunar a esos viajeros de los sentidos, viajeros que se cuentan la vida en prosa, en verso, en notas musicales, y van tejiendo primorosos cañamazos de historias. Y en la penumbra me aparto lentamente.

Alguien gira el picaporte de mi cuarto. No reacciono. Oigo pasos que se alejan. Al poco, vuelven a llamar suavemente y de nuevo se van. Oigo voces que restallan en el salón con rabia contenida. Parecen los directivos de una empresa que acabaran de advertir la ausencia del empleado que debía abrir la tienda. Vuelven a llamar a mi puerta, yo no me muevo. Soy una golondrina: sobrevuelo prados, montañas y continentes. Y ahora un mono que, subido a un árbol, se caga sobre las cabezas de los humanos. No, soy una gacela, corro a tal velocidad que espanto a todos los animales de la sabana. Me transformo en un puercoespín en la maleza, luego en víbora y en mariposa. Y alcanzo el apogeo de mi metamorfosis cuando me transmuto en león. Tengo la sensación de haber llegado al grado máximo de la magnificencia darviniana.

—¿Seguro que estás bien, Irène? Soy yo, Fatou. ¡Abre!

—¡No!

—Por favor, Irène. ¡Están todos ahí! ¡Esperándote!

—¿Para realizar su ejercicio sexual?

—Para tratarse. Cuando alguien posee un don, ¡tiene que ponerlo al servicio de toda la humanidad!

—No te pongas en plan moralista, que no te va.

Fatou se indigna:

—¡Qué falta de respeto por mi marido y por mí, que nos sacrificamos por ti!

—La falta de respeto es hacer creer a la gente que estoy loca. Que con mi sexo podría conjurar sus desgracias.

—¡Eso sí que es bueno, querida! ¿Has visto alguna vez que un loco reconozca su locura? ¡Qué bueno!

—¡Es muy impertinente por tu parte decidir lo que soy en mi lugar!

—Simple intercambio de papeles…

—Vale, acepto… Yo soy un ser perjudicial.

—¡Eres de verdad insoportable!

—Cuando quiero, ¡sí!

Otras voces se unen de pronto a la de Fatou para convencerme de que abra. Las voces se entremezclan. Dicen que tengo que respetarlos. Afirman que cada ser humano existe sólo como un electrón libre, pero que todos forman parte de un sistema de dependencias complejo. Las palabras «fusión», «entrelazamiento de destinos» son las que más se oyen. Aseguran que, comportándome así, no hago sino deteriorar la calidad de las relaciones humanas y que, si cada cual se encerrara en sí mismo, inerte como un egoísta, el universo se vería abocado a la nada.

Estas palabras alteran mi quietud, suscitan en mí el deseo incontenible de conocer el aspecto físico de los que así me hablan.

Salgo del cuarto y ellos empiezan a aplaudir. Se sienten felices porque no tienen más remedio que soportar mis caprichos: «¡Qué maja eres!», exclaman, pues les permito abandonar su lenguaje intelectual y pasar a escribir una historia florida de lascivia erótica y de masturbación hechicera. A paso casi acompasado, profesores universitarios, chóferes gordinflones, viejas arrugadas, unidos en la esperanza de un mundo mejor, me siguen en fila india hasta el salón.

—Os escucho —les digo, situándome en el centro y mientras ellos van repartiéndose en bancos y junto a las paredes.

Abren desmesuradamente los ojos como topos y vuelven a alzar sus voces. ¿Qué quiero saber exactamente? ¿Sus nombres? ¿Sus fechas de nacimiento? ¿El origen de sus padres? ¿Las escuelas a las que fueron? ¿Sus profesiones? ¿Si son polígamos o monógamos? ¿Si aman a sus respectivos cónyuges? ¿Y qué voy a hacer yo con todos esos datos, que no son relevantes más que en un plano administrativo y matemático?

Rompo a reír, me pongo a cantar un canto sin melodía y al cabo digo, en tono arrogante y frío:

—Quiero que cada uno de vosotros me cuente una historia… Quiero decir, una historia que haya vivido realmente, y que tenga sexo, sangre… ¡Algo exótico, eso es! Luego me prestaré a

lo que sea. Os escucho.

Ellos miran el suelo, luego hacia el final de la callejuela, desierta a esta hora calurosa del día. ¿Cómo irán a exponer a ojos del mundo sus guarrerías?, me pregunto. Hay un gordo, tan obeso que parece una enorme bola, con dos bolsas de plástico entre las piernas. De vez en cuando mete en las bolsas sus dedos amondongados, saca trozos de carne y se los come. Su boca rechina como si masticara cacahuetes. ¿En qué postura hará el amor? ¿Y su espléndida y joven mujer, que tiene al lado? ¡Con lo bella y fina que es! ¿Cómo podrá soportar su cuerpo semejante peso? «Las mujeres son valientes», decía mi madre. ¡Y no se equivocaba! El que me interesa es el hombre sentado en el rincón. ¿Qué ocultará tras su chaqueta de excelente calidad? Su pelo cortado al rape demuestra que ocupa una buena posición social. Seguro que es de esos que nunca hacen chistes de mal gusto sobre sus vecinos, pero a los que, con las cortinas bajadas, les encanta entregarse a rebuscamientos eróticos.

Lo observo —de hecho, desde hace un momento no hemos hecho otra cosa que observarnos—, lo observo con desdén para darle a entender que su medro no se debe sino a chanchullos, a golpes bajos, a intrigas de alcoba, a juegos de cartas amañados que favorecen a los más linces, no a aquellos que más profesionalidad hayan demostrado. Siento hacia él una rabia inexplicable y, viendo su expresión, advierto que empieza a incubar contra mí sentimientos de rechazo.

—Tú no eres como nosotros —le digo de sopetón—. ¿Qué haces aquí?

—Dejando aparte el hecho de que tengo coche, soy exactamente como todos ellos. Tengo que trabajar para criar a mis hijos.

Me echo a reír. Sé hasta qué punto la risa puede ser un arma mortal para el orgullo del adversario. Soy tan experta en manipulación que no dejo de dar en el blanco. El desconocido, Diego, así se llama, queda aniquilado. Había llegado a pensar que su respuesta le haría ser aceptado en mi círculo mágico, transformando al explotador que es en explotado, al jefe en empleado querido por todos, empezando por mí, la sacerdotisa de esta extraña asamblea.

Deja caer los hombros… Parece un hombre rendido tras diez horas de trabajo. Yo me siento eufórica como siempre que, instintivamente, consigo lo que me propongo. Veo que recurre a la respiración para calmarse. Por el sur avanzan unos nubarrones espectaculares que anuncian lluvia. Me digo que me gustaría vivir bajo un cielo más clemente, en el lugar del mundo que fuera, donde no hubiera humanos ni se oyeran gritos de niños ni zumbidos de coches que van y vienen…

Diego alza entonces la voz con un tono de desesperación casi místico. ¡Le gusta el énfasis! ¡Le gusta escucharse hablar! Observa al auditorio solicitando su interés, y la expectación que ve en los rostros lo colma de placer:

—Mi historia es breve —empieza—. La jefa se llamaba Madeleine, tenía una casa de varios pisos y le gustaba mantenerse joven. Su piel era tersa y reconozco que para su edad tenía unas formas espléndidas.

—¿Qué edad exactamente? —le pregunto.

—¡No tengo ni idea! Su marido había muerto seis meses antes y la había dejado al cargo de la tienda. Trabajábamos cuatro empleados. Una noche, sería el año 67… O puede que el 87, ya no me acuerdo… El tiempo, como ustedes sabrán, tiene sus propias leyes. Nos había invitado a cenar a su casa, sin nuestras parejas, claro. Por entonces yo no estaba casado. Vivía con una soberbia mestiza que se negaba a entregárseme. Yo no sabía si tenía un amante. Para no intranquilizarme, nunca se lo pregunté.

»Mis colegas estaban ya allí cuando llegué: se llamaban Alain, Célestin y Bertrand. Íbamos todos de lo más puestos, con traje negro, camisa blanca y corbata amarilla. Y nos sentíamos muy cortados, pues la jefa nos había visto siempre más bien zarrapastrosos, siempre viviendo a su sombra. Ella estaba especialmente guapa aquella noche. Llevaba un vestido que le caía de los hombros formando ligeros pliegues, se le ceñía al talle y se abría como una vela a lo largo de sus admirables piernas. Digo lo de las piernas porque no pocas veces, mientras ella me daba órdenes…, ve, trae, coge…, me hubiera relamido de gusto acariciándoselas. Una sombra de ojos azul acentuaba la belleza de sus ojos; sus labios, a los que ella podía dar la expresión que quisiera, desdeñosa o incitante, parecían estar diciendo cómeme.

Nos sirvió unos manjares exquisitos ella misma, lo que me chocó: puercoespín estofado, cocodrilo en salsa roja, *ngondo*[2], y pasteles de mijo, de maíz. Para beber había un vino buenísimo y champán.

—¿Dónde vive? —pregunta el señor gordo que come—. ¡Con una mujer que sirve esos platos me caso ahora mismo!

—¿Champán? —digo yo, sorprendida—. Un pendón que se divierte invitando a unos muertos de hambre ¿va a servirles champán? ¡Tu historia es puro cuento, amigo mío!

—Comentario justo, pero falso —replica Diego—. ¿Dónde está la verdad? Sólo lo que hemos decidido considerar como tal lo es.

—Si querías que te contáramos historias, por lo menos no lo interrumpas —se rebela la esposa del gordo.

—Tienes razón —digo yo—. Perdona… Te escucho, Diego.

—Mientras comíamos, yo me preguntaba por qué nos había invitado la jefa. ¿Era para premiar nuestro rendimiento? Ella hablaba, reía todo el tiempo, tardé un poco en darme cuenta de que… ¡nos estaba contando su vida íntima! Por ejemplo, que la había desvirgado un primo suyo en un campo de mandioca, que había participado en un concurso de belleza en Obala… “¡Miss de ese pueblucho perdido que es Obala! ¿Os dais cuenta?”, contaba ella. En la cena que tuvo lugar después de que la eligieran, ella estaba sentada enfrente del presidente del certamen, un riquísimo vendedor de muebles, ya un tanto viejo, cuyos severos comentarios sobre la conducta de las chicas estaban poniéndola de mal humor. Y sin dejar de mirarlo se quitó los zapatos, apoyó los pies en las piernas de él y le cogió el sexo. El hombre dio un violento respingo, pero al final se quedó quieto. Y ella empezó a masturbarlo sin dejar de comer. Al correrse, él estuvo a punto de atragantarse. Atolondrado por la comida y el placer, el hombre le preguntó: “¿Qué tienes que hacer estos días que quedan?”. “Nada”. “¡Pues cásate conmigo!”.

—¡Yo habría hecho lo mismo! —exclama el gordo, embelesado.

—Cállate —le ordena su mujer y, volviéndose hacia Diego, añade—: Perdona los malos modales de mi marido. Te escuchamos.

Diego carraspea y prosigue:

—Yo, más que comer, devoraba, mirando la pared por miedo a que mi mirada se cruzara con la de nuestra anfitriona. De pronto prorrumpió ella en una risa inquietante: “¡Sois unos imbéciles!”, dijo. “Lleváis aquí casi dos horas y a ninguno se le ha ocurrido preguntarme por qué os he invitado”.

»Nosotros nos quedamos de una pieza, como críos pillados con el tarro de mermelada. Uno de nosotros balbució no sé qué incomprensible, otro se excusó diciendo que sus palabras nos tenían hechizados y dispersaban nuestra mente, lo que correspondía a la realidad. Se hizo un gran silencio y lo que siguió fue particularmente insólito. “Uno de vosotros”, empezó a decir, “es el hombre de mi vida, el que ha de acompañarme hasta la muerte, cerrar mis párpados en el instante fatídico y adornar mi tumba con rosas eternas. A ese hombre lo cuidaré como al hijo que mis entrañas no me han dado, lo haré avanzar en la vida paso a paso hasta la exaltación; mis atenciones y caricias disiparán sus dudas y angustias; él me estrechará entre sus brazos y en el mundo se hará la paz…”. Y mientras nosotros, mareados por aquel río de palabras que el más cínico de los hombres hubiera dado cualquier cosa por oír, permanecíamos quietos, ella puso *No, Woman, No Cry* de Marley y dejó resbalar el vestido sobre la moqueta: sus firmes senos y su vientre redondo quedaron así expuestos ante nuestros maravillados ojos. Sacó a bailar al más joven de mis colegas y los dos empezaron a evolucionar por la estancia. Ella se restregaba contra él y acariciaba el sexo de ella, liviana y cimbreante como esos rosales que el viento agita en los pantanos. De pronto, con un contoneo de caderas, se arrodilló, le sacó el pirulí y empezó a chupárselo golosamente. Echando el cuerpo hacia atrás, mi colega jadeaba con voz ahogada. Aquel placer urbano lo hacía volar. Digo volar porque, de improviso, la echó hacia atrás e hizo desaparecer su sexo en la húmeda cavidad de ella. La trataba sin ningún miramiento. Ella gemía y lo animaba a poseerla con toda la potencia de su joven edad: “¡Sí, disfruta, hijo mío! ¡Así! ¡Eso es!”; gemía, meneaba la cabeza a derecha e izquierda, exaltada, desbocada, aturdida: “¡Venid, queridos!”, nos gritó. “¡Venid, mis amores!”.

»Una excitación hormigueante flotaba en el ambiente. Teníamos a nuestra merced a la jefa, una burguesa respetable actuando como una furcia. Yo estaba tan conmocionado que no sabría decir en qué momento se desnudaron mis colegas. Una serie de sueños, de fantasías inconfesables, de deseos reprimidos me tenían paralizado. Madeleine gozaba en sus entrañas, en su boca, en lo más profundo de su sexo. Exigió cosas excesivas que no guardaban proporción con una mujer de su rango. Se tumbó, por ejemplo, de espaldas sobre el vientre del más joven, al que se clavó a horcajadas, y le pidió al más viejo que la penetrara por el mismo orificio. Yo, desde donde estaba, no le vi ya el imponente cuerpo, era sólo una superposición de sexos bifurcados. El tercero la agarró del cabello y le metió el pene en la boca. Los gemidos que los cuatro lanzaban retumbaban en mi cabeza, en mis oídos, me volvían loco. Mis colegas hicieron lo que quisieron con ella, hasta el punto de hacerle olvidar quién era, de dónde venía, lo que allí hacía. Al final la soltaron y fueron a derrumbarse en los sofás.

»Yo elegí ese momento para acercarme a ella. Con la lengua, empecé a surcar su vientre, subí luego por entre sus senos y la hundí al final entre sus labios. “Qué bien, qué suave, eso es lo que yo quería”, gimoteó. Y luego, cuando entré en ella, comprendí que nuestros cuerpos no podrían ya separarse. Lentamente entraba y salía, movía en redondo mis caderas para hacerle sentir toda la dimensión de mi deseo: “Amor mío, te amo”, le dije, casi llorando. “También yo te amo”. Hicimos el amor largo rato, con ternura, como si quisiéramos aplacar la tormenta que acababa de devastar sus genitales, ¡borrar el recuerdo de mis colegas, que se la habían follado!, ¡tachar la existencia de cuantos hombres hubieran profanado aquella carne! Su cuerpo se enarcó, como presa de convulsiones, y los ojos se le pusieron en blanco. Yo vi como un destello deslumbrador y acto seguido me sacudió un violento espasmo. Y exhausto de placer, me desplomé.

»Cuando recuperé el aliento, vi que Madeleine tenía aún los ojos en blanco y los labios rojos abiertos sobre los dientes en una magnífica sonrisa. “Amor mío…”, le dije zarandeándola, “amor mío…, despierta”.

»Ella no reaccionó. Yo le levantaba los brazos y éstos siempre volvían a caer, como inertes. Yacía sin vida. Di un grito de terror: "¡Está muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!".

»Mis colegas, sobrecogidos, empezaron a gritar como yo. Nuestro instinto de supervivencia nos hizo enmudecer. Actuamos de manera metódica, como asesinos. Fregamos los platos, pusimos en orden la casa. Lavamos a la muerta cuidando de hacer desaparecer las huellas íntimas de nuestra incursión, le pusimos un bonito camisón rojo y la metimos en la cama.

»Nos separamos a la puerta del edificio y cada cual tomó una dirección diferente. Yo caminaba en medio de la noche atormentándome con preguntas: ¿habría tomado algún veneno para suicidarse? ¿Habría organizado su suicidio para poder morir de placer? ¿Le habría causado el paro cardíaco nuestra violencia sexual?

»Aún hoy me abruman estas preguntas y nunca sabré lo que pasó realmente.

Se calla. Los labios le tiemblan, al igual que las manos. No hay que ser un psicólogo para ver que sufre atrozmente.

—Es una historia muy bonita —digo—. Sólo que es mentira.

—Da igual lo que creas —me contesta—. ¡Lo importante es que te haya gustado!

—¿A quién le toca ahora? —pregunto yo, paseando una mirada penetrante por los presentes.

—¡Yo no tengo nada que decir! —tercia la vieja desdentada —. Nos hemos vuelto todos locos. La culpa es de esas máquinas que han puesto en órbita por el cielo… Esos satélites, esos cohetes… ¿Cómo no va a acabar uno zumbado al ver gente pasearse por la luna como por la plantación de cacao de su padre? No se puede jugar con el buen Dios sin pagar las consecuencias. ¡Yo no voy a contar nada!

Sé que todos somos capaces de decir, de hacer cosas, incluso las más disparatadas, si nos lo exige la persona que posee las claves de nuestro bienestar económico, sexual o psicológico.

Nos encontramos en este recinto como en un compartimento de tren y cada cual tiene que participar en el juego para amenizar el viaje. Como animadora, no puedo tolerar ninguna excepción. Eso podría crear un mal precedente y comprometer mi autoridad. Así que clavo en la vieja desdentada una mirada casi torva.

—Hija mía —me dice—, a mí no me dan miedo ni los escorpiones ni las serpientes. No serás tú quien me haga temblar.

—Lejos de mí, abuela, la idea de meterte miedo. Sólo quiero que los aquí presentes puedan disfrutar de ver tu rostro dulcemente iluminado.

—Muy inteligente, querida mía. Siempre hay que mostrar lo mejor de uno mismo. Pero para eso no tengo por qué sacar a la luz mis cochinadas juveniles, de aún fresca memoria. Yo prefiero pensar en el presente… Recuerda lo siguiente, querida: por la boca muere el pez.

Y para sorpresa de los presentes, haciendo tintinear los dijes falsos que lleva al cuello, se pone en pie. La miramos todos, escudriñamos su cuerpo exangüe para ver las señales de la corrupción. Sabemos que hubo gloriosos cipotes que se la pasaron por la piedra al ritmo de oscilantes pelotas. ¿Qué experiencias habrá vivido esa carne ajada? ¿Por qué caminos tortuosos se habrá perdido? ¿A qué funestas orgías se habrá entregado?

Sin gastar saliva, la vieja que no quiere hablar se quita sus vestidos, los deja en un rincón. Finjo no hacer caso de su flaca figura, de sus pechos que cuelgan como calabazas. Y tampoco la miro cuando se pone a cuatro patas ante mí y, en actitud de

avisada dignidad, me muestra su averiado foramen. Yo, queriendo bajarle los humos, pregunto:

—¿Y bien? ¿Quién va a contarnos su historia, una bonita historia para distraernos a todos?

Y puesto que me toman por loca y como tal me endiosan, el glotón gordo toma la palabra y yo experimento una infinita sensación de libertad.

—Me llamo Hayatou —empieza a decir, sin dejar de zampar grandes cachos de carne—. Y ésta es mi joven esposa Éva… No tenemos hijos… La miseria, os lo digo de verdad, vuelve lascivo al hombre… ¿Qué me ocurrió a mí, que era el mozo mejor plantado de mi pueblo? Yo ganaba todos los concursos de lucha cuerpo a cuerpo. Y en cada siega llegaba a cepillarme entre el mijo a media docena de jovenzuelas.

—¿Tú? —pregunto yo, escéptica—. Perdona, pero no resulta fácil creerte.

—Yo no he estado siempre tan gordo como ahora, ¿sabes? Y si os dijera que las señoritas me habían puesto el delicioso mote de Oruga por mi destreza y tesón para procurar placer, ¿me creeríais?

—No es preciso que te creamos —digo yo—. Lo importante es que tu historia nos guste.

Su desgracia empezó cuando lo enviaron al cuartel de la región de Kousseri, en la que abunda la mosca tse-tsé, las víboras y la fiebre amarilla.

—¿Queréis que os hable de la guerra? —pregunta de pronto—. Yo cuento muy bien cosas de la guerra. Tengo inventadas unas historias a cual mejor y, según las circunstancias, cuento una u otra. ¿Qué dices tú, Irène?

—Haz lo que te apetezca, amigo —contesto yo.

—¡La que manda eres tú! Además, no quiero copar el diálogo. A lo mejor prefieres una historia con sangre, trincheras, cabezas cortadas, cañones tronantes y prisioneros esmirriados que se ciscan de miedo…

—Quiero la verdad, si es posible —lo interrumpo irritada.

—¡Como si yo mismo la supiera! Esta historia no se la he contado a ningún bicho viviente.

—¿No habrá tenido ya Éva la primicia, sin que tú te dieras cuenta? Mira que cuando los hombres gozan se les suelta la lengua.

—¡Eso sí que no! Las mujeres tienen la boca más escurridiza que un sauce *ngombo*.

—Vale —lo corto yo—, quiero escuchar esa historia. Te guste o no…

Yo ordeno y soy la diosa de las Aguas, el genio de la Fecundidad, de la Tierra y de los Cereales. Soy la divinidad de los Bosques y de las Sabanas. Yo soy aquella cuyo deseo espanta la desgracia y la sepulta en los pantanos. Soy una caverna milagrosa que da sentido a las siete maravillas del mundo.

En tiempos de la guerra, Hayatou vivía en un minúsculo barracón con su sargento, al que servía como criado, recadero o lo que fuera. Cada anochecer, a la hora en la que el sol, cansado, se iba a dormir, se oía al sargento jadear de placer. Sacudido por los espasmos, su camastro chirriaba, y las ratas, asustadas por sus alaridos, se daban a la fuga. Hayatou no paraba de preguntarse dónde conseguiría el sargento tanta molienda para su macillo. Aparte de burras, allí no había hembras. ¿De dónde las sacaría? Las más escabrosas situaciones se le pasaban por el magín, se imaginaba al sargento entregado a las más desenfrenadas orgías, pero ¿con quién? Alguien le comía el nabo, pero ¿quién? Se moría de ganas de preguntarle el secreto, pero no se atrevía. Al fin y al cabo, ¡era su superior!

Los meses pasaban y él iba preguntándose si la abstinencia no habría podido con la virilidad del sargento, lo que explicaría la clase de ruidos que oía: su superior se la meneaba a menudo y arrojaba su semen al viento, como quien dice. Hayatou temía que, a la larga, el pene de su sargento acabara desprendiéndose de su rama y despachurrándose contra el suelo como un aguacate maduro.

Un día —era ya tarde y la luna iluminaba el bosque con una luz mortecina como hecha para conversar en voz baja—, estaba haciendo la cama del sargento, agachado y con el culo en pompa, cuando oyó pasos. Reconoció enseguida los olores del vicio y el desenfreno que, cuando era adolescente y pasaba fantaseando por delante del burdel, le hacían hervir los testículos.

Hayatou se interrumpe y da un suspiro como si sólo el acordarse de eso le hubiera costado toneladas de energía. Coge un puñado de papas y se las lleva enseguida a la boca: «No vaya a darme un ataque de hipoglucemia», se justifica. Tiene la cara bañada en sudor, el *boubou*[3] se le pega a la barriga. Se pasa el brazo por la frente y se la enjuga. Con la boca llena, prosigue su relato en los siguientes términos: «Yo me había quedado sin habla, no sabía por qué. Aunque no le veía la cara, sabía que era el sargento. Nunca en mi vida me había notado tan raro. Eso era sin duda lo que me hacía sentir, por dentro como un temblor que crecía y resonaba sin parar en mi cabeza».

Siguió, por lo visto, oyendo las botas del sargento pisar en la blanda tierra y luego el zumbido de una culata que le golpeaba la sorprendida cara… Y la oscuridad absoluta… No sabía cuánto tiempo había pasado. Cuando volvió en sí, el inquieto cipote del sargento trataba de abrirse paso por su ojo trasero, y él sentía un delicioso escalofrío en el bajo vientre. «¡Tú eres un marica! ¡Voy a romperte el ano! ¡Voy a rajarte, recluta!». Y, sádicamente, empezó a sodomizarlo; lo hacía con una violencia primaria, surgida de la noche de los tiempos. Cuando hubo tenido bastante la sacó, goteante de savia. «¡Da gracias a tu rey!», le ordenó, obligándolo a mamársela. Hayatou se sintió tan agradecido que desde aquel día aceptó chuparle el regaliz frenéticamente sin tener que hacerse de rogar.

—Él tiene la culpa de que yo sea estéril —concluyó Hayatou —. Estoy seguro de que, de tanto frecuentar mi orlado ojal, el sargento debió de aspirar toda mi virilidad.

—Es posible —digo yo con aire pensativo.

—¡Seguro! ¿Cómo se explica, si no, que no pueda dejar embarazada a Éva, mi mujer?

Y manda a su joven esposa que se levante y le desabrocha la blusa, le baja la falda, todo sin que ella se inmute. Se ve que ésta, bien alta la frente, es consciente de lo bellos y lascivos que son su cuerpo de harén, su melosa cavidad entreabierta, sus aréolas turgentes. Hayatou le pide que se vuelva:

—Es excitante, ¿verdad?, mi Éva. Y sin embargo…

—A lo mejor es que no ha hecho lo que tenía que hacer para… —empiezo yo a decir.

Éva hace un mohín desdeñoso y contesta:

—Lo he intentado todo. Lo he arañado, le he hecho cosquillas, lo he acariciado, le he mordido con mis dientecillos. Le he acariciado las bolas y me las he tragado, en vano. ¡Y eso no es todo! Le he masajeado mil veces el miembro con manteca de *karité*, he impregnado su taparrabos con alcanfor, sin ningún resultado. He adoptado las posturas más peregrinas: la del mono que se balancea en lo alto, la del asno encabritado y sentado de nalgas, la del pez gato que va zumbando al nadar… De nada ha servido toda esta terapia… ¡Su tempestad se niega a desencadenarse!

—Ya lo veis. El sargento, de tanto darme por detrás, me robó la virilidad —dice Hayatou resoplando—. Por favor, Irène, ayúdame a recuperar mi cuerno de rinoceronte.

Mientras las palabras mueren en su lengua, una miríada de luces se encienden en mi cabeza. Hago señas a Éva de que se acerque, y ella lo hace como si tal cosa, como si la desnudez fuera algo tan natural como los días lluviosos, el sol y el curso de los planetas. Su paso es grácil y ligero y, a medida que se aproxima, sus movimientos van provocando las más inesperadas reacciones: Diego, por ejemplo, no para de repetir como para su coleto: «¡Qué suerte! ¡Qué suerte la de este imbécil!». Hayatou empieza a dar vueltas por el cuarto, como un oso enjaulado, y empieza a recitar el rosario, sin recordar que él no es cristiano.

Éva está frente a mí y de ella me queda la imagen residual de un cuadro del que mi memoria no guardara sino un vago recuerdo… salvo que se trate de una mujer de las tinieblas, el espíritu de una mujer creado en los meandros de mis sueños. Sin decir una palabra, se tumba y cruza las manos en el pecho.

—¿Me tienes miedo? —le pregunto.

—No, creo que no.

—Porque —digo yo, acariciándola distraídamente— voy a hacerte una serie de cosas para desbloquear tus ovarios…

—Eso no es justo —salta Diego—. Yo he sido el primero en hablar, y en cambio eliges a ella para curarla primero. ¡No es justo!

—He decidido que su caso es más interesante.

—¡Tienes que empezar por los que pueden servir para algo!

—replica Diego—. Nosotros no tenemos la culpa de que los ovarios de la esposa de Hayatou estén crispados ni de que el Destino sea tan inclemente con la virilidad de su marido.

—¡Yo tengo poderes que ninguno de vosotros posee! —contesto—. Mis ojos y oídos perciben cosas que no existen en el universo material. Tengo mis razones para elegir a esta pareja en primer lugar. ¡Así que déjame hacer mi trabajo, Diego!

Entonando una nana empiezo a acariciar delicadamente el clítoris de Éva. Introduzco mis dedos en su gruta reseca por la abstinencia no sin dificultad. Si no me equivoco, veo que unas lágrimas le perlan los párpados. Procedo con calma. Quiero despertar insidiosamente su placer como las gotas de una lluvia tibia caen sobre una tierra sedienta. Los demás nos observan, el ambiente es místico y erótico. Cruzan y descruzan las piernas. A mis oídos llega el violento latido de sus corazones: palpitan tan fuerte que evocan inagotables visiones cambiantes, visiones que parecen surgir de mi piel, posarse y agrandarse en ella, tanto que tengo la impresión de que el tejido que me mantiene unida va a ceder y mis brazos, cabeza y pies, desprendiéndose, se alejarán por el aire. Son los síntomas del deseo en su forma más absoluta. El vientre de Éva, sus formas, que parecen rebrotadas de su pelvis, sus espléndidas piernas, vibran con una luz centrífuga, con un resplandor tan intenso que no parece real.

Estoy en trance y, por primera vez, siento la Tierra girar en el espacio. Descubro que el universo es más microscópico que un cuerpo de mujer. Noto movimientos extraños. Alguien está acariciándose. Otro gemido. ¿Quién estará lanzando suspiros? No lo sé. La escena que ven mis ojos se me antoja tan irreal que me parece estar entre fantasmas.

No soy yo la única en sentirse emocionalmente desequilibrada: cada cual tiene allí sus visiones, es como si el recinto, con sus sillas, bancos, esteras y alfombras de rezo, se hubiera transformado en una sala de baile. De repente empieza a sonar una música celestial que sólo nosotros oímos: un regalo del Destino a los enfermos del espíritu. Disfrutamos de algo que la gente normal y corriente ni sospecha que existe. Mozart, Bach, Beethoven no han existido nunca. Y nos desnudamos. Y nos lanzamos a bailar, estrellas danzantes perdidas en los confines

del mundo. Una mirada devuelve otra mirada. Oigo los alientos en las pieles, los aspiro, los absorbo y extraigo átomos de vida por todo el universo. Que la Tierra, el cielo, los astros se desintegren, se disuelvan, se pierdan en los recodos de la historia humana: no me importa. Yo estoy más allá, aferrada a las cumbres corporales, viviendo espasmos cósmicos. Mis dedos se hunden en el sexo de Éva como en arenas movedizas; ella se encoge, se estira, se contrae. Y a mí la exaltación que me produce la belleza de su cuerpo me arrebata los sentidos con la impetuosidad de un río durante la crecida.

—Perdona —dice de pronto Diego, acercándose a la pareja que ella y yo formamos—, pero hay visiones que hacen perder la chaveta. —Y empieza a agitar su escurridizo pez en el aire—. Si te zambulles ahí dentro —dice señalando el pubis de Éva—, ¡no morirás nunca! ¡Esta mujer es el elixir contra la muerte! —Se arrodilla entre las piernas de Éva y le levanta los pies hasta la altura de las nalgas—. ¡Ah, sí! Esta mujer mata la muerte. ¡A no ser que sea sobrina suya…, una sagrada sobrina! ¡Se apodera de uno sin el menor esfuerzo! —Y comienza a chuparla haciendo mucho ruido, se relame los labios—. Tu sexo exhala un maravilloso olor a orquídea.

Hayatou se acerca a su esposa. Quiere tomar parte en su placer. Quiere hacer honor al buen sentido que manda que el deseo de una esposa es cosa del marido. Pero ¿qué ven mis ojos? No es Éva quien le interesa, sino la culebra de Diego. Los ojos están ebrios, la agitación de los sentidos se los desorbita. Echa mano de un muslo de pollo y mientras se lo come balbucea:

—¡Qué vértigo! Veinte años hacía que no lo disfrutaba… El contacto de la piel de un hombre, un hombre fuerte, sano y robusto, ¡cuánto lo he echado de menos! Me siento pletórico de sensaciones, de abismos que se abren en mí, de cimas deslumbrantes que se elevan… ¡Ay, mamá, perdóname! —Se pone a cuatro patas y bala como una cabra—: Estoy listo, mi teniente.

Diego responde a la invitación y se hunde en el sumidero de Hayatou como si fuera una ramita. Mientras se pasea por sus honduras, poseído de un ardor que parece quemarle las entrañas como hierro al rojo vivo, grita obscenidades. Los huevos que le

cuelgan parecen dos nueces secas:

—¡Sí, mi sargento! —gime Hayatou—. ¡A sus órdenes, mi sargento!

Ya nadie puede más, nos salimos del espacio y del tiempo. Hasta la vieja desdentada, que no ha querido hablar, está exultante. Su lengua hurga abruptamente en el culo de Diego, y un mozarrón musculoso, un tal Jean-Baptiste, saluda frenéticamente su grieta reseca.

De pronto, un grito de alegría rasga la atmósfera y las aves, sorprendidas, detienen su vuelo. Allá en el firmamento, una estrella, deseosa de vivir el acontecimiento, de contárselo luego a los muertos, aparece sin que haya oscurecido. En el cuarto, los cuerpos se inmovilizan en sus posturas pornográficas.

—No es posible —dice Hayatou—. ¡Mi virilidad ha vuelto!

Bruscamente se libera del rabo de Diego, que tenía hundido entre las nalgas, y da una vuelta por la estancia para compartir su alegría con nosotros. Su verga, corta y maciza como su pulgar, está tiesa.

—¡Me he empalmado! —grita—. ¡Vaya si me he empalmado!

Nuestros ojos están asombrados. Queremos tocar, palpar, mimar ese rábano para que olvide las mil miserias pasadas. ¿Qué textura tendrá después de tantos años de abstinencia? Oigo unos grititos.

Hayatou desea que Éva sea la primera en acariciar su carne rediviva, esa anguila hinchada, y se la ofrece: «Para ti, querida», dice el gordo casi sollozando. Su metamorfosis es total. Y cuando los finos dedos de Éva, señal de una mente dominadora, tocan el violonchelo sobre su sexo, lanza exclamaciones con delectación.

—Todo le llega a quien sabe esperar. Pero ten paciencia —añade él liberándose—, necesito formarme un fondo de imágenes del que nutrirme antes de hacerte los honores…

La acción se reanuda en medio de una total depravación. Jean-Baptiste desborda de dicha entre la boca desdentada de la anciana, que le chupa los testículos:

—¡Qué suave, qué agradable, mejor que una criatura! —gime mirándome intensamente, como si esos labios que le rodean el pene fueran míos.

Este comentario me perturba tanto que desvío la mirada.

Y, sin yo esperarlo, Diego pasa a ocuparse de mi cuerpo, que empieza a tocar con gran habilidad. Lo acaricia aquí y allá, orgulloso. Sus manos prodigan toda clase de delicias a mis senos y dibujan en mis muslos el mapa del mundo. Mi fábrica de dulces no da abasto. La cabeza me arde. Palpito. Me estremezco. Ningún placer está a la altura de lo que siento. Con toda su vanagloria, los dioses no tienen nada que hacer.

—Acércate, abuela —le dice Diego a la vieja que no quiere hablar—. Voy a despertar tu alma.

La vieja accede, entregando al viento el placer de Jean-Baptiste. Diego pone sus dedos como una gran araña sobre el culo ajado de la desdentada y su lengua atraviesa nubes en sus nalgas, en cuyos laberintos, con un movimiento brusco, introduce su plátano. Y marcan los huevos el ritmo a la entrada de esa manzana arrugada. No ha soltado aún su semen cuando Jean-Baptiste lo desaloja y entra a su vez en el viejo misterio de la desdentada.

—¿Te gusto? —le pregunta el joven a la vieja—. Tienes que decirme que te gusto.

Ella le dice que sí para que él no pare, para que siga despertándola, a ella, cuyos atributos no interesaban ya a nadie. Y le jura que lo querrá siempre, toda la vida, hasta la muerte. Y también él la llama «amor mío», y los dos se embriagan con mentiras mutuas. El arremete con furia, desencajado el rostro:

—Te quiero…, vieja mujer…, más vieja que mi madre… Dime que soy el hombre de tu vida.

El fofo cuerpo de la vieja tiembla tanto que me da la impresión de que la piel va a despegársele de los huesos. Entra en un prolongado paroxismo y toda su expresión delata su agotamiento, su cansancio, su aniquilación, su muerte.

Jean-Baptiste pasa sus manos pequeñas pero nervudas por esas formas que la edad ha agrietado. Tiene los ojos cerrados, jadea. Se separa de la vieja con una prisa absurda, pues no quiere cruzarse con la mirada de la anciana, que parece ahora un arco iris. Al mismo tiempo, en medio de un júbilo loco, varios hombres se desploman y las mujeres, arrastradas por una vertiginosa cascada, se desvanecen.

Hayatou ha estado todo ese tiempo arrodillado entre las

piernas de Éva. Los movimientos de sus mandíbulas, hundidas en el sexo de ella, recuerdan esos monstruos infames, chupópteros, violadores y asesinos, que se ven algunas noches merodeando por las calles de mala fama de la ciudad:

—Palomita, palomita mía…, que pronto vas a estar llena. —De pronto le cruza una idea por la calenturienta cabeza y con un movimiento violento le da la vuelta—. Haz la paloma —le ordena.

Alzando la cabeza, ella empieza a batir los brazos como un pájaro las alas y a sacudir las piernas, con las ingles tan abiertas que todo su boscoso pelambre, y hasta sus rosados labios, quedan a la vista.

Pero, al ir a penetrarla, la virilidad de Hayatou cede y se encoge como un caracol. Se oye el canto de un grillo entre los matorrales. Mucho antes de que Éva advierta el desastre, le abro yo las nalgas a su marido, que está todo sudado y desprende un olor rancio, y le meto una varita por el ano: él, el gordo, el obeso Hayatou, se pone entonces a perorar, a cantar de felicidad: parece un gallo, el único macho del corral.

—Dejaré en ti mis huellas, la demostración de mi existencia de hombre —dice.

Su plátano encuentra a ciegas la plisada flor de Éva y se hunde hasta el cáliz. Su cuerpo se agita penosamente.

—¿A que no has perdido nada en el cambio? —murmura—. ¿Me notas? ¿Notas en ti mi potencia?

Éva permanece con la boca abierta. Sus encantos jugosos vibran ante nuestros ojos. Él le acaricia febrilmente su botón de rosa, derriba las paredes de su tabernáculo. Desea insuflar rayos de luna en la mente de su joven esposa. Y eyacula gritando a las estrellas:

—¡Tienes que llenarte! ¡Llenarte! ¡Llenarte!

Y se entrega a ella como un demente feliz de enajenarse, de no vivir más que merced a una idea: la de dar al mundo fe de su virilidad.

Luego todo se vuelve claro, así los cuerpos como los espíritus. Un olor a sexo y revueltos suspiros enrarecen el cuarto. Volvemos a vestirnos y todas nuestras viscosas humedades quedan sepultadas en un pasado brumoso, imágenes

fragmentarias que el crepúsculo va empañando.

Seguimos todos juntos. Pasan los minutos. Nos parece que estamos en unas de esas cenas en las que la gente se reúne, ríe y charla sin saber muy bien por qué han aceptado verse. Soy consciente de nuestra metamorfosis: tenemos la mirada perdida, nos movemos torpemente. Tengo la desagradable impresión de que, en esa relajación de los sentidos, hemos perdido todos un poco nuestra identidad.

—Yo no soy así —salta de pronto la vieja que no quiere hablar, dirigiéndonos una sonrisa crispada—. Yo soy una abuela. He tenido once hijos con el mismo hombre. Hasta que murió, fui siempre fiel a mi marido. ¡Ay, ojalá mi hija mayor no caiga en desgracia! Veinticinco años tiene. Y aún está sin novio.

—¿Es fea? —pregunta Diego.

—Mi hija es guapísima.

—Eso lo explica todo —repone Diego—. Con las mujeres muy guapas no sabemos qué hacer, nos sentimos inseguros, sin personalidad, perdemos todo lo que llevamos toda la vida atesorando. Son como criaturas siderales que vienen del espacio. Extraterrestres. Yo nunca he podido abordar a una. De hecho, me pregunto de dónde sacan ciertos hombres valor para cortejarlas. Por eso su hija no encuentra marido.

—¿Las guapas? —dice Hayatou desternillándose de risa—. Yo tengo un remedio para ellas: sólo hay que imaginárselas cagando. Yo no aconsejaría a ningún hombre que se casara con una: no traen más que problemas.

—¡Cállate! —exclama la desdentada—. Me estáis poniendo enferma. Es normal que los hombres se entreguen a sus más bajos instintos, pero nosotras, las mujeres, hay cosas que no deberíamos hacer. ¡Vergüenza tendría que darnos!

Quiere enmendarse. Ella nunca ha estado aquí. Nada ha pasado. Ella se cree perfecta, rezuma moralina hasta en sus más ínfimas acciones. Lo cual explica sus evasivas a la hora de contarnos una bonita historia vivida de alcoba y sangre. Lamenta que el Diablo con sus cuernos haya venido a romper el ritmo de esa perfección. Lamenta no disponer de ningún remedio para quitarse ese hematoma indeleble que se ha vuelto su personalidad.

Toma conciencia de su humana imperfección, y a mí me parece patética. La desprecio y le sonrío con malevolencia. No es que yo sea cínica, es que me horroriza esa inversión sutil del placer, ese paso del deseo satisfecho al abrumador sentimiento de culpa.

—¿Se puede decir, abuela —digo yo—, que león enjaulado deja de ser un predador? ¿Acaso por ponerle un bozal deja el perro de saber morder?

—¿Adónde quieres llegar?

—No muy lejos —replico yo—. ¡Eres una mujer ardiente, una mujer pasional, una mujer radiante! ¡Una mujer fogosa! De esas cuyo furor sexual arranca el alma a los hombres. De esas que se vuelven locas de placer y contagian la locura.

—Yo no soy así —protesta ella haciendo pucheros.

—¡Claro que sí, abuela! Pero tu educación, el papel que te han asignado, han ahogado tu verdadera personalidad. Apuesto a que querías que tu marido se echara amantes, ¿no? ¿Porque no querías hacerlo en posturas humillantes? ¿O porque temías que tu marido descubriera que eres una de esas mujeres capaces de hacerles perder la cabeza a los hombres?

—Yo he venido por mi hija, para curarla de su mala suerte…

—Sin duda… Pero yo soy una medicina que da placer.

—Yo no quería.

—Pues yo sólo te he oído gritar de placer, y no porque te estuvieran violando… Nadie te ha obligado a hacer nada, que yo sepa. Y nuestros amigos bien que mojaban sus pinceles en tu tintero.

—¡Yo soy guarra! ¡Basura! Una golfa y una putona… Va, dilo, mientras puedas…

Se pone de pie como un autómata y va plantándose delante de los presentes, uno tras otro, como para ver reflejada en sus ojos la imagen de la abuela modelo que creía ser. En las medias sonrisas sarcásticas, así como en el espejo de las miradas, no ve sino un sentimiento híbrido, mitad piadoso, mitad reticente.

Se da media vuelta. No puede más. Está a punto de derrumbarse, como la hoja amarilla que cruje y que el viento amenaza con arrancar de la rama. Los mocos le cuelgan, le saltan las lágrimas, babea. La sacuden violentos temblores. Echa a

caminar tambaleándose hacia la puerta y de pronto se mea encima, ante la asamblea de los perversos.

—Quizá mi escala de valores no tenga ya sentido —gimotea —. Podría ser que los verdaderos valores sean hoy los vuestros.

—No es eso, abuela —digo yo—. Podría ser que no tuvieras más que aprender a quererte un poco más, a mirar por tu bien. Simplemente eso, abuela, simplemente eso…

Ella se aleja, vacilante. Está aterrada por la experiencia que acaba de vivir, sin haberla realmente buscado. Es consciente de que, abandonándose a la embriaguez de los sentidos, ha traspasado los límites marcados por sus antepasados. Y sabe también que sólo la muerte podrá liberarla de su culpabilidad.

—¡Pobre mujer! —exclama Hayatou—. ¿Quién sabe adónde la llevará el haber tomado conciencia de eso? Que Dios la proteja.

—Pues a mí me da pena —dice Diego—. ¿Os dais cuenta? ¡Una mujer que ha llegado a dar a luz a once hijos sin haber tenido nunca un orgasmo!

—Yo —dice Jean-Baptiste, mirándome de un modo raro— me siento feliz de haberle hecho experimentar nuevas sensaciones. ¡Se lo ha pasado de maravilla! Y yo también, dicho sea de paso. Me gustaba de veras cuando me la estaba tirando. ¿Entendéis lo que digo? Era como si hiciera el amor con mi abuela.

Todos nos echamos a reír como ante una escena grotesca o una alegre pesadilla, una risa que parece prometernos, como en clave, horrores deliciosos, maravillosas infamias, deleites atroces, y que viviremos los días siguientes en los recovecos más almizclados de nuestro ser.

Se hace un gran silencio. Algo en algún sitio se agita fuera del tiempo y del espacio. ¿Un electrón? ¿Un mesón? ¿Un kaón? Los tres, sin duda. Su zumbido se mezcla con los rumores del bosque, con los murmullos del río, con los gemidos de los animales, con el llanto de las mujeres. Al poco, como si todos fueran uno, mis libertinos se despiden porque ese algo les recuerda que hay más días que los esperan, días con su ración de sol que soportar, de jefes a los que obedecer, de autobuses a los que subir, de polvo que limpiar, de caprichos de niños que satisfacer… Algo que les recuerda que es hora de retomar la enfadosa costumbre de la

vida terrenal.

Jean-Baptiste me estrecha la mano con más fuerza de la necesaria. Tiene las palmas húmedas, palmas amorosas que me hablan: mil palabras tiernas y soleadas que yo no quiero captar. No estoy dispuesta a vivir lo que esas palmas proponen.

Se oye a lo lejos a una mujer que canta. Se iluminan ventanas, pasan jóvenes riendo. Es el comienzo de la noche. No iré yo, como las muchachas de mi edad, maquilladas, teñidas, emocionadas, a esperar a la sombra de los árboles al amante que mi madre, con violentas contracciones, vomitó. Yo nunca he pasado por ese tipo de escalofríos, ese temor de ser sorprendida por mis padres y castamente azotada. Sin embargo, en el bochorno que ablanda mis músculos, noto las vibraciones de un arrobamiento proveniente de otra época, una época perdida en el cómputo del tiempo, y que conmueve mi ser con una fuerza que el espasmo sexual sólo hasta cierto punto refleja. Estoy agotada… Mi cuerpo es como una barca varada en la orilla… Necesito descansar…

Me tumbo y siento insinuarse en mi interior una oscuridad acogedora. Hoy he tenido tantos orgasmos que mi carne está toda pegajosa. Seguro que tengo ojeras, incluso bolsas, y los labios hinchados como almejas. Esta noche estoy tan rendida que no tengo ni fuerzas para mirarme al espejo. Esperaré a mañana, cuando los árboles, testigos de mi lujuria, hagan brillar ésta al sol… Los árboles la reconocerán y la contabilizarán… Mañana.

Un hombre me espera ahí, en la colina. Es guapo, no demasiado. Está bien formado, no mucho. Tiene el pelo rizado y pelirrojo, de una tonalidad crepuscular, grandes dientes bien plantados en unas encías rojas, ojos grises, ojos de gato y muy hábiles para adivinar las debilidades de una y hacerla consciente de sus transgresiones. Me hace señas de que me acerque, yo me niego porque tiene también este peligro: conoce el arte de tirarle a una de la lengua, de hacerla explayarse en conversaciones, para calar mejor el funcionamiento de su mente.

Viendo a lo que me expongo, echo a correr. Él se lanza tras de mí y empieza a hablar. Me cuesta entender lo que dice. Capto

alguna que otra palabra: ternura, apego, afecto, pasión, inclinación, pero lo demás me resulta incomprensible, es una lengua extraña, para mí inaccesible. Tropiezo, me caigo, estoy sin aliento.

—Has venido, Irène —me dice, agachado, acariciándome el pelo—. ¡Te echaba de menos, Irène! Te esperaba. ¡Sí, qué locura! Y ahora que te tengo, no sé qué decirte.

—¿Irène? Yo no me llamo Irène. Se equivoca usted de persona… Si estoy aquí es porque me he perdido.

—No… Te has encontrado. Ven… Ven conmigo.

—Nunca. ¡Lárgate, pedazo de loco! ¡Déjame tranquila!

—¿Sabes por qué te he elegido? Seguro que no te lo preguntas. ¡Porque tienes los sentidos corrompidos! ¡Porque eres una fanática del sexo! ¡Una histérica! ¡Una peste ambulante! Porque la gente te odia. No sólo los extraños, también tu propia familia. Porque en ti convergen todos los rencores.

—También usted me odia, ¿verdad? —pregunto yo.

—Yo no puedo rendirte ese honor. Yo quiero que experimentes el amor, eso es todo.

—¿Llama usted amor a esa cosa que une a hombres y mujeres y los lleva a someterse a un juego cruel en el que unas veces somos amos, otras esclavos? ¿Es eso el amor?

Sus ojos se han abierto como los de los que están al borde de la sobredosis. Parece asfixiado por la opulencia de mis palabras. Se lleva las manos al cuello, carraspea, están a punto de saltársele las lágrimas.

—El amor es…

La frase se le ahoga en la garganta. Me quedo mirándolo y rompo a reír. También él se ríe. Los dos nos reímos. Le cojo la mano: bien por haberme buscado y encontrado. ¿Qué hacemos ahora?

—El amor —digo yo— es la cuchilla con la que el otro hurga en nuestras heridas. ¿Está usted de acuerdo con mi definición?

Y sin darle tiempo a articular nuevas palabras, lo desnudo. Sí, yo soy la persona a la que esperaba. Su piel huele a jazmín y embriaga mis sentidos. El deseo, el deseo, reboso de deseo. No tengo otras palabras para describirlo. Ese hombre me posee, me acorrala, me atrapa, lo siento por todas partes. Por él aceptaría

cualquier cosa, viviría lo que fuera, soy toda suya, estoy abierta… Yo me enciendo, pero su sexo, fláccido, parece un tirabuzón entre sus piernas. Pese a mi pericia, no hay modo de templarlo. Mi experiencia y yo, abocadas al fracaso ante semejante espécimen… Prorrumpo en sollozos, en llanto, me deshago en lágrimas. Lo que nos pasa no tiene remedio. Pero me doy cuenta, con fervor, con alegría y dolor, de que tendré que vivir así, de que volver al pasado me haría sufrir atrozmente.

De pronto el hombre me aparta, se eleva por los aires y desaparece.

Y entonces, entre mis lágrimas, oigo el eco de su voz:

—La virtud consiste en hacer frente a lo enigmático y singular procurando que nuestros sentidos no se atrofien…

—Vuelve, amor mío —grito yo—. ¡Te necesito!

Él no me escucha. Siento que yo también voy a disolverme en el universo.

No es más que un sueño, un sueño fantástico, pero, pese a todo, sólo un sueño.

Acabo de despertarme… Ya no necesito a los hombres.

Lo único que necesito es una cosa, una cosa llamada Irène Fofo.

¿Cuánto tiempo llevo viviendo aquí? ¿Qué importa el tiempo que pasa, la lluvia, el sol, las tempestades, la estación de los mangos o los cacahuetes, los amores y los divorcios? A mí no me preocupa lo exacto, lo regulado, lo controlado. Yo sólo quiero una cosa: remediar el extravío viril, satisfacer los deseos fulgurantes de los hombres que no me pertenecen, que se pulverizan, que se vierten, que se hincan a mis pies y se derraman. Las mujeres fatales o las cándidas, las diablas infernales o las amas de casas de manos callosas se desviven a mi alrededor: se despojan frenéticamente de su ropa y se ofrecen para degustar la carne, el pescado, el gato y el ratón, pues, como dicen ellas, sus sufrimientos necesitan de actos liberadores, de canibalismo, de apropiaciones mágicas cuyos ritos sólo yo, frenética entre frenéticas, conozco. Estoy tan profundamente asentada en mi papel de curandera que no soy ya capaz de verme, de echarme atrás, de fijar el lugar en el que me encuentro, de medir con precisión las coordenadas de espacio y de tiempo en que me muevo.

Y temo que esta situación se acabará un día. Temo volver a encontrarme con la trivialidad de mi día a día pasado, hecho de robos y chantajes. La veneración que unos y otros me tributan me exalta, todos me obsequian con vestidos de tafetán, con paños de Holanda, con *boubou* bordados de oro, con joyas de perlas o *cauri*[4], de plata o bronce, siempre y cuando acepte la ofrenda de su carne. Pero también para que les ofrezca una maravillosa escapatoria, la escapatoria de entrar en el Infierno por las puertas del Paraíso. Mi memoria no ve más que el pasado próximo —un pulular de cuerpos, de rostros, de culos, de manos, de sexos, de piernas— en este mundo en el que cada cual libera deseos nunca confesados, un universo de libertad anárquica. ¡Señor, qué parecidos son los humanos!

Hoy me siento de lo más perezosa. Estoy tumbada y mis piernas, debidamente abiertas, ofrecen una entrada ostensible hacia mis profundidades. Comisqueo galletas azucaradas mientras una ristra de hombres me utilizan como si fuera un refugio. Pues el sexo no es una idea que haya que discutir, ni una ley que deba ser debatida, ni un abanico que tenga que agitarse, ni una necedad que sea preciso refutar o simular en las pantallas. Yo los dejo hacer con una generosidad fría. Voy de un fantasma a otro como esos turistas que quieren visitar todos los monumentos de París en dos horas. Primero éste, luego aquél. Y cuando mi pareja empieza a gritar de gusto, también yo disfruto, pues lo que me excita es pensar en mi omnipotencia ante ellos, seres extraviados.

Fatou entra en el cuarto, mientras un hombre con gafas se agita entre mis muslos —los demás, alineados a lo largo de la pared, esperan su turno para fornicar—; lleva una bata azul y los ojos maquillados con *khol*, rímel y colorete. El maquillaje se le ha corrido y parece una muñeca a la que unos niños hubieran pintado para alguna obra de teatro. El cuerpo le tiembla. El dolor le parte el alma. Hace de tripas corazón porque éste se le ha vuelto un órgano extraño que su ser quiere expulsar. Sin decir una palabra, se inclina sobre mi cara. Yo me someto a su mirada, una mirada como las que se ven en los sueños…

—Me alegra que hayas venido a verme —digo—. Es la primera vez que…

No me responde, y tampoco deja de mirarme: parece estar buscando algo que no acaba de encontrar.

—Ven y diviértete con nosotros —le propongo yo.

Ella se queda boquiabierta, mostrando sus bonitos dientes en sus encías carnosas. Parecen una nave espacial que fuera a despegar en una noche azul. Al fin dice algo:

—Ousmane no me quiere ya. Dice que me busque a otro hombre. Yo lo amo. ¿Qué va a ser de mí?

—¡Qué lástima! —digo yo, más bien regodeándome.

—En lugar de reírte, ¿no podrías decirme algo profundo?

—¿Por qué necesitas que te digan cosas profundas?… Más fuerte, más rápido, hombre de Dios… ¡Ah, sí! ¡Es puro teatro, claro!

—¿Te parece teatro que me aconseje suicidarme antes de los cuarenta años? ¡Dice que ya no me desea!

—¿Y qué?… ¡Hum! ¡Muy bien! Sí, sigue…

—Tú nunca piensas en los demás, ¿eh? Eres una egoísta. He venido a pedirte ayuda porque estoy muy nerviosa, te digo lo mucho que estoy sufriendo y lo único que me contestas es: «¿Y qué?», sin dejar siquiera de follar. Qué fácil sería la vida si uno pudiera coger una ortiga con toda la mano sin que le provoque urticaria. Es tu caso, ¿verdad? ¡Sí, Irène! Eres insensible, definitivamente insensible.

Sus palabras retumban en mi mente con la violencia de una tempestad. Sin hacer caso de las protestas del hombre, cuya verga, toda tiesa, se agita en el aire, me levanto y empiezo a dar vueltas en torno a mi anfitriona (mi collar de perlas, los anillos de mis dedos y las dos pulseras de mis muñecas parecen tan exasperados como yo):

—¡Yo ayudo al prójimo! —exclamo—. ¡Los libero de la carga de su dinero, de su esperma, de sus ovarios deshechos! ¡De la mierda de vida que llevan! ¡Mírame! Esta mañana ya he hecho felices a diez lisiados de esta ciudad, mientras que tú…, que miras por las cerraduras por no atreverte a participar en la verdadera vida…, que Ousmane por aquí, que Ousmane por allá… ¡Cómo no va estar hasta el gorro de una mujer incapaz de tomar ninguna iniciativa y que deja que lo haga todo él solo!

—¡Yo le hago la comida, le plancho la ropa, limpio!

—¡Su madre ya lo hacía antes que tú!

—Es también el cometido de la esposa.

—¿Lo has engañado ya? Querida amiga, la verdadera belleza no existe más que gracias a la fealdad. Exactamente igual que el amor, que sólo existe en función de su contrario, el odio. La fidelidad sólo tiene sentido si se ha sido infiel… Necesitamos reír y llorar por igual. Él ha hecho que ames y que odies, pero ¿y tú? ¿Qué le has hecho tú vivir, aparte del arrepentimiento por cada infidelidad?

—Yo siempre me he adelantado a sus deseos, mucho antes de que los manifestara.

—¡Ah, claro! Como una puta experimentada ante un cliente difícil… Ninguna situación es lo bastante absurda como para que

tú te opongas, nada de lo que te pidan te parece tan descabellado como para no consentir… Ninguna proposición te escandaliza… Ningún comentario te resulta tan disparatado como para no tomártelo en serio… Bonita educación sentimental. ¡Eres un peñazo, eso es lo que eres!

Mis últimas palabras están teñidas de seguridad experta y dolorosa. Los presentes enmudecen porque necesitan impregnarse de esas frases, incorporarlas en bloque a su ser, y se dicen sin duda que algún día tendrán que sacarlas a relucir. ¿Responde Fatou a la imagen lastimosa que acabo de presentar? Ella parece dudarlo o, en cualquier caso, preguntárselo. Echa a caminar hacia la puerta con aire vacilante y desesperado. A mí la desesperación me gusta… No nos obliga a hacer cosas mediocres… Y de pronto oigo la violenta cabezada que Fatou se da contra la pared.

—El placer viene de las partes más vergonzosas del cuerpo —grita ella—. Porque un hombre se lleve al huerto a la primera que pase, su esposa no tiene que hacer lo mismo… Y yo…, yo no quiero perderme.

—¡Eso es, tonta! Cava, cava tu tumba…

Los presentes aplauden porque, hoy por hoy, todo vale con tal de crear un sentimiento de intimidad. Cada uno habla de sus experiencias… Sólo la vieja desdentada que no quiso hablar se está callada… Pese a la vergüenza que le da, hace ya semanas que viene. Cierra los ojos y, en un aturdimiento extraño, se deja follar como por distracción. Hay días en que no se cansa de repetir todo el tiempo la misma frase: «He olvidado hasta el placer del cuerpo».

Estoy convencida de que esta experiencia la ha sacado del coma y le ha devuelto la conciencia. Sospecho que está deseando de nuevo tener la regla, como una chiquilla. Están también Éva y el gordo Hayatou. Ella está embarazada, no se sabe de quién. En esta tierra, saber quién es el padre de una criatura no tiene importancia alguna. La pareja está tan feliz que se han traído a Félix, un joven de cara larga y gestos brutales, tan poquita cosa que cabe en el hueco de las manos, como un pajarillo.

Tanto me ha fastidiado la irrupción de Fatou que, para iluminar mi espíritu, decido organizar otra ronda de historias.

—Pero si no son más que cuentos —protesta la vieja desdentada—. ¡No sirven para nada!

—Lo interesante, abuela —digo yo—, es que cuando uno se embarca en una historia, expone sus entrañas a la inspección general. Tenemos que conocernos, dada la intimidad a la que nos entregamos.

—Pues, en ese caso, mejor hablar de los calcetines que desaparecen al hacer la colada —dice ella.

—Tonterías de ese tipo ni hablar —digo yo—. Quiero historias violentas que exciten y sofoquen. El que no esté dispuesto, que se vaya.

Nadie rechista. Toman entonces la palabra, empiezan a contar cosas. Historias verdaderas o inventadas, pero incluso las inventadas son verdaderas, pues son el resultado de combinar aquéllas con su objetivación interior. Una historia, una narración llama a otras nuevas. Mis perversos pacientes hablan hasta que la locuacidad se les quiebra como pan, el pan cotidiano del verbo con el que vivimos y sin el cual pereceríamos…

Acaban tan excitados por lo que oyen sus oídos que los botones de sus camisas saltan, las braguetas de sus pantalones se abren. Éva, hecha una reina, se quita la falda por la cabeza y la lanza a un rincón.

—Tengo calor —les dice sonriendo a los presentes.

Las mujeres embarazadas siempre tienen calor.

Los pechos se le han hinchado. Su vientre se ha vuelto redondo y al verlo pienso por un instante en que llevo aquí tres meses, quizá cuatro… Todas las miradas recaen en ella, la observan de arriba abajo, por delante y por detrás, como si fuera una de esas figuras que se forman uniendo con un lápiz los puntos numerados.

—Vosotros sois testigos de que me he comportado —se jacta Hayatou dándole un violento bocado a un bocadillo de sardinas en aceite—. ¡Ay, qué mocetón va a ser mi Jésus!

Y con la boca llena, rociando de migajas la cara de Félix, se echa a reír. Su risa tintinea en el aire como un collar de perlas cuyo hilo acabara de romperse. Es un grito de alegría de chiquillo que sale curiosamente de un cuerpo adulto, obeso además.

—La verdad —prosigue Hayatou hipando— es que Dios provee en secreto a nuestras vidas… ¡Quién me iba a decir a mí que tendría un hijo! Vosotros podéis verlo… Mirad… No miento…

E invita a los presentes a tocar a Éva, a palpar su vientre. Su expresión deja entrever que espera las enhorabuenas que merece, los elogios que se le deben por su perseverancia y fe en su virilidad. Y la gente acaricia la tersa barriga sin intención erótica, como si quisieran hacerle compañía al feto:

—¡Qué hinchada está, de veras, Hayatou!… ¡Y qué hermosa!

Y de pronto, sin darse cuenta, los rostros adoptan una expresión más acorde con la caída de la noche que con la luz del día. Esas mismas manos, tan indiferentes hace un momento, se deslizan con gesto maquinal hacia el pubis de la mujer embarazada. Éva se olvida de cerrar los párpados, se olvida de alzar las cejas. Ha venido con su marido, pero eso ya no importa. Le hacen cosas, ella se presta a todo. Deja que la tumben, que las lenguas jueguen en torno a sus labios, entre sus piernas, que las manos le toquen los pechos. Suspira, y sus suspiros deslumbran a los mortales. Es tan bella que hace desesperar a las metáforas. Y Hayatou lo mira todo sin dejar de comer. El sol resalta sus ojeras fofas y cárdenas. El sudor le chorrea de las axilas.

—¡Os prohíbo que toquéis a mi mujer! —exclama de pronto—. ¡Os lo prohíbo!

—Hayatou —murmura Éva—, ¿qué te pasa?

—¡Cállate, mujer! Tú eres maravillosa. Tú prodigas, prodigas tu luz a manos llenas, como una luciérnaga, pero ¿qué sabes tú de ti, querida? ¿Qué sabe el viento de la vela? La infla, eso es todo. —Y, volviéndose hacia los hombres, se cruza de brazos, como un monje tibetano—: Lo siento, lo siento, lo siento mucho, pero mi mujer está embarazada, ¿entendéis? No puedo permitir que toquéis al pequeño. Sería como…

Pasan unas nubecillas blancas y traslúcidas y todos comprendemos. Hemos vivido lo bastante en el mundo, y el mundo ha vivido lo bastante en nosotros, como para saber que hay que dejar que los recién nacidos entren en la vida con buen pie. Es preciso abrirles un camino de luz solar, franquearles la sagrada entrada a la riqueza. Hay que proporcionarles lo

fundamental, la superficialidad en la que vivimos, por ejemplo. En pocas palabras, Hayatou exige que quien se acueste con su mujer pague.

Los concurrentes comunes y corrientes se quedan de una pieza. No conocen tales ritos. Los hombres observan al futuro padre con reserva. Las mujeres evitan mostrar su sorpresa o su inquietud. Alguien, desconcertado, se levanta y se viste.

—A mí los locos no me gustan —dice.

Yo decido intervenir, hacer aún más loca la locura. La idea de que alguien cobre derechos por dejar que monten a su mujer encinta me parece de lo más sensual.

—Tengo la piel de gallina —digo—. El vello de mis brazos se me eriza. Algo importante. Dios no está lejos. Es él quien nos mira. ¡Lo oigo aplaudir el sacrificio que vamos todos a cometer aquí para que el hijo de Éva tenga una vida de ensueño! ¿No oís vosotros aplaudir al buen Dios? ¡Aplaude tanto que va a destrozarse las manos!

Se quedan un momento en silencio. Luego hacen girar los ojos, como sorprendidos por la munificencia del Señor, y se persignan fervorosos. Los postulados son intercambiables, me digo. La curación puede hacer daño y el dolor curar. Todo en nuestra vida es sexual, excepto el sexo mismo, que no es sino una metáfora de lo que no lo es en absoluto. Sin darme cuenta, he pensado en voz alta, y los presentes, pasmados, muestran su aprobación.

—¡Ah! —exclama la vieja en tono admirativo—. Tú tienes la clave del mundo, chiquilla. Cómo te envidiaría, si no tuviera mi propio destino a mis espaldas.

—Hay gente que tiene el arte de abrir puertas en las que nadie había pensado —añade Diego—. Las palabras que salen por tu boca son extraordinarias, Irène.

—Hace años que follo —dice Éva—, pero nunca había imaginado que se pudiera hacer mientras se rellenan papeles en el ayuntamiento o se cocina. Es estupendo.

—Ése es el privilegio de la locura —dice Hayatou—: estimula la imaginación y la imaginación nos mata. ¿Conocéis a algún banquero que se haya suicidado con una bolsa de la basura en la cabeza? ¡Jamás! —Y acto seguido, sin malgastar más palabras, se

pone a pedir—: Matad dos pájaros de un tiro: ¡haceos ángeles guardianes de mi hijo y vivid a la vez un momento de espiritualidad encarnada con su madre!

Los ojos le brillan. Las manos, codiciosas, le tiemblan. La excitación pone en movimiento un sinnúmero de músculos bajo la piel de su cara. Éva parece un tanto afrentada. Ante tamaña avaricia y concupiscencia, la hermosa Éva no sabe qué decir. Y es que la vida afirma siempre sus verdades en frentes complejos. A Éva no le queda otro remedio que entregarse a sus compradores y tratar por su parte de sacar baza en la acción.

El obeso marido tiene prisa. Con la solicitud de un vicioso, le pasa a su mujer una mano por los hombros —con la otra está comiéndose un gran pincho—, y ella, apoyando la cabeza en el pecho de él y arqueando el cuerpo, que parece hecho de una pincelada, ofrece a sus compradores la suavidad de su culo, el olor de sus muslos y la curva de sus ancas, para que ellos la muerdan, la penetren, la abrasen.

Y ellos, a su vez, se arremolinan ante su culo, van poniendo uno tras otro las manos en su cuerpo y acariciándola. Da la impresión de que hay un montón de cangrejos paseándose por su trasero. Ella se estremece, puede oír el palpitar de los penes. El minúsculo Félix encuentra un puesto preferencial entre sus muslos y con la lengua se agarra a su pubis como una cigarra a una rama. La soba, la toquetea, la manosea, la magrea, gime, jadea, se retuerce. Luego la tumba, la abre, la inunda de un placer sordo y brutal y se desploma al final en el suelo. Para animar a Éva, Hayatou le revuelve el pelo con una mano, hunde su dedo índice en su hoja de sauce mojada, le soba los melones maduros, la estimula con palabras que ensordecen y deslumbran:

—A fuerza de ser el receptáculo de tanta energía viril, tu gruta acabará siendo un revitalizante para la frágil salud de tu gordo marido.

Y dirigiéndose a los clientes de su mujer, empieza a adiestrarles. Les muestra el movimiento lento y circular de la golondrina al precipitarse contra la ola, les enseña la técnica de las embestidas suaves y rápidas, capaces de enloquecer a la más pintada. Y esos hombres contemplan con delectación cómo sus miembros dilatados entran y salen del trasero tachonado de Éva.

Acuclillada a unos pasos, con los muslos muy abiertos y dando grititos, la vieja desdentada se acaricia fogosamente con un cuello de pollo.

—Déjame reavivar tu molusco pocho —le susurra Diego.

Y cuando le planta el cipote en su extasiada berenjena, ella se pone a cloquear. Se la trajina con la desesperación del que sabe que malgasta su fuerza laborando un erial. La desdentada está en la gloria, chilla de placer, recita las dieciocho fórmulas de la transmutación del oro, la plata y el oropimente. Necesitaría palabras tan ávidas como los dientes que le faltan para expresar su conmoción interior.

—Dame… Dame tu licor benéfico… Ya —exige.

Diego se muerde los labios, sale del mantillo húmedo en el que acababa de clavarse y, en el lugar aún caliente dejado por su sexo, hunde el cuello de polio. La vieja prorrumpe en berridos como si un atizador al rojo le revolviera las entrañas.

—No voy a desperdiciar mi semen —dice Diego—. Hay otras peonías que fecundar.

Y, abalanzándose sobre Éva, hace los honores de su velloso ojal. Jean-Baptiste, que ya se ha corrido, y Dios sabe cuántas veces, coge a la vieja por los pelos y la obliga a lamerle el pegajoso cipote.

Este amontonamiento de carne, estos cuerpos soldados por el placer y estos largos gritos empañados como vientres de gaviota me tienen fascinada. El espectáculo exacerba mi afán de poder, multiplica mis ansias eróticas, pero me abstengo de participar, pues quiero grabar en mi memoria estas escenas como una película en cámara lenta que ya proyectaré en la pantalla de mi recuerdo cuando, en mis noches de insomnio, crea oír jadear a una ristra de hombres sometidos a mi voluntad.

Ha vuelto la calma. Félix está comiendo pistachos, escupe las cáscaras al suelo. De pronto se dirige hacia Hayatou. Su mirada es cortante como el filo de un sílex y una tensión insoportable invade el ambiente. Con una mano acaricia una correa. Como a una señal, el gordo Hayatou se desnuda, se arrodilla. Sus nalgas se despliegan a una parte y a otra como un enorme pastel de chocolate. Félix empieza a flagelarlo. Los ojos le brillan de odio. Hayatou gime de placer mientras los correazos perlan su piel de

gotitas de sangre, que su verdugo chupa acto seguido con ansia.

—Me haces bailar en un cable sobre un precipicio, primito —gime el obeso Hayatou.

Y se queda un momento en suspenso. Félix le obliga entonces a abrir la boca, y Hayatou le lame la henchida anguila hasta el glande. Por la expresión ávida de sus ojos comprendo que al gordo lo vuelve loco Félix: cada vez más loco por sus finos tobillos y muñecas, por su cuerpo infantil, por su sexo enhiesto como un brote de bambú. Y cuando el primito se hunde sin más ni más en su orificio trasero, un mar de gratitud afluye al enorme corazón de Hayatou.

—Gracias, primo, por desenterrar así mis recuerdos.

El criado le perfora el boquete como un pollo picoteando en un embudo. Eyacula lanzando alaridos, sale de Hayatou, se tambalea e, incapaz de orientarse, se desploma sobre las rodillas de Éva, cuyos senos agarra y mama emitiendo vagidos de recién nacido.

Esta escena me deja tan fuera de mí que tengo que tumbarme. Maravillada, veo a lo lejos el verde pálido de las frondas que separan, con un trazo preciso, la podredumbre terrena de la limpidez del cielo. Amo tanto este cielo de África —África, ese vientre que pulula de gente— que me dejo embargar por su melancolía y, sin darme cuenta, me quedo dormida.

Me despierto cuando las horas de calor han pasado. Las certidumbres ya se han venido abajo. La existencia de Pitágoras y la solidez de sus principios se han disipado como polvo al viento. A la cabecera de la cama hay un hombre. Una luz azulada, más el rumor de unos pájaros en un árbol, refrescan mi memoria: es Jean-Baptiste Dongala. Sólo por su forma de mirarme sé que no está pensando nada bueno, y que sus pensamientos son lo suficientemente turbadores como para hacer manar mis fuentes ocultas. Oigo a lo lejos la risa de las chiquillas de anchas caderas: son las únicas, me digo, capaces de dar sentido a la locura del mundo.

—Irène… —dice Jean-Baptiste susurrando.

—¿Me has llamado? —pregunto, pues es la hora en que el

hambre hace delirar.

No me responde. De nuevo susurra mi nombre: «Irène». Lo hace en voz tan baja que mi nombre se confunde con los latidos de esta ciudad amorfa. A continuación se inclina sobre mí y se me abraza. Yo cierro los ojos. Hoy es domingo, son las cinco de la tarde. Este hombre quiere llevarme muy lejos para hacer que me olvide de las atalayas carcelarias del infierno, cuando no de mí misma.

—Te amo —dice—. Estoy aquí porque te amo.

—Yo no puedo… —digo—. Yo no sé amar.

—Eso quiere decir que ya me amas.

Poco importa que lo rechace… Algo superior a mí me domina, algo que sólo él puede darme, algo que transforma mis caprichos en necesidades, mi lamento en desesperación, mi alegría en arrobamiento. Algo que hace hablar a mi cuerpo alto y fuerte. Jean-Baptiste me pasa las manos por el pelo, la cara, el cuello. Conozco perfectamente la violencia del deseo, pero esta ternura me resulta completamente desconocida, nueva, sorprendente. Me veo desgarrada por sentimientos contradictorios, por pasiones opuestas. Tiemblo, deseo, temo. La angustia me hace un nudo en la garganta, como una soga.

—Déjame envolver tu cuerpo como un inmenso jacinto de agua —me dice—. Deja que lo intemporal arrastre nuestros sentidos como dos nubes desgajadas.

Y a continuación todo se sucede, nuestros cuerpos se funden, nuestros sentidos se desquician… He estado con muchísimos hombres, pero en este momento parezco una virgen miedosa y torpe. Ignoro lo que me espera y adonde me llevará su aliento…

—Sin embargo, tú nunca te habías interesado por mí, que yo sepa, Jean-Baptiste. La única que parecía atraer todo tu vigor era la vieja.

—Porque había que darte tiempo para vivir tu locura profunda y soberana. Yo quería tenerte en otro contexto. Quiero que seas mía, sin amargura ni arrepentimiento. Era a ti a quien tenía entre mis brazos cuando consentí en poseerla a ella.

—¿Y qué es lo que te ha hecho creer que yo te amo? Además, yo no soy más que una loca, una negra de sexo glotón. ¿Qué harías tú con una esposa tan ligera de cascos?

—¿Y qué haría con una mujer sin experiencia?

Además, lo que vamos a vivir juntos no se parece en nada a lo que tú conoces. ¿O me equivoco?

No quiero alargar mis manos hacia él. Las cruzo sobre mi pecho. Un «no» ha salido de mis labios, un «no» que se pierde en un alboroto ensordecedor: gritos y ruido de pasos que se acercan. ¿Qué pasa? ¿Quién se ha muerto? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Me pongo un vestido pero, antes de traspasar el umbral, me topo con Fatou, que, con las manos en la cabeza, viene chillando. Aúlla como una perra herida, si no son chillidos más parecidos al llanto de una viuda inconsolable. Grita: lo hace con tanto lirismo, como las cantantes de ópera, si bien a éstas, por dar voces, les pagan. Por la frente le caen grandes gotas de sudor que se mezclan con sus lágrimas. Levanta los brazos al cielo y su voz pasa de soprano a tenor.

—¿Qué pasa, Fatou? ¿Quién se ha muerto?

Sin contestar ni dejar de gritar, con unos dedos temblorosos y llenos de sortijas, señala hacia su habitación, tras lo cual, con un amplio movimiento del cuerpo, sale de la casa.

Me da miedo lo que pueda descubrir en la habitación de mis anfitriones, hacia la que me dirijo caminando despacio, de puntillas, apretándome el pecho para calmar los vuelcos de mi corazón. Empujo la puerta, que chirría, y lo que veo me deja de piedra: Ousmane está dándole por culo a una gallina como si se tratara de una mujer y, con los ojos desorbitados y la lengua fuera, gime de gusto. A mi espalda, Jean-Baptiste emite un gritito y empieza a hablar de los orígenes del hombre, de su bestialidad primaria. En este culo del mundo, sus reflexiones no vienen a cuento.

—¿Por qué crees tú que las golondrinas migran en invierno hacia regiones más cálidas? —me pregunta—. ¿Porque quieren? ¿Porque les encanta viajar? Es por los genes, que son los que mandan sobre los seres, por mucho que progrese la civilización. Los hombres conservan en su subconsciente vestigios de lo que fueron, o sea, ¡animales! ¿Estás escuchándome, Irène?

Yo no quiero oírlo. Lo que me ha contado en la cama ya ha hecho su efecto en mi endurecido corazón: quiere llenarlo de hojas muertas para encender en mis venas un fuego

inextinguible. Lo que me ha dicho podría muy bien dislocar mis vértebras. Yo no quiero entrar en vereda. ¿En qué vereda, además? ¿En la de la querida miseria tranquila de los trópicos? ¿En la del amor conyugal, en la de ese amor conyugal que mata la esperanza de las mujeres y las lleva a reventar en las pistas de baile cuando suenan las canciones lentas?

Yo quiero seguir acudiendo a la llamada de la vida, vida llena de brillantes luces en las que podemos quemarnos las alas. Prefiero este riesgo a la felicidad conyugal. Lo tengo ya claro. Así que corro tras Fatou, cuya generosidad interesada me ha abierto los ojos sobre lo intenso del sexo. Ahí está, mi anfitriona, conmocionada, en medio de un corro de hombres y mujeres. Ella protesta, los aparta, se abre paso; la gente acude, mira en dirección a su vivienda, rumores rojos, amarillos, naranjas, verdes ascienden hacia el cielo y dejan tras de sí un testimonio amargo de amores desdichados.

Ante nosotros está el cruce y el polvo rojizo que levanta el ajetreo de la vida. Yo llevo varias semanas enclaustrada. El clamor de la ciudad, el olor de los sudores y los pantanos me dan náuseas. De pronto se oyen rechinar las ruedas de una moto y se arma un revuelo:

—¡Está muerta! ¡Está muerta!

Y una voz en medio del tumulto exclama:

—¡No lo he hecho adrede! ¡Se me ha metido entre las ruedas! He frenado… ¡Pero ya era demasiado tarde!

El suelo se abre bajo mis pies, caigo, me hundo. No, no soy yo… Es Fatou quien ha caído.

Fatou yace en el suelo, sin conocimiento. Yo trompico entre los curiosos: «¡Dejadme pasar, es mi hermana! ¡Es mi hermana!». Tiene la cara cubierta de sangre. Yo siento pavor. ¿Así es la vida? Recuerdo su cuerpo tendido en la cama, realzado por los juegos de luz y de sombra sobre su piel, ese cuerpo al que la menor caricia hacía estremecerse y que ahí, en el polvo, parece no haber vivido nunca. Rompo a llorar. Hablo, sin saber lo que digo.

—No es nada, no pasa nada… Así es la vida. ¡No somos nada! —no deja de repetir la gente.

Y toman a Dios por testigo. Aquí no ha pasado nada. Además, el cielo es inconmovible, el cielo seca todas las lluvias y también

las lágrimas de las madres desgraciadas. De pronto alguien dice:

—¡Se ha movido! ¡Está viva! ¡No somos nada!

Fatou no es todavía una mujer sana y salva. Es aún un ser sumido en una penumbra, un polluelo recién salido del cascarón. Pero ella se queda mirándome y me dice:

—Una mujer puede rivalizar con otra, pero una gallina es una rival imposible.

Y se calla. La tienden en una camioneta que va a llevarnos al hospital. Veo entre la multitud a Jean-Baptiste, que está mirándome con ojos interrogantes. Agitada por mil emociones, yo me limito a abrir y cerrar la boca.

—¿Dónde vamos? —pregunta el conductor.

—A casa del doctor Essomba —digo yo.

—Pero señora… Ya sabrá usted… Se dicen muchas cosas de él, una: que trafica con órganos, dos: que transforma los fetos humanos en monstruos devoradores de cadáveres, tres, y esto es lo peor: que tiene prohibido llevar marabúes a su clínica por las carnicerías que hace…

—Ya lo sé…

—Sabrá también que ya nadie va a su consulta…

—Sí…

—¿Y, aun así, quiere poner a su hermana en manos de ese hombre?

—Sí.

—Pues entonces yo no la llevo.

Y no dice nada más. La murmuración reprobatoria de los curiosos resuena en mi mente. ¡Pues que murmuren lo que quieran! ¡Yo las habladurías me las paso por cierta parte! Además, ¿qué es lo que echan en cara al doctor Essomba? ¿Haber intentado sanear la ciudad organizando —aunque en vano— campañas de sensibilización pública sobre la necesidad de unas mínimas reglas de higiene? ¿Haber tratado de obligar al ayuntamiento de la ciudad a crear un servicio de recogida de basuras? ¿Haber prohibido la entrada de marabúes a su clínica, en una época en la que aún se ponen junto a los enfermos jofainas llenas de agua para ahogar a los malos espíritus? ¿Haber tratado de introducir algo de lógica en un país en el que se obliga a los jóvenes a casarse con las chicas tras las cuales, sin darse

cuenta, han ido cierto tiempo? ¿En el que se envuelve en hojas a los que padecen cualquier indisposición, o se los esconde bajo colchones para que no se los coman las brujas? ¿O en el que, en algunas regiones, consideran que las larvas del fondo de las aguas estancadas son bebés que esperan el momento propicio para saltar al vientre de las mujeres?

Así pues, me acerco al conductor de manera que pueda verme el escote y, como al descuido, le rozo el paquete con los dedos. Él entiende lo que lograría si aceptara hacer lo que le digo. Y mi sensualidad es en ese momento una realidad aplastante, pues el calor del atardecer le da además una tibieza de espuma. Con la lengua pastosa se relame los labios y dice:

—Lo hago por esa pobre desgraciada. —Y en su cara chata se esboza una sonrisa viciosa.

Arranca el coche, me pone la mano en los muslos —parece una maza con la que podría moler a palos a cualquiera— y, sin dejar de atender a la carretera, la deja ahí. La luz de los faros hiende la noche. De vez en cuando una ardilla, deslumbrada, corre delante de nosotros y se interna luego en los arbustos.

—Echa, echa para delante el culo —me ordena de pronto con voz ronca—. Y abre los muslos.

—Después, si te parece —le digo—. Después… ¡No vayamos a tener un accidente!

—No me hagas esperar. El ansia me vuelve bruto y malo.

Y empieza a acariciarme y a suspirar. No es que reviente de ganas de que el palurdo barrigón este se me tire, pero algunas situaciones tienen sus propias exigencias. Que sea lo que Dios quiera, pues. Yo permanezco en un estado vegetal, sin sentir nada.

—Qué caliente, húmeda, deslizante, abrasadora que estás…

Sin yo esperarlo, me coge la mano y me la desliza dentro de su pantalón, sobre su miembro desnudo, cuya suavidad, en escandaloso contraste con la tosquedad de sus rasgos, me deja sorprendida. Tendida en el asiento trasero, Fatou no para de gimotear.

—Sí, eso es, pequeña mía… Bájame los pantalones… Poco a poco… Tenemos toda la noche por delante…

Es lo que se dice una noche trémula de horrores. Hay reptiles

que bregan en una maleza traspasada por gritos de búhos, mototaxis que llevan a familias enteras bocinando por las callejuelas y cuyos faros amarillos horadan la oscuridad, murciélagos y *nangabokos* que vuelan cuchichiando en busca de alimento, los primeros de sangre humana, los segundos de la piel tostada de los blancos sedientos de negras chuponas: blancos que esperan en fila al pie de farolas mortecinas, negras que pestañean mirando a un sitio y a otro, se ajustan las minifaldas y llevan pelucas rubias para crear ilusiones de belleza. Al ver los faros de nuestro coche, ellas se levantan la falda y enseñan sus muslos rellenos, y cuando advierten mi presencia se ponen a gritar, escandalizadas. Vendedoras de buñuelos, de caballa asada, de barras de mandioca ofrecen sus mercancías a hombres que, vueltos de espaldas, evitan a todas luces mirar hacia la calle para no ser reconocidos por lo que son: hombres que viven en hogares en los que las mujeres, de puro perezosas, son incapaces de cocinar. En los locales musicales de los barrios bajos, los pobres, armados de su desconfianza, levantan nubes de polvo al son endiablado de la *makossa* o del *soukous*, de la salsa o del *dombolo*.

Más allá, donde las palmeras forman hileras, donde su majestad y belleza empiezan a tener sentido, precisamente en aquel cruce, vive y trabaja el doctor Essomba. En las esquinas de dicho cruce, en medio de la noche, se yerguen edificios coloniales que parecen querer recordar a los africanos su sometimiento de antaño. El conductor detiene la camioneta y me coge violentamente la mano.

—Llevamos a tu hermana y luego me pagas la carrera, ¿está claro?

Se muestra tan amenazante que yo asiento sin rechistar. En la acera, unos jóvenes ociosos practican con el patinete. Se cruzan describiendo curvas y soltando sonoras carcajadas. Un anciano duerme al pie de una farola, con la cara cubierta por un sombrero de paja.

No dan señales de vida en casa del doctor. No se oyen gemidos de enfermo en la consulta ni se ve pasar ninguna bata blanca. Empujo el cancel y nuestros pasos resuenan en el silencio. Al llegar a la puerta me llevo las manos a la boca en forma de bocina y digo:

—¿Hay alguien?

Sin mirarme, el conductor, visiblemente impaciente, grita también:

—¿Hay alguien? ¿Hay alguien? —Luego se vuelve hacia mí y añade—: Declino toda responsabilidad por la muerte segura de esta mujer si…

—Ya sé —digo yo, exasperada. Y repito—: ¿Hay alguien?

Abren una ventana. Se asoma un hombre y podemos oír el sonido ahogado de un transistor. Es el doctor Essomba, licenciado en la Facultad de Medicina de París. Por patriotismo heroico, ha preferido las duras realidades de África a la pompa intelectual de las orillas del Sena. Lleva el pelo estirado y echado hacia atrás, según la moda afroamericana de los años sesenta. Con su bigote de finas guías curvadas, se parece a un actor cuyo nombre he olvidado. De lo aseado que es, su repulida piel ha perdido el lustre.

—¿Qué quieren?

—Traemos a un herido, doctor —digo—. Abra, por favor.

Él lo hace con apresuramiento, con estupor casi.

—Entren… Entren… ¿Qué le ha pasado? ¡Pobre! Menos mal que no la han llevado al hospital…

Donde, añade, hay que ser un genio para distinguir los microbios que portan encima los pacientes de los que han elegido morada en el propio establecimiento, y que están por todas partes: en los nauseabundos pasillos, en las salas de descanso del personal sanitario, en las sábanas de las camas, en las mesas de operaciones, al salir de las cuales los enfermos, invariablemente, la palman de una infección posoperatoria.

—No podemos pedirle a la vida que sea distinta de como es. Espérenme aquí —añade, señalándonos unas sillas.

Y, cargando con Fatou, desaparece por una puerta que cierra tras de sí: a mí me da tiempo a ver una cama pequeña hecha con sábanas blancas y, alineados sobre una mesa baja, pinzas y bisturíes. Y a darme cuenta de que el doctor Essomba mira a Fatou con una concentración poco habitual.

La sala de espera no tiene nada de especial. Una bombilla amarillenta cuelga de una vieja lámpara. En un gran armario hay botes y frascos etiquetados, y, sobre él, un tarro en el que flota

un feto cuyo cordón umbilical se eleva hacia lo alto en forma de raíz tentacular. Aquí y allá, clavados con chinchetas, se ven recordatorios con los que el doctor combate la deslealtad de su memoria. Varios trozos de chapa ondulada puestos para tapar grietas aumentan la atmósfera opresiva del recinto. Miro las sillas colocadas a lo largo de las paredes y me digo que, si no fuera por las antedichas calumnias, las ocuparían personas de todas las edades que, con un papel en la mano, esperarían en silencio.

—No podemos pedirle a la vida que sea distinta de como es —digo yo, retomando la frase del doctor.

—¿A quién se lo dices? —pregunta el chófer. Y sin que yo tenga que animarlo añade—: Thérèse no espera más que una cosa: que yo me muera para hacer su vida. Y ten seguro que lo que desea es ir de mano en mano hasta reventar. Ahora, que yo no me voy a morir así como así, ¡eso te lo juro! ¡Voy a seguir dándole por culo hasta que no pueda más!

—¿Quién es Thérèse?

—Mi mujer. ¡Señor!, seis años ya de casados. Qué castigo, haberme casado con una mujer tan joven y guapa. Seguro que, en cuanto yo me muera, vuela a juntarse con mi hermano pequeño… Sí, señor… Mi hermano pequeño, el intelectual. ¿Qué le hará él que no pueda hacerle yo? A ver, dímelo. Tú me la has visto. ¿Qué te parece?

—De categoría superior —contesto vagamente.

Yo tengo en realidad otras cosas en que pensar: en Fatou, que me tiene preocupadísima. La oigo quejarse insoportablemente. Además, el conductor, con ese careto enfurruñado que pone, espera de mí que le brinde en bandeja un coito breve y dos veces bueno, como quien dice.

—De categoría superior dices, ¿no? Pues explícame tú qué le falta. Ah, olvidaba que vosotras, las mujeres, buscáis en los hombres indiferencia, crueldad, desprecio, brutalidad, egoísmo. A una pareja se lo perdonáis todo menos que sea bueno, respetuoso y generoso. ¿Tengo razón o no?

—No sabría decirle.

—¡Ah, claro que sí! Tu hermana, por ejemplo, vive con un hombre que se ríe de ella delante de todo el mundo. Ella quiere

tanto a su verdugo que se deja atropellar por una moto… Lo que le gusta de su marido son sus putadas. Los malos tratos despiertan el apetito sexual de las mujeres. Y esta actitud, que lo sepáis, os hará deseables, pero nunca grandes ni reinas.

Y acto seguido, como inspirado de pronto por la compasión de sí mismo, se levanta y viene a arrodillarse ante mí. Me atrae hacia sí, me mete la mano por debajo del vestido y me toca los pechos.

Yo lo dejo hacer, porque merece ese tributo. Y porque tengo miedo. Es una angustia que surge del fondo de mi alma y me persuade de que, si no hago algo, voy a desaparecer, disolverme en la nada. Repaso las circunstancias que me han llevado a la locura, reflexiono sobre la intensa actividad sexual a la que me he entregado en las últimas semanas, pienso en el accidente de Fatou. Nada es azaroso. Las fuerzas del Destino han pasado a oponerse a ese tipo de vida. ¿Querrán devolverme a mis orígenes? Es lo que siento, lo que creo. Dan por concluida mi educación sexual… Lina educación sentimental africana. A estas alturas, conozco las diez mil posturas del sexo, por aquí he llegado a donde iba…

El hombre sigue acariciándome sin dejar de perderse en sus delirios, cuyo centro es Thérèse. Habla de su belleza y sus encantos, respira cada vez más rápido. Por el movimiento de sus labios puedo ver que evocarla le hace sufrir, pero también indeciblemente feliz. Eso es sin duda el amor.

De pronto la puerta se abre con estrépito y nos asustamos. El doctor Essomba aparece en el dintel.

—Lo siento, doctor —digo yo, aunque no tan rápido como para ocultar mi turbación.

Él vuelve la mirada para darme tiempo a arreglar mis ropas.

—¿Cómo está?

Nos pide que lo sigamos a la consulta. Fatou está tendida en la cama, amodorrada. Sus grandes senos le caen a un lado y otro del torso. Tiene la pierna y el brazo escayolados. Ahora sólo le queda esperar. No puede responder a un abrazo. No puede moverse.

—¿Te duele? —le pregunto yo.

—No, pero pasaré aquí la noche, ¿no es eso, doctor?

Él asiente. Miro a uno y a otra. Se diría que se conocen. Transmiten esa armonía que se da entre los que se aman. Un aura especial los rodea. Me recuerdan ciertas representaciones del Paraíso. ¿Cómo puede la gente enamorarse tan de repente? ¡Qué extraña es la vida! Cuando una se pasea por el bosque y un cepo le pilla los pies, tres son las hipótesis que pueden barajarse al azar del destino:

a) Puede quejarse del dolor toda la noche y rogar a Dios que el cazador venga al amanecer a ver la trampa.

b) Que un animal salvaje la devore.

c) Que la salve un príncipe azul que pasaba por allí a lomos de su caballo blanco.

Beso las mejillas de Fatou tomándome interiormente a risa todas las maldades que le he dicho: no eran nada, no eran sino una forma de complicidad.

—Cuídate —le digo.

Y ella me mira con los ojos arrasados en lágrimas, como si presintiera que será la última vez, que la vida no volverá ya a reunirnos.

—Y tú, ojo contigo —contesta—. Mucho ojito, Irène. Los ciudadanos han decidido poner orden en el centro de la ciudad y matan a los ladrones porque están convencidos de que los policías son sus cómplices.

Yo prefiero no ahondar en el tema, no enterarme de más. Lo que sí me interesa es lo que está pasando entre el doctor y Fatou, lo cual no requiere muchas explicaciones filosóficas: él será su caballero. La montará. La fatigará hasta que caiga rendida y luego la levantará para unirla a sí inseparablemente. Las lágrimas que caen de mis ojos no son sino música para acompañar el sublime nacimiento de ese amor.

Mientras, yo no puedo volver a ver a Ousmane. Algo en mí se ha apagado. No sé en qué momento. ¿Será por la turbadora declaración de Jean-Baptiste? Le doy la mano al conductor y juntos nos dirigimos hacia los subsuelos de lo obsceno, nos sumimos en la lujuria antes de que la juventud se me escape.

Y aquí, en un aparcamiento oscuro, me posee como un loco. Su pene se hunde en mi trufa con empeño. En su excitación o esquizofrenia, me toma por Thérèse. «¿Te gusta así, eh, di,

Thérèse? ¿Que te la clave hasta el fondo, di? ¡Qué dulce eres…, pura miel…, delicioso…, delicioso…, de muerte!».

Y Thérèse tiene que reconocerlo. Y él tiene que afirmar su presencia en los ojos vacíos de ella. Y la busca en mi olor, en la forma de mi vientre, en mi sexo. Yo tengo miedo, estoy consternada. Lo ayudo como puedo anticipándome a sus deseos. No se trata sólo de un coito, sino de demostrar todo el poder viril que posee un semental portentoso. Ávida, golosa, su lengua chupa mi clítoris. Inscribe en mi carne signos cabalísticos con un ansia vulgar. Repite los mismos movimientos varias veces, hasta que mi cuerpo da señales de abandono. Grita su victoria, se yergue y se desploma sobre mí.

—Lo siento —se excusa rodando a un lado—. Lo siento de veras —repite, pues acaba de caer en la cuenta de que yo no era el objeto de su pasión…, de que yo no soy Thérèse.

—No pasa nada —contesto yo, contenta, porque lo que acaba de ocurrir, farsa o no, tiene sentido.

Sin desearnos el uno al otro, los dos hemos satisfecho nuestras necesidades.

Mañana, me digo, vuelvo a casa. Voy a sondear la raíz de las impetuosas pulsiones que me lanzan en busca de aventuras rocambolescas. Mañana veré de nuevo a mi madre, que volverá a comer haciendo ascos, pues una mujer no debe, en ningún caso, dejar ver claramente sus placeres, y para quien todo lo femenino se resume en esta frase:

«¡Una mujer, una mujer de verdad, lo que tiene que saber es cocinar!».

Por esta alba clara pero sin sol he decidido volver a casa. Mil temores me oprimen. Con la mirada baja, los labios hinchados y el cuerpo dolorido, camino entre el polvo rojo y por todas partes veo la locura de la vida. Los autobuses, llenos hasta los topes de provisiones y personas, pasan dando tumbos en los baches y tocando el claxon. La gente de por aquí trabaja poco y se pelea mucho, se pelea constantemente, sin duda porque ya han vivido tantos pasados que no les queda futuro. Siempre hay ruido, siempre hay jaleo, es como si la vida no pudiera soportar un momento de calma. Por eso yo, que sólo soy una chiquilla, sueño con que todo desaparezca durante unos meses, para que la gente no pueda hacer más que una cosa: el amor. ¿Pondría eso orden en sus cabezas?

Los conductores de cochecillos de alquiler se insultan: «Eh, tú, negro, aparta tu culo de ahí o te lo rajo», las pelanduscas de alto copete asoman de sus Mercedes: «Dejad paso, pandilla de golfos», las vendedoras de comestibles andan a la greña y los jirones de sus harapos salen volando como papelitos al viento. Incluso las amantes que viven de los regalitos arrastran del cinturón a los adúlteros remolones: «¡Hoy me pagas el polvo, so cabrón!», mientras sueltan salivazos por sus chuponas bocas. Las esposas, descoyuntadas por varios partos, salen en defensa de sus maridos:

—Él no tiene por qué pagarte nada. Has sido tú quien te le has abierto de patas, *djô*, sin fijar antes el precio.

Aun cornudas, ellas siguen amándolos, llevan a su hombre en las venas.

Entro en el mercado, que está de bote en bote y presenta mil recovecos. Tenderetes por todas partes, infinitos tenderetes. Uno se interna en él como en un laberinto, sabiendo por dónde ha entrado pero nunca por dónde saldrá. Los pasillos se pierden, hay

calles que llevan hacia un montón de tiendas y se extravían entre pescaderías. Yo camino como en la cuerda floja, rozándome con amas de casa que, sin parecerlo, se fijan en lo que han comprado las otras y se desafían recíprocamente. Son tan envidiosas, o altivas, que los ojos les brillan con destellos metálicos. Pescado ahumado, cecina, verduras de mil colores: desprenden olores tan variados que ninguna nariz sabría distinguir el aroma de cada producto.

Y, al llegar a una tienda que parece a punto de venirse a tierra bajo el peso de la ropa, me detengo. Es la tienda del anciano Édouard, el decano de mi barrio. Gracias a él y a otros como él, nació nuestro gigantesco suburbio de chabolas: es como su aliento y su memoria. Ya se dedicaba al comercio antes de nacer yo. Según como me reciba, sabré lo que me espera en mi casa de
New-Bell
: la vida o la muerte.

Pero ¿dónde se habrá metido? No lo veo delante de su tienda. No debe de andar lejos. Un sonido proveniente de la trastienda me guía. Paso junto a los *wax*, los *índigos*, los *cicam* y demás paños cuyo nombre ignoro. ¿Dónde acabará esta profusión de prendas? Y sigo internándome más y más en el vientre de esta tienda repleta de ropa, y al fondo veo una pesada cortina roja. Tendré que rendirme a la evidencia, aquí no hay nadie, me digo. No me llamo a engaño sobre la acogida de mi madre. Pero en la vida, como cuando vas en bici, si dejas de pedalear te caes. De pronto oigo un leve suspiro. ¿De dónde vendrá? Levanto una punta de la cortina y lo que veo me deja helada.

La trastienda es un cuartito sin ventanas. La luz entra por arriba a través de un techo de plástico de un color mate. Y ahí, justo en el medio, como un altar en un coso vacío, reluce la desnudez de una muchacha. Está acuclillada sobre su relleno trasero. Lo primero que le veo son unos pies de dedos pulquérrimos, luego las piernas, largas como el camino de la felicidad, y en el hueco de sus muslos abiertos, su sexo, rojo y húmedo. Sé que está húmedo nada más verlo. Sus pechos turgentes asoman por la blusa transparente. Los ojos le chisporrotean y sus labios entreabiertos y carnosos tiemblan de

angustia o de placer. Lo digo porque parece una de esas chicas que posan para las publicaciones obscenas sonriendo con sensualidad, pero cuyo desamparo uno adivina enseguida. La rodean tres viejos que, sentados en sus respectivas sillas, se recrean tocándose el sexo y recordando viejos tiempos, acompañados en sus remembranzas por la voz de Tino Rossi. El recinto apenas les deja sitio para moverse y desde donde yo estoy puedo notar la tibieza de sus pesados alientos.

—¿Te acuerdas de la pequeña Rosa? —pregunta uno de ellos, y por su calvicie y su voz cascada veo que es el viejo Édouard—. Qué finura, ¿eh? ¡Ah!, entonces no había tanta vulgaridad. Yo tenía aún mi gran plantación de café en Djomé. ¡Qué precioso palacio tenía entonces! Todo de mármol y dominando la ciudad desde lo alto de la montaña. Ahora levántate, querida —le ordena a la muchacha—, y date la vuelta despacio. Acércate. Estírate… Eso es… ¿Notas mi dedo? No gimas, los gritos de placer de las mujeres no los aguanto. Incluso en el cine fingen. ¡Qué suave y calentito!… Y blando… Y tierno… Eh, no…, ¡no grites! ¡No te pongas tiesa! Relájate, querida. Antes, estos viejos dedos eran tan dulces como pirulíes, hija. John, ¿te acuerdas de Malika? ¿Y tú, Tchankeu? ¡Qué loca! Por celos escaldó a la pobre Dora. Y acabó en la cárcel. ¡Y Dora quedó tan desfigurada que a mí se me pasaron las ganas de tirármela!

Retrepados en la silla, John y Tchankeu se desternillan de risa. La chica los mira como si estuviera viendo un asesinato. Hace exactamente lo que le dicen. El viejo Édouard se arrodilla entre sus piernas y empieza a lamerle suavemente los muslos. Luego sube de nuevo los dedos hacia sus entrañas. Acompaña sus ademanes con alguna que otra frase:

—Haznos el favor, querida, cierra los ojos… Así… es mejor. Aquí somos todos unos caballeros, no queremos obligar a una joven a ver cosas desagradables.

Los tres compadres se bajan entonces los pantalones y empiezan a acariciarla, sin olvidarse de su propio placer. Lo hacen con ademanes precisos. Mueven los dedos con una agilidad tal que parecen estar tocando el piano a seis manos: pezones, curva de las nalgas, ingles. Si a la chica no le hubieran mandado contener sus gemidos, le habrían arrancado sonidos

estridentes, deseos angustiosos, le habrían hecho perder el seso. Yo tengo la impresión de que estoy viendo una escena irreal y de que los límites temporales se desvanecen, pues, además, las paredes, insonorizadas por las prendas, no dejan oír ningún ruido exterior. La chica mira como si estuviera viendo a un extraterrestre y, de pronto, se echa sobre Édouard.

—No, eso no —protesta el anciano—. Yo no puedo, soy demasiado viejo… Me matarías…

Ella no hace caso. Atenazándolo con las piernas, lo obliga a tumbarse en el suelo, ¡se empala, empieza a cabalgarlo y se estremece de placer! El señor Édouard se ve tan desarmado que da rienda suelta a sus emociones y muestra sus flaquezas:

—¡Sí, vale! Pero poco a poco, querida… Yo…, yo soy viejo… Eso, eso, hijita… No vayas a matarme… ¡Oh, oh, sí!

Y cuando sus músculos se tensan, anunciando la salida de un chorretón de savia hacia las nubes, y sus ojos empiezan a desorbitarse, ella ordena:

—¡Aguanta!

Y —princesa— se levanta, bella, bella como la leyenda de los ríos y montañas, tan prodigiosa como la epopeya de los descendientes de mujeres-serpientes, y ofrece su culo al señor Tchankeu. El anciano se enardece y con redivivos bríos sujeta a la joven por las caderas, se pone de puntillas y se clava, se interna, desaparece en su ranura. Arde y boquea y convoca a sus antepasados, en cuyos brazos desearía morir silenciosamente.

—Eres muy amable —le murmura—. Que Dios te guarde.

Y cuando nota ella que va a soltar su hilo de puré corporal lo interrumpe:

—En mi vientre nada de guarradas.

Y lo envía aparte, junto al viejo Édouard.

Cuando le toca el turno al señor John, este rezuma ya por los poros de la piel tanto deseo que está agotado. «¡Mirad lo que me hace! ¡Menuda bruja!», repite sin parar, viendo cómo los labios de la joven le recorren la cola. Es la primera vez que le hacen una mamada. El viejo llora de gusto, delira, presa de mil sensaciones jamás experimentadas. Sus pulmones resuellan al contacto de la cuchilla del aire, la nariz le moquea y hace rato que dejó de sentir las piernas.

Silbando despreocupadamente, la diosa vuelve a vestirse mientras los tres ancianos, tumbados en el suelo y rendidos de placer, la contemplan. Parecen adorarla como a un icono, quizá como a sus propias madres. La joven recoge los pantalones de los hombres y rebusca en los bolsillos unos billetes que se guarda bajo la blusa:

—Vosotros, amigos míos, los necesitáis menos que yo, pues vais a morir pronto.

Ellos no reaccionan, víctimas de esa flojera particular que sucede a los orgasmos. Parecen tres gorilas que acabaran de dar lo mejor a su progenie. La joven está tan aturdida por el placer o la codicia que sale sin reparar en mí.

—Para los viejos caballeros como nosotros —balbucea Édouard vistiéndose con especial minuciosidad—, el fin del mundo está cerca. No nos queda otro consuelo que el que acabamos de vivir.

Sin hacer ruido, abandono mi puesto de observación y me alejo en sentido contrario. Fuera, la luz es una línea pura. La gente va y viene, desgrana su rosario de saludos habituales. De vez en cuando alguien compra. Hablan con voces chillonas que me recuerdan los panales de abejas. Me siento en la silla del viejo Édouard. Cansada por tantas aventuras, empiezo a dar cabezadas. Al poco me olvido de dónde estoy.

De repente, unos fuertes gritos me sobresaltan y a punto estoy de caerme de espaldas. Es el viejo Édouard, quien, hecho una furia, como el campesino que persigue al perro que acaba de robarle un pollo, plantado ante mí y chorreando de sudor, acaba de vocear:

—¿Es que no sabes que está prohibido sentarse ante la mercancía ajena? —me pregunta. Y sus ojos de mosca brillan de cólera—. ¡Trae mala suerte, Irène!

¿Quién me creía yo que era? ¿Dónde me figuraba estar? ¿En una boutique para gente rica de Neuilly o Manhattan? ¿En un lugar donde la malaria se evapora como un charco de agua al sol? ¡Tonta de mí! ¡Qué mundo! ¡Nadie respeta ya nada! De pie, con los brazos cruzados en el pecho, sus cómplices asienten a lo que dice Édouard, cuyos finos dedos, que él agita ante mis ojos, le dan un aire de profesor universitario.

—Perdone, señor Édouard —digo yo—. Sólo venía a hacerle una visita de cortesía.

—¡Desgraciada!

Despotrica, y es el disgusto lo que hace que las comisuras de sus labios se levanten. ¡Robacadáveres! ¡Pervertida! ¡Tarada! Eso es lo que le gustaría soltarme. Me lo da a entender andándose con circunloquios. Sospecho que ignominiosos insultos como estos me esperan en New-Bell, kilómetro cinco. Lo presiento, lo sé. Me dan sudores fríos. Qué importa que mi mente se haya zambullido en la inconsciencia, sé que mi familia está al tanto de mis extravagancias, locuras y correrías. Todo aquello de lo que hace semanas estoy escapando vuelve a presentarse. Me hallo en una situación tan comprometida que me da la impresión de estar entre la vida y la muerte. Me espera la cólera de los hombres y el juicio de las mujeres. Tengo tan claro que voy a caer en desgracia que trato de rebelarme: quiero seguir siendo la dueña de mi piel o, por lo menos, de la piel que me queda.

—Acabo de veros con esa chica —digo yo en voz baja—, a ti y a tus amigos…

Esta revelación deja tan confundido al viejo Édouard que, postrado, se deja caer en su silla. Noto cómo me inflamo de una alegría triunfante. Mando sobre los hechos, el espacio, el mundo, los rencores, los odios. Los guío. Los controlo. Los transfiguro. Y les digo a estos viejos verdes que se han dejado poseer por la embriaguez metafísica de sus sentidos, se han dejado asaltar y vencer por el placer, y que, enajenados, han sido incapaces de hacer nada, que se han cubierto de cieno. Se lo digo una y otra y otra vez, y acabo:

—Ya ven, abuelos, que todo el mundo tiene algún vicio secreto.

—¿Qué quieres? —pregunta el viejo Édouard—. ¿Dinero?

—¿Y qué haría yo con tu pasta, dime? ¿Metérmela en la boca como si fuera una mordaza para no irme de la lengua? ¿Sabían ustedes que, tras sus aires de patriarca perfecto, el señor Édouard no es más que un desvergonzado? ¿Tendría yo que dejar de anunciar a los cuatro vientos que bajo su capa de respetable

ciudadano se esconde un viejo corrupto? ¿Tendría que decir a las lluvias que dejen de endiosarlo? Bien mirado, tú nunca has dado muestras de abnegación ni de caridad, nunca has luchado contra las mil epidemias que cada año asolan en oleadas esta ciudad de mierda. ¿Quieres decirme a qué se debe ese respeto que todo el mundo te tiene?

El viejo Édouard está temblando. Por los poros desprende ese olor a moho típico de los viejos. Yo sé que soy una basura, una sentina hasta el último rincón de mi ser. No lamento en absoluto lo del robo del cadáver, lo confieso. No tengo ninguna mala conciencia por haber robado o follado. No me atormenta la imagen de adolescente sexualmente desbocada que refleja el espejo de mi memoria. Pero ¿y él? ¿Cuántos muertos oculta bajo sus viejos huesos puntiagudos? Puede decirme su verdad. Me la dirá como los viejos, con palabras oscuras o sencillas, que él sepultará bajo una avalancha de sutilezas y abstracciones. Como todos los viejos. No me fío.

—Bueno, ¿qué quieres? —me pregunta de nuevo el viejo Édouard.

—Nada —contesto con aire misterioso—. Nada.

Y pongo pies en polvorosa, mirando con temor a mi alrededor. Hacía tiempo que mi corazón no latía tan fuerte. Las mandíbulas me castañetean como una verja de hierro azotada por el viento. La gente hormiguea y en algunos rostros veo muestras de amor. Cualquiera podría identificarme: «¡Ésa es la ladrona de cadáveres!». Me pregunto qué camino podría tomar para que no me pillaran. Lo más sencillo es que hubiera tantos caminos en el mundo que los humanos no tuviesen posibilidad de cruzarse conmigo.

De pronto reparo en los carniceros que, cubiertos de sangre, la sangre de la vida, la sangre de la muerte, cortan carne con ensañamiento, como si estuvieran mutilando los miembros de un enemigo, y parten huesos con tal brutalidad que parece que estén abriéndole la cabeza a algún adversario. Y por los trozos sanguinolentos de carne de vaca pasean sus patas grandes moscas verdes.

—¡Irène! ¡Irène! ¿Dónde te habías metido, querida?

Mierda. Es Saturnin, uno de los chicos más guapos de

New-Bell
, kilómetro cinco. Esperemos que me dé tiempo a escabullirme entre la multitud. Finjo no verlo. Quiero huir… Huir. Imposible desaparecer entre el gentío, un gentío que me acorrala. ¿No iré a desmayarme?

—¿Te pasa algo, Irène? —pregunta el deseo, abiertos desmesuradamente los ojos como por un subidón de droga.

El montón de carne de cebú que tiene en la mano y que estaba picando con violencia queda suspendido en el aire.

—Ah, eres tú, Saturnin —digo yo, como si acabara de advertir su presencia.

—¿Te pasa algo?

—No, nada… Es que iba pensando… No me había dado cuenta.

Es todo lo que puedo decir ante mi vergüenza. Vergüenza de tener miedo, vergüenza de esconderme en lugar de seducir a este real mozo, que es lo que tendría que hacer. ¿Podría él llevarme a cumbres de cristal? No creo ya en nada. Estoy desesperada. Me da miedo todo, pero sigo buscando la intimidad humana, que ya no existe. Además, si me apresurara, despertaría sospechas. Y aquí me quedo, pese a la presencia de esta mujer que, apoyada en el cochambroso edificio, espera a Saturnin. Es una mujer enorme. A Saturnin le gustan las mujeres desbordantes, las mujeres cuyos amantes tienen que subirse a una escalera para poder abarcarles todo el cuerpo con la vista, las mujeres cuyas carnes puede uno visitar continuamente sin llegar a conocerles límite.

La *ngô*[5] en cuestión viste una minifalda de marca francesa y una camiseta Chanel que le aprieta las mamas opulentas, lleva unas gafas de sol con montura engastada de falsos diamantes directamente importadas de Italia, un perfume que huele asquerosamente bien y no hay que ser adivina para saber que gasta una ropa interior de encaje carísima. Mira por encima del hombro a la gente del grasiento mercado y al resto de las mujeres, como hacen las de su misma calaña que vienen aquí y, con una voz siempre nasal, le dicen a Saturnin:

—Quiero la especial.

Y la especial pasa a ser comida bajo el mandil ensangrentado

de Saturnin. Mi amigo parece un cirujano. Y todas estas damas con chófer, frigorífico, criados indígenas y demás boato esperan a que él las abra, les enfríe los ovarios, les refresque las trompas, porque están casadas con secuaces de dictadores a los que, de tanto trapisondear y saquear el país, se les han ablandado los cojones y no tienen ya más que una forma de distraerse: disparar balas a las nucas de su opositores.

Ésta espera a Saturnin, claro. Saturnin es muy apañado, es cierto. Hermoso como una felicidad efímera. Las vuelve loquitas. Potente y ágil, las hace gozar tras la vieja cámara frigorífica de la carnicería, un goce sin gritos, hipócrita como sus vidas mismas. Un hombre así es lo que yo quiero. Pero él prefiere brillar en solitario, como una estrella. «¡Tú estás en los huesos, Irène!», suele decirme. «Las dietas, en materia de sexo, atrofian el placer». Él necesita carne, mollas, chicha para que su sexo eche fuego. ¡Y no estoy hablando de amor, ojo! Yo de eso no sé nada, la verdad. Amar… No recuerdo haber visto nunca a una pareja realmente enamorada. Mis padres nunca se han dicho: «Te quiero». No saben lo que es eso.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde te habías metido, hermanita?

Me observa de un modo curioso, receloso quizá, y sin duda intrigado. Pero su mirada me hacer perder la noción del tiempo. Eso de llamarme hermanita es un insulto a la genealogía. Y como no me ha gustado, me echo a reír.

—¿He dicho alguna tontería? —pregunta él.

—Seré tu hermanita —le digo hipando de la risa—, pero eso no significa que no vea nada, no oiga nada, no sienta nada por ti.

—¿Habéis terminado de hacer el ganso? —pregunta con voz gangosa la burguesa que espera la especial—. ¡No tengo otra cosa que hacer que oír vuestras bromas!

Y se pasa la lengua por unos labios al rojo vivo. Provoca a Saturnin, según el código de conducta burgués al que, por lo visto, siempre responde el deseo brutal del hombre. Mi amigo se somete a ese gesto de condescendencia principesca que, en este entorno, parece surrealista.

—Enseguida, señora Djingué —dice—. Dé la vuelta al mostrador, va usted a llevarse un trozo de primera.

Saturnin se mueve con nerviosismo. Siente ese azoramiento de los empleados ante el jefe. Y ahí, tras ese lamentable frigorífico, entre trozos de carne, la empuja sin más miramientos de cara a la pared, le mete las manos por la ropa, le sube la falda hasta la cintura, le coge los pechos, se los magrea y de pronto, con una embestida seca, la penetra. Se la folla con una brutalidad blasfematoria, la trata sin ternura alguna. Para esa clase de mujeres, hacer el amor no tiene ningún sentido figurado. Su enorme trasero se zarandea. Su cuerpo se empina, se abre, más y más. Y habla, por cierto, con una voz jadeante, entrecortada por los embates, habla sin parar, alta e inteligiblemente, para despistar a los clientes que esperan.

—Sí, en verdad es un trozo especial… Estoy impresionada… ¡Qué grueso!… ¡Qué potente!… ¡Qué suave!… ¡Qué tierno!… Realmente bueno…, muy bueno… ¡Qué contento se va a poner mi marido! A mis amigas… voy a aconsejarles tus servicios… Son ricas, ¿sabes? Sí…, así… Dame un poco más… Más… Así, sí señor… Delicioso… Todo… Dame ahora todo… Gracias… Gracias…

—Descuide, señora Djingué… A su servicio, señora. Lo que usted mande, señora. ¡Saturnin siempre está al pie del cañón, aunque no esté!

Al oír esta conversación erótica, los clientes no se atreven a preguntar el precio de la especial. Ya sólo por los comentarios de la señora Djingué saben que no podrán permitírsela.

La señora Djingué se recompone la ropa. El taconeo de sus zapatos de aguja hace que las tetas le bamboleen. Reaparece ante el mostrador convencida de que el mundo entero la admira. Tiene el rostro tenso. Las ojeras le resquebrajan la máscara cosmética. Tras el revolcón parece más vieja, aunque también más viva. Saca un fajo de billetes ante los testigos y paga.

—Hasta la próxima —dice con un guiño, convencida de que es una de las pocas mujeres del mundo capaces de comprar la clave de su sistema emocional, sensual y afectivo.

Y se va. «Permiso, permiso, ¡dejen paso!». Cómplice de su lúbrica feminidad, Saturnin la observa alejarse —su chófer la espera— y a mí el corazón empieza a brincarme. En general, considero que hacer el amor es un derecho, pero Saturnin

siempre ha rechazado mis insinuaciones poniendo entre ambos una barrera insuperable: una intimidad prudencial y una fraternal complicidad que a mí me resulta odiosa.

—Por lo menos yo soy más bonita que ésa…

—No es cuestión de ser o no bonita, Irène —me susurra él—. Estas mujeres me son completamente indiferentes. Pero me resultan deseables. A veces el placer es tan fuerte que raya en lo criminal.

—Podrías enamorarte de una de ellas sin darte cuenta siquiera.

—Yo las utilizo, y punto. El hombre arriba, la mujer abajo… Ha sido siempre así desde la noche de los tiempos… Y te aseguro que las hago disfrutar.

—Seguro que las haces disfrutar, sí. Pero ¿de qué? ¿De poder dejarse dominar por el sexo de un hombre-Dios que las colma de placer? ¿O de su victoria de burguesas sobre el hermoso macho que compran?

—Irène, querer que el mundo flote y sueñe no es ningún sacrilegio. Cambiemos de tema… Mejor observa y quédate con la copla. Ahí viene Rosa… ¡Qué belleza! ¿Has visto alguna vez unas tetas tan bonitas como ésas? ¿Unas caderas que se contoneen con tanta gracia? ¿Unas piernas tan torcidas y peludas? Lo que tiene entre las ingles debe de ser la selva tropical… ¡Como para perderse en ella, y encima virgen! Algún día será mi mujer, te lo digo yo.

Saturnin está de nuevo al borde del paroxismo o de un ataque de nervios, si no de apoplejía o de corazón. Rosa no parece sorprenderse de verme. Para ella, yo formo parte de la escoria del mercado. La falda de colegiala se le sube por los muslos rollizos. El sudor le forma sendos redondeles en los sobacos. Sus labios son tan gruesos que parecen exhalar vaho. Lleva las trenzas recogidas en un enorme moño en el cogote graso. Su manera de ser es una barrera insuperable que se alza entre nosotras.

—Pasaba por aquí —le dice a Saturnin con gesto desdeñoso— y he pensado que podría entrar a saludarte.

—Siempre es un placer verla, querida —dice Saturnin dándole la bienvenida.

La chica lo abraza hasta sentirlo temblar al contacto de sus pechos y se miran de reojo como si lo importante entre ellos ya estuviera dicho. Y, visto y no visto, Saturnin le desliza en el sostén los billetes que acaba de darle la señora Djingué. Ella se da entonces media vuelta, cubriéndome de desprecio.

—¿Sabías que nunca he besado a una mujer en la boca? —me dice Saturnin con aire soñador—. El día en que nos casemos la cogeré en brazos, la echaré en la cama y me la tiraré hasta que pierda el aliento. Le lameré como un perro agradecido las formas flexibles de su cuerpo para grabarme bien sus olores. Y le comeré todos y cada uno de sus orificios diciéndole que la amo. Y luego la penetraré suavemente y le haré el amor con tanto ardor que se quedará patidifusa. ¡Ya de pensarlo me estoy poniendo a cien! Ven conmigo… Ven que me alivie…

—No… Así no… Sin amor no.

—Ven conmigo, no seas mala.

Y se me acerca, me rodea con los brazos, me mete la pierna entre los muslos para despertar mi deseo. Yo noto que su tentáculo abdominal está de nuevo listo para atravesar lo que se le ponga por delante. Este deseo instintivo de pronto me repugna. Pese a tan prometedor arranque, no estoy dispuesta a ceder. Quiero que pronuncie para mí las palabras que acaba de decir, palabras más bonitas que cualquier anunciación. Y lo rechazo sin que se dé cuenta de mi temblor, del sudor que baña mi frente. Ni siquiera advierte que mis ojos están húmedos.

—Pero ¿tú qué quieres, Irène? —susurra—. Siempre has querido follar conmigo, ¿no?

—No así. Con un poco de amor. Con un poquito de amor… ¿Entiendes?

—¿Amor por ti?

—¿Por qué no?

—Porque eres tú. Porque eres lo que eres…, alguien sin futuro. Además, no estás preparada.

Yo me limito a abrir y cerrar la boca, ocultándole así mis angustias. Y huyo, huyo, movida por un mal presentimiento. Corro como alma que lleva el diablo y todos creen que he perdido a alguien. Grito mi dolor en medio de una multitud ajena de pronto a las súplicas de los apestados. Choco con cierta

brusquedad contra el conductor de un cochecillo de alquiler:

—¡So puta! —me suelta, exasperado sin duda por este calor aplastante.

Consigo salir del gentío sin que nadie se dé cuenta de mi desesperación: hasta ese punto ha anulado el Banco Mundial nuestra capacidad de interesarnos los unos por los otros.

Y al llegar a la estación, exactamente en el punto donde robé el cadáver del niño, me acuclillo al sol y rompo a llorar. Lloro como una descosida. Mamá, ¿dónde estás? He vuelto contigo, mamá, ¡qué alegría! Sigo sin saber por qué la gente tiene hijos: ¿porque somos amados? ¿Porque amamos? ¿Porque tememos la cólera de Dios? ¿Porque somos incapaces de tener relaciones con los demás seres humanos sin pasar por ese estadio biológico? ¿Porque no hay forma de ir más allá, ni en acto ni en pensamiento?

Me dan unos violentos espasmos. Me descoyunto, me rompo. Moqueo, me brotan las lágrimas. Me derrito, mamá, me licuó, me derramo. Sólo tú, mamá, puedes salvarme. Te prometo que será la última vez. Voy a cambiar, mamá, no te miento. Tómame en tus brazos, no me dejes crecer y descubrir el mundo. Demasiado tarde, mamá. No tendría que haber visto los esqueletos de mi futuro.

—Irène, señorita Irène… Pero ¿qué te pasa, señorita Irène? ¿Qué haces aquí?

Me vuelvo. Es Jean-Claude, un adolescente que suele venir por la estación a perfeccionarse en el arte de la rapiña antes de pasar al bandidaje de altos vuelos.

—¿Y tú? —le pregunto enjugándome las lágrimas y poniéndome de pie de un brinco.

Intercambiamos una sonrisa indecisa.

Él es alto y cimbreño, como en general son los adolescentes, resultón sin ser guapo, con una piel deliciosa, una piel de siluro que late bajo la presión de una sangre fogosa. Tendrá unos dieciséis años, quizá menos, la infancia va quedando atrás en forma de ligero bozo. Nada más verlo, sé lo bien que será capaz de contorsionarse para enroscar debidamente una penetración.

—No tendrías que haber venido por aquí, señorita Irène.

—¿De qué me hablas?

—Del robo del cadáver, ¿sabes? He oído decir que piensan matarte. ¿Cómo te las has arreglado para convertirte en el enemigo público número uno?

—A lo mejor, porque son todos unos paranoicos.

O porque nuestra sociedad es tan frágil que la menor corriente amenaza con destruirla. ¿O porque yo soy un ser de veras excepcional al que hacen bien en temer? Seguro… ¿Sabes?, yo quisiera un mundo abierto a todas las corrientes, en el que la gente pudiera hacer lo que quisiera cuando y donde le apeteciese.

—A mí no me gustaría que te mataran, señorita Irène. Ya se han cargado a cuatro muchachos del barrio. ¿Conoces a Short, Irène? Short el ladrón. Se lo han cepillado. Le cortaron el pito, se lo metieron en la boca y luego lo echaron a un regato. También han matado a Thomas. Le pusieron una rueda al cuello, lo rociaron con gasolina y le echaron una cerilla. Y a Nana también se la cargaron, ¿sabes? ¿Y qué será de mí sin ti, señorita Irène?

—Tú vivirás, Jean-Claude —digo—. Y serás como los demás. No amarás a nadie, ni nadie te amará tampoco. Sólo seréis solidarios en el inmenso descalabro de África, cuyo nombre no conocéis siquiera.

—Yo te quiero, señorita Irène. Cuando sea grande de verdad, tú y yo seremos como Bonnie and Clyde. ¿Querrás, señorita Irène? Yo te cuidaré… Di, ¿querrás?

Yo consigo esbozar una sonrisa para que no vea mi sufrimiento. Le paso los dedos por el contorno de los labios con un ademán lento que parece hecho bajo el agua, y luego los dejo correr por sus hombros, los deslizo por los músculos de sus brazos, le acaricio su trasero musculoso. Él traga saliva, azorado. No da crédito a lo que ven sus ojos. Está temblando y yo comprendo que es la pureza de su mirada lo que me ha faltado siempre para redondear mi placer. Y ahora que la tengo delante, en carne y hueso, la disfruto. Puedo palparla, tocarla, acariciarla.

—No temas —le digo—. No vas a arder en el incendio de los sentidos.

Me lo llevo a los matorrales. Haremos el amor en el suelo, me digo, porque en esta tierra que huele insoportablemente a mojado me da la impresión de echar raíces. Amo esta tierra de

África, este vientre violento del mundo. Amo la materia que lo constituye y que, en la estación calurosa, lancina la planta de los pies. Amo la humedad lacerante de sus piedras. Amo sus resquebraduras, que son otras tantas heridas de mi alma.

Y así, con la pasión por esta tierra, le arranco botones, cremalleras, cinturones, todo lo que sustenta al hombre y le proporciona un sentimiento de superioridad, y lo dejo tan desnudo y tan desprotegido que puedo motivarlo con palabras sobrias: lo único que espero es compartir el placer.

—Sigues queriéndome, ¿verdad? —le pregunto.

Las palabras no acaban de venirle a los labios. Su estupor es demasiado grande. Una luz azulada cae del cielo y baña sus músculos. Yo lo tiendo entonces en la hierba. Le hablo con sílabas tan cálidas y entregadas que él pierde la cabeza. Está a punto de verter al aire la leche de sus entrañas.

Y en este día que declina, adornado de las más preciosas joyas de Dios, yo lo espero. Tengo abiertas las piernas como las mujeres del pasado, como las mujeres del futuro. Soy el animal del sacrificio, el animal destinado a halagar el orgullo de los dioses. Jean-Claude me cubre con su cuerpo y le permito entrar sin oponer resistencia. Hiende mi alma y mi vientre como el rayo la bóveda celeste. Mis sentidos empiezan a centellear. El deseo me sube a la cabeza como si hubiera bebido alcohol de maíz. Mi ser, todo mi ser, va encendiéndose poco a poco hasta transformarse en ceniza. Gemimos y dejamos que palabras imprudentes escapen de nuestros labios: te quiero. Te querré siempre. Hemos ido tan lejos que me parece que no podrán seguir sino momentos tiernos y vacíos.

Salgo del contorno encantado del universo y me encuentro de nuevo con la misma angustia. Soy una descerebrada a la que le gustaría que el mundo cambiara rápidamente y de arriba abajo.

—¿Dónde vas, señorita Irène? Quédate conmigo, por favor, señorita Irène.

Yo cierro los ojos y me inclino un poco hacia atrás para calmar el bullicio de mi sangre. Estoy turbadísima, pero soy dueña de mi destino.

—A mi casa —digo.

El me abraza, me mira a los ojos.

—Quieres morir de verdad, señorita Irène, ¿no es eso? —Su voz tierna y sus palabras vehementes me quitan el habla—. ¡Ve, ve y acepta tu destino, sea el que sea!

—Con dieciséis años —digo yo— siempre se es el más fuerte.

—Van a matarte.

—He robado un cadáver, ¡no una vida! Si creen que hay que quitarme la mía para reparar mi delito, que así sea.

—Por lo menos cuídate.

—Tú también —digo abrazándolo—. Y cuidado con los humanos —añado mientras me alejo—. Cuidado con la maldad del hombre.

Me interno por las callejuelas de mi barrio, camino de mi casa. Solamente unos cuantos baches, anchos como cráteres, dan relieve a la lisura del suelo. A cada lado de la calle principal hay casas cochambrosas que parecen animales repulsivos, y la ropa blanca tendida de alambres inspira una vaga nostalgia del paraíso perdido. A lo lejos se ve a unos cristianos que se toman de la mano y rezan por la redención de las almas descarriadas. Sentadas en los balcones, algunas mujeres mondan maíz.

Al principio no veo nada, no oigo nada. No pasa nada. Luego, muy poco a poco, voy notando que me dirigen miradas llenas de odio que se me clavan en la nuca. El clamor es todavía inaudible, una amenaza que gravita en algún sitio. Y de pronto las mujeres prorrumpen en voces que me traspasan: palabras que se entrechocan y saltan de balcón en balcón, como pelotas de caucho.

—La ladrona de cadáveres ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto?

—Irène… ¿Sabéis quién?, ésa que tiene harto al barrio con sus robos.

—Según he oído, ahora se dedica a traficar con órganos. Se los manda a los compinches que tiene en Europa, en el Boulevard Saint-Denis.

—Como si no bastara con que eso fuera un burdel.

—Como toque a alguno de mis muertos, la mato —dice una mujer picando su mandioca con más fuerza.

La maldad les hincha la blusa lo mismo que los ojos, y sólo de imaginar las atrocidades que me harán el corazón les brinca de una alegría maligna. Chillan, chillan de rabia. Con sandalias hechas de plástico de desecho patean el suelo como cabras prestas a embestir. Y la chiquillería, con sus aros, me grita por detrás:

—¡Ladrona de cadáveres! ¡Te van a colgar sin juicio!

Yo pisoteo mi cólera, pero el suelo de esta tierra que siempre he amado se vuelve esponjoso. Me da la impresión de que a cada pisada me hundo un poco más. Que hagan lo que quieran, me digo. Más que en ningún otro sitio, la miseria vuelve aquí amnésica la memoria y la gente acaba olvidándolo todo… Incluidos los saberes de antaño. Acabarán relegando al olvido mis faltas. De momento haré lo que siempre he hecho: llevar mi cruz sin alargar la mano, nunca. Aprieto los puños para no ponerme a gritar: «Dejadme… No lo aguanto más… Dejad que me cure de esta vida…».

Se hace el silencio. Son las doce pasadas. El calor es sofocante. Unos grillos polvorientos lanzan cantos indescifrables, una conversación venida de espacios siderales. Pienso en las mentiras que voy a contarle a mi madre, para borrar la angustia de sus ojos y la amargura de su corazón. En la punta de los labios tengo tantas mentiras que no me costará mucho aplacar su cólera.

El sol me decapita a hachazos. Sudo. Tengo calor. Tendidos al pie de delgados mangos hay unos cuantos viejos mascando tabaco. Junto al garaje abandonado, por el hueco dejado por un viejo baobab que el viento descuajó el año pasado, salen de la sombra cuatro hombres. Los efluvios de su violencia se intensifican según se acercan. Llevan el torso desnudo. Aprietan los labios como los campesinos que arrancan las malas hierbas. En su mirada el mundo arde, pero yo no retrocedo. Sé que ahí se decide mi destino, en las manos de esos hombres que empuñan barras de hierro. No agacho la cabeza porque nadie se ha preocupado nunca de mi felicidad.

El primer golpe me lo da el señor Doumbé. Tengo un nudo en la garganta, así que me limito a reír grotescamente. Y sigo riendo cuando el señor Souza me golpea a su vez. Y ya no sé nada… Soy

un montón de carne al que abofetear, azotar, aporrear. Los golpes llueven sobre mi cuerpo, me parten las caderas como ramas, me revientan la nuca. Yo no me resisto. No grito ni vierto una sola lágrima. Los golpes arrecian. Yo siento dolor, un dolor atroz. La sangre no tarda en cegarme, exacerba sus ansias de golpear con mayor violencia. Y la sangre, la sangre roja que cae al suelo los excita más y más. Tengo la cara destrozada, aunque ¿me queda aún cara? Me desplomo, me aovillo para dejar que el dolor acabe conmigo.

En silencio me arrastran hasta las viejas ruedas. Rasgan mis ropas, me violan para exorcizar su cólera. Noto cómo se mueven sus sexos en mis entrañas doloridas, noto sus resuellos calientes. Al final me llevan junto a la carretera y ahí me dejan tirada, desnuda, con las piernas abiertas. Sólo entonces oigo pasos que se acercan, voces que resuenan a mi alrededor: «¡Han matado a Irène! ¡Irène está muerta!». Y también gritos de alegría, aplausos, como si acabara de terminar una excelente obra de teatro. «¡Irène está muerta! ¡Gracias, Señor, por habernos librado de esta gangrena!».

Tengo la sensación de hallarme dentro de una burbuja, un lugar ascético donde el dolor no existe, una caja mágica en la que unos extraños poderes me hacen levitar: A mi alrededor reviven cosas perdidas, un mundo como hecho de nubes. Los ríos, las sabanas, los lagos, los bosques, las riberas recuperan el hechizo del nacimiento del mundo. La imagen de mi madre cruza por mi conciencia. De ahora en adelante morigeraré mis apetitos, no volveré a ser tan voraz. No morderé la vida como un hambriento que se ha saltado varias comidas. Sentaré la cabeza, como han hecho todos los demás antes que yo. Te lo prometo, mamá… Te lo prometo…

—¡Socorro! ¡Socorro! Ayudadme, por lo que más queráis. ¡No os estéis ahí parados! ¡Ayudadme, por el amor de Dios! ¡Mi hija se muere!

Es mamá, mamá que viene… Su voz, un eco, trae los misterios de un mundo que se me ha vuelto ajeno. Apoya mi cabeza en sus muslos. Mueve el torso adelante y atrás, meciendo su congoja. Percibo su olor, un olor tan inmutable como las leyendas de los ríos, tan persistente como las estrellas que sólo

las *ngagas*-hechiceras podían tocar con sus dedos córneos, en las profundidades de las Canarias de otros tiempos.

Sus lágrimas caen poco a poco, y eso es todo.

Notas

[1] Instrumento musical africano de cuerda, formado por una calabaza hueca y palos con veintiuna cuerdas, empleado en el texto como metáfora. (*N. del T*). < <

[2] Puré que puede prepararse con múltiples alimentos, tanto salados como dulces. (*N. del T*). < <

[3] Traje holgado, compuesto de dos piezas, y de distinta confección, según sea para hombre o para mujer. (*N. del T*). < <

[4] Pequeñas conchas muy preciadas que denotan riqueza y respeto y que incluso se utilizan como moneda de cambio. (*N. del T*). < <

[5] «Señora». (*N. del T*). <<